ANT
XIX
183

FABULAS ASCETICAS.

FÁBULAS ASCÉTICAS.

Es propiedad del Autor.

16 cms.
R. 43. 308
BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

FÁBULAS ASCÉTICAS

en verso castellano y en variedad de metros.

POR

EL P. D. CAYETANO FERNANDEZ,

DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO Y DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.

SEVILLA.
IMPRENTA DE D. A. IZQUIERDO.
1864.

BIBLIOTECA
CENTRAL

AL QUE LEYERE.

Creo que ni la más delicada conciencia podrá inquietarse por ver publicar fábulas de asuntos religiosos, cuando ese género de literatura se ha destinado siempre á enseñar grandes cosas, y cuando hasta el mismo celestial maestro, Jesucristo, expuso y encerró en parábolas las altísimas verdades de su soberana doctrina. Cierto, que las parábolas no son idénticamente fábulas, atendida la índole especial de estos poemas, pero les falta muy poco; y yo, de buen grado, hubiera hecho de todas las del Evangelio otras tantas fábulas, si un respeto, bien justo, no me hubiera impedido alterar en lo más mínimo el sagrado texto.

La idea, sin embargo, de escribir

una coleccion de esta especie es, á mi modo de ver, completamente nueva: tenemos fábulas morales, fábulas políticas, fábulas literarias, etc., pero fábulas ascéticas son estas, ó yo me engaño mucho, las primeras que se ofrecen al público. Muy léjos estoy, empero, de querer arrogarme la honra de esta novedad: no es invencion mia, no, sino del tiempo en que vivimos, ó más bien, del cotidiano estudio de sus necesidades. Una generacion, en su gran parte, ligera, frívola, engreida ó codiciosa, no es muy de esperar que acuda á alimentar cristianamente su espíritu en las grandes obras de los Ascéticos, y eso que los nuestros son los mejores del mundo. Era, pues, necesario hallar un ardid y ofrecer el medio ingenioso de llevar á ciertos entendimientos y hacer sentir á ciertos corazones las máximas eternas y las inspiraciones cristianas; y que la píldora de la verdad, casi siempre amarga, pasase así á producir sus efectos en el estómago, deleitando, ó

por lo ménos, sin haber incomodado ántes en el paladar.

Esto es lo que me he propuesto con la presente obrita, no sin haber desmayado muchas veces, en vista de los obstáculos que ofrecia la empresa. Y ciertamente, la necesidad de reunir y conciliar, en una multitud de composiciones, la concision y sencillez de los planes con la trascendencia de los pensamientos, y el estilo festivo y animacion de los cuadros con lo profundamente serio de las enseñanzas, es una dificultad ante la que me hubiera rendido por completo, si lo mucho que falta á mi pobre ingenio no hubiera venido á suplirlo la voluntad enérgica que me suministra un poco de zelo sacerdotal del bien de las almas. No es esto decir que he salido vencedor: estoy muy distante de creerlo; pero sería dichoso, si, con esto, que llamaré una osada tentativa, lograse llamar la atencion de nuestros verdaderos ingenios hácia un campo tan precioso, tan dila-

tado y que, en la actualidad, se les ofrece enteramente inculto.

Dirase que, si la puntería va desde luego dirigida tan alto, ¿á qué nombrar á cada paso los niños, como si ellos fueran el único objeto de mi atencion y de mi trabajo? Oh! eso es, Lector muy benévolo, porque una larga experiencia enseña que en punto de religion hay muchos niños! niños á quienes los años, la clase, la inteligencia colocan ya muy léjos del primer periodo de la vida. Porque niños son en esta materia los que, desvanecidos con los pasatiempos y placeres de una sociedad pagana, encuentran fastidioso, insoportable todo lo que pone en sus almas la meditacion y el desengaño: niños son quienes, entregados por completo á los afanes y adquisiciones del siglo, no reservan ni un momento siquiera para la única cosa necesaria; niños son, en fin, cuantos atraidos, por aficion ó por necesidad, al estudio de una ciencia ó al ejercicio de una facul-

tad, olvidan, y desconocen al cabo, hasta aquello mismo que los verdaderos niños saben de la gran ciencia de la salvacion. Ved porqué, hablando tambien con los doctos, no he tenido inconveniente en autorizar mis fábulas, colocando al frente de cada una el texto latino de una sentencia de la Sagrada Escritura, cuyo desenvolvimiento es el asunto, y cuya traduccion literal se encuentra siempre en el apólogo ó es la moraleja con que termina.

Mas no por eso me persuado de que mi tarea sería, en todo caso, completamente inútil para los cristianos fervorosos y de buen espíritu: antes por el contrario. Las sanas ideas deben suministrarse en todas las formas convenientes; mucho más hoy, que son tan escasas en número las lecturas amenas que pueden circular sin recelo entre las personas timoratas. Y si mi obra valiese algo; si yo hubiera podido elevarla á la altura de mis deseos, no sería poco triunfo el poder decir, que

habia dado con el secreto de presentar un libro que, deleitando sin peligro en manos de una monja, enseña sin fastidio en manos de un *despreocupado*. Entónces, sí, que con más razon acaso que el fabulista de la antigüedad, podríase asegurar desde el principio de estas páginas:

Duplex libelli dos est, quòd risum movet,
Et quòd prudenti vitam consilio monet.

PROLOGO.

LIBRO 1.º

FÁBULA I.

Los Canarios Filarmónicos.

Aperiam in parabolis os meum.
Psalm. 77 ,v. 2.

No recuerdo en qué fecha ni en qué parte
Un Anciano, grán músico, vivia,
De severos principios en el arte
Hasta rayar en cáustica manía.

A cualquiera invencion llamaba abuso,
Sin atender á edad ni á gustos varios;
Y en tan loco sistema se propuso
Adiestrar en la solfa á unos Canarios.

Con tal fin, en sus doctos mamotretos
Les obliga á estudiar sin perder ripios;
Creyendo que tan hábiles sugetos
Aprenderán el arte por principios.

Largos meses los tuvo en las primeras
Nociones de ciéntificos vocablos;
Lo cual, para unas gentes tan ligeras,
Era un peso de todos los diablos.

Al cabo, de entonar llegado el dia,
Hartos ya los Canarios de retórica,
Cada cual gorgeó como podia,
Dando al traste con toda la teórica.

En vano el Profesor con faz airada
Lanza fuego blandiendo la batuta,
Jurando que va á hacer una fritada
De su aleve capilla diminuta;

No hubo medio: soltaron el frenillo.
Y para más oprobio del Maestro,
Sonó al punto en la calle un organillo,
Que un Ciego charlatan tocaba indiestro.

Al oirle, las aves se alborozan,
Admirando sus trinos y cadencias:
Las ensayan, repiten y se gozan
Sin trabajos, ni estudios, ni violencias.

En suma, del Maestro se burlaron
Amigos, vecindad y el pueblo todo;
Y jamás los Canarios olvidaron
Lo que entonce apredieron de este modo.

Si enojado algun crítico me muerde,
Echándola de rígido teólogo,
Porque estampo este libro, que se acuerde
De mirarse en el Viejo de este apólogo.

Pues, ó tengo el caletre tanquam tábula,
O es verdad que á infantiles corazones
Mas se pega el consejo en una fábula
Que en noventa dogmáticas lecciones.

Escribo, pues, ó críticos sardónicos,
Para alumnos de vuelo muy sencillo:
Ellos son los canarios filarmónicos
Y yo el ciego que toca el organillo.

Al orle, las aves se alborozan
Admiran do sus trinos y cadencias
Ese ensayan, ignoran ¿Sé Sabrán
Sin trabajos, ni estudios, ni violencias.

En suma, del Maestro se burlaron
Amigos: reunidos y el pueblo todos
Y jamás los Cantores olvidaron
Lo que entonces aprendieron de esos monos.

Si enojado alguno quiere me muerda
Echándola de Sabio Teologo
Porque estampo este libro, que se acuerde
De mirarse en el Espejo de este apólogo.

Pues, o tengo el galano tan duras labias,
O es verdad que a infantiles oraciones
Mas se pega el consejo en una fabula
Que en moviola dogmáticas lecciones.

Escribo, pues, a mentes sandungos
Para algunos de ayuda muy sencillo
Ellos son los cantores diamantinos
Y yo el cerezo que toca el ombligo.

FÁBULA II.

Las dos Banderas.

Militia est vita hominis super terram. *Job.* VII, 1.

En un päis remoto,
Que se halla en guerra,
Un lindo jóven quiere
Tomar bandera.

Del uno y otro bando
Primero intenta
Conocer los caudillos
Y su estrategia,

La justicia y las armas
Con que pelean,
Y, en fin, los galardones
Con que ambos premian.

Y, con tales designios,
Al campo llega,
Do libre azota el aire
Bandera negra.

=«Mancebo, le gritan, tu suerte es segura!
¿Que aquí la ventura
Te llama, no ves?
Palacios, festines y danzas y amores
Y ricos licores
Nuestra paga es.

Y en lechos floridos, con dicha sin tasa,
La vida se pasa
Cual sueño de amor.
Ven, ven; no vaciles: ven, ven con nosotros;
Si vas con los otros,
Te secas cual flor.»—

Y el jóven, que es prudente,
Mucho recela
Que allí no jueguen limpio
Por varias señas.

Y, abismado en sus dudas,
Al campo vuela

Do la Bandera blanca
Flota modesta.

—«Jóven, le dicen, tu inmortal destino
Con nosotros te llama;
Que si buscas VERDAD, VIDA Y CAMINO,
Hallaste aquí cuanto tu pecho ama
Santo y divino.

Una cruz es el arma que te espera
Hasta que el tiempo acabe;
Mas servir al Monarca que aquí impera
Es un yugo feliz, dulce y süave,
Carga ligera.

Y tronos tiene, en la region que habita,
Que dar á sus valientes,
Por breve plazo en que la lid se agita;
Y de palmas y lauros refulgentes
Gloria infinita.

—«Muy serio es este caso
(Dice el doncel;)
Allí juegos y amores,
Danza, embriaguez,

Palacios y festines,
Pero.....*¿y despues?*

Aquí silencio adusto
Reina do quier;
Placeres y delicias
Nunca se ven.
¡La Cruz hasta la muerte!
Pero ...*¿y despues?*
Mas...—»

Quede aquí suspenso este monólogo:
Tú lo terminarás á tu manera,
Jóven Lector, cual héroe de mi apólogo;
Pues del mundo en la bélica carrera,
Yo te anuncio, sin ínfulas de astrólogo,
Que tendrás que elegir una Bandera;
Y será la de Cristo, Rey eterno,
O de Satan, monarca del averno.

FÁBULA III.

La Dama y el Esqueleto.

Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis
Eccli. VII. 40.

Una Dama se asustó,
Porque un Esqueleto vió;
Y al punto se dió á correr.
Y áun durara su carrera,
Si una voz no le dijera
Con misterioso poder:

—«Deten el paso indiscreto;
(Era el medroso Esqueleto)
¿Porqué te cansas así?
Si á todas partes te sigo,
Si corro á la vez contigo,
Si marcho dentro de tí?

¿Te asusta mi calavera?
Pues bajo tu cabellera
Llevas otra igual, igual.
Y, con mis secas costillas
Y mis enjutas canillas,
Soy tu efigie más cabal.

Pues tu cuerpo idolatrado
Es esqueleto forrado
De una tela baladí,
Que al cabo el tiempo la rae,
Y carcomida se cae,
Y quedas igual á mí.»—

En esto la pulcra Dama,
Volviendo su rostro, exclama:
—«¡Oh muerte, tu dices bien!
Y, pues fuerza es que me sigas,
Seremos, de hoy más, amigas;
Estrecha mi mano, ven.»—

Y con efecto, la Bella
Se prendó tanto de aquella
Nueva amiga, siempre fiel,

Que abandonó los afeites
Y los fugaces deleites
Del mundo engañoso y cruel.

Y en hondo claustro se abriga,
Y en contemplar á su amiga
La vida entera pasó;
Enamorada de suerte,
Que en los brazos de la muerte
Dichosa y santa espiró.

Luego el ejemplo acredita,
Que quien la muerte medita
Le pierde todo el horror.
Pues el pecado se aleja,
Y así la vida se deja
Sin pesares ni temor.

FÁBULA IV.

La Bugía y la Linterna.

Non extinguetur in nocte lucerna ejus.
Prov. XXXI, 18.

La brillante Bugía,
Que en salones magníficos alterna,
A la humilde Linterna
Sonrojó en estos términos un dia:

—« Quita allá esa capucha,
Y ese manto que cubre tus fulgores!
Pues ¿quién te dirá amores,
Al verte así encerrada y tan machucha?

—« Muchas gracias, Señora,
La Linterna replica; pero advierte,
Que á tu luz seductora
Cualquiera vientecillo da la muerte.

Mientras yo voy segura,
Y alumbro sin temer los huracanes.»—
Verdad! que la hermosura
Sin recato, se espone á mil desmanes.

FÁBULA V.

Los dos Potros.

Qui amat periculum in illo peribit. *Eccl. III*, 27

Del monte vecino,
Sus trabas rompiendo,
Viniéronse al llano
Dos Potros cerreros.

—«Qué grato es ser libre!
(Gritaron á un tiempo)
Gocemos del mundo;
El campo ya es nuestro!

Y dando relinchos,
Con mil escarceos,
Ya al trote, ya al paso,
Ya á escape ligero,

Sin ver lo que hacen,
Metiéronse ciegos
En férreo camino
Que cruza el terreno.

=«¡Hallazgo dichoso
(Gritó el más travieso)
Nos brinda la suerte!
¿No ves qué paseo?

Qué hermoso, qué llano
Qué limpio, qué recto!
Pues nadie lo impide
¡Vaya! disfrutémoslo.»—

=«Me place sin duda,
(Gritó el compañero)
Mas no sé qué piense
De tantos maderos,

Con maña tendidos
Bajo de estos hierros:
¿Hay gato encerrado?
Mucho lo recelo.

En esto, el silbato
Resuena á lo lejos,
rasgando los aires;
Y, á pocos momentos,

La máquina asoma
Con hórrido estruendo:
Su negro penacho
Tendido en el viento,

Con ojos teñidos
de rojo siniestro,
Carbones y brasas
Regando en el suelo.

Los Potros, al verla,
—«Hermano ¿qué es eso?»—
(Los dos se preguntan
De pánico llenos)

—Un monstruo terrible
Nos viene al encuentro!—
—Nos traga sin duda!!—
—Huyamos!—Y huyeron;

Mas quieren salvarse
De modo diverso:
El uno se lanza,
Obrando cual cuerdo,

Fuera de la vía,
De un bote ligero,
Y queda seguro.
Mas ¡ay! que el travieso

Prosigue en la senda
Que fue su recreo,
Y espera le libren
Sus ágiles remos,

Corriendo delante,
Con vano ardimiento,
Del monstruo que avanza
Con alas de fuego.

Ya llega... lo pilla...
¡Cielos! no hay remedio:
Lo arrolla, lo aplasta,
Tritura sus huesos.

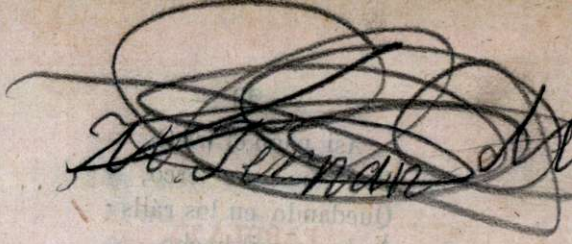
Así pagó el triste,
Por vano, por terco,
Quedando en los ráils
Pedazos mil hecho.

En tanto que el otro,
Del susto repuesto,
Os dice con ánsia
¡O jóvenes tiernos!

—Quien necio presume
Bastarle su esfuerzo,
Y no deja á un lado
Con santo denuedo

La senda querida
Sembrada de riesgos,
Huirá por instantes
Del crimen horrendo,

Mas, tarde ó temprano
Caerá sin remedio:
Que el que ama el peligro...
Lo dice ya el texto.—



FÁBULA VI.

Exposicion Artística de los Animales.

Cum accepero tempus ego justitias judicabo.
Ps. LXXXIV, 3.

Quiso el sabio Leon, monarca augusto,
En sus vastas regiones
Premiar las artes, promover el gusto,
Ofreciendo sus ricos galardones
Como es práctica ya entre las naciones.
Y anunciándolo el Loro en todas partes,
Abre una exposicion para las artes.

Es ocioso decir, que alli brillaron
Maravillas, que al público admiraron;
Que en circunstancias tales,
Así lució la Abeja sus panales,
La Oropéndola el nido,
La Araña su tejido,

Su capullo el Gusano,
Su morada el Castor, gran arquitecto,
Y, en suma, allí se vió lo más selecto
De toda animalesca obra de mano.

Pero ¡oh! torpe y ridícula ocurrencia,
Que de ejemplo será á la concurrencia!
Hasta el sucio y rüin Escarabajo,
Ganoso de las honras del trabajo,
Llevó tambien su bola;
Mas, con tal travesura,
Que, ocultando ingenioso la basura,
Con tersa capa de oropel cubriola.

Por el pronto la turba novelera,
Que ve tan linda esfera,
El claro genio del Autor aclama;
Y, entre aplausos y vítores proclama,
que en todo el vasto gremio
No habrá artista que alcance mayor premio.

Mas el sabio Leon, que con esmero
Muy despacio las obras examina,
Y á cada cual destina,
Como Juez justiciero,

El debido agasajo,
Al mover la del vil Escarabajo,
(Que allí andaba aguardándolas felices)
Se tapó con su garra las narices;
En seguida la Corte se alborota!...
Y fué, que, hecha migajas la pelota,
Se vió que, si por fuera está dorada,
Por dentro era de estiercol fabricada.

Y cierto! no sé yo qué fué mas breve,
Si quejarse el Lëon del chasco aleve
O morir el autor entre el susurro,
Bajo la pata de un valiente burro.

¡Ay! de cuántas acciones,
Que en el mundo reciben galardones
Por tener de virtudes la apariencia,
Allá del Sumo Juez en la presencia
El necio autor recibirá tormento,
En vez de eterna gloria,
Cuando llegue el momento
De separar el oro de la escoria!

FÁBULA VII.

Los Tigres pintados.

Vincenti dabo edere de ligno vitæ. *Apoc.* 2-7,

A la entrada de un viñedo
Dos fieros Tigres pintaron,
Y tan bien los imitaron
Que daban un susto al miedo.
Al que ignora aquel enredo
El susto pára un instante;
Y el fuerte dice «adelante!»
Y el cobarde retrocede..!
Mas goza el fruto abundante
El que á fantasmas no cede.

¡O Virtud! á tus entradas
Tambien hay fieras pintadas
Que asustan al alma necia!
Dichoso el que las desprecia.

FÁBULA VIII.

El Girasol.

Ambula coram me et esto perfectus.
Genes. XVII, 8.

Tres flores de un vergel,
Las mas hermosas,
Rosa, nardo, clavel,
Presuntuosas
Preguntaban con ánsia á sus Señores
Cuál fuese la mejor entre las flores.

Quien responde «el jazmin»
Quien «la violeta»
Quien «la rosa» y en fin,
Para completa
Variedad de sentir en el concurso,
No faltó quien les hizo este discurso:

—«Prefiero el Girasol
Gallardo y recto;
El amante del Sol
El más perfecto,
Que con virtud agena de una planta
A la altura de un hombre se levanta.

¿No le veis con qué afan,
A toda hora,
Sigue al regio galan
A quien adora,
Y reverente la cabeza inclina
Desde que ve su lumbre matutina?

Vosotras, al revés,
Del bajo suelo
No levantais dos piés;
Y mustio duelo
Os abate y enoja entre desmayos,
Cuando derrama el sol ardientes rayos.

Por eso con rigor
Y ceño os trata,
Las galas y el primor
Os arrebata;

Y vuestro cáliz, que el aroma encierra,
A la tarde, ¡infeliz! ya está por tierra.

—«Hermanas, es verdad!
Mas no os asombre;
Que igual calamidad
Sucede al hombre»—
La Rosa dijo, y terminó la escena
Con aquesta leccion de moral llena:

El mísero mortal
Que á Dios no mira,
En abismos de mal
Al fin espira;
Mas del justo que vive en su presencia
Recta, noble y feliz es la existencia.

FÁBULA IX.

El Esquilon y el Gato.

Dicunt et non faciunt.
Math. XXIII, 3.

Un Esquilon muy ladino,
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:

—«Parroquiano,
Mal cristiano,
Ven á Misa,
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz de alado serafin!

Tin, tin, tin.

¿No te pasma
Y entusiasma
Mi desvelo,
Y este zelo
Con que llamo
Cual reclamo
Del empírico confín?»—

Tin, tin, tin.

Oyó el sonsonete un Gato
(El rubio Marramaquí)
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato
Hubo de argüirle así:

—«¡Linda pieza!
¿No es rareza
Que, con tanto
Son de santo,
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?

Miaú, miaú.

Así, digo:
Que conmigo
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene
Lo que viene
A dar peso á la virtud.

Miaú, miaú.

Quien las virtudes predique,
Si sus obras nulas son,
Que no muy alto repique,
No sea que se le aplique
Lo del Gato al Esquilon.

FÁBULA X.

El Elegante y el Pavo Real.

In vestitu ne glorieris unquam.
Eccli., XI, 4.

Burlábase sin pizca de decoro
De un hermoso Pavon un Elegante,
Porque el pobre animal, algo pedante,
Abrió sus plumas de esmeralda y oro.
Nótalo el Ave, y con vivaz ahinco
Le dice al burlador cuántas son cinco:

—«En verdad que te burlas sin prudencia;
Pues, si ostento orgulloso mi plumage,
El Criador me lo dió; mas ese trage
Es del crimen de Adan la torpe herencia.
¡Y te gozas en él, naciendo en cueros,
Cuando es hecho de lanas de carneros!»

Quedó el Hombre, al oir esto, tamañito;
Pues el lujo en vestir era su anhelo,
Siendo el trage en el hombre un sambenito
Y en el Pavo Real un don del Cielo.
No olvideis, Elegantes, este apólogo,
Pues el Pavo os habló como un teólogo!

FÁBULA IX.

Las Pompitas.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. *Eccle* 1. 2.

Con espumas de jabon,
Por un cañuto de caña,
Soplaba un Niño con maña
Pompitas desde un balcon.
En la calle un Zagalon,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Mas, al tocarles su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.

—«Zagalon, qué necio eres!
(Dice un quidan) pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Por quien los hombres deliran;
Que, cuando lejós se miran,
Cautivan el corazon,
Mas se ve que nada son,
Cuando, al tocarles, espiran.

FÁBULA XII.

El Tiempo.

Ergo dum tempus habemus operemur bonum. *Galat.* VI, 10.

Una noche en que el sueño andaba léjos,
De mi pálida luz á los reflejos,
El Tiempo, á solas, penetró en mi estancia
A hacerme una consulta de importancia.
Y despues de pedir con voz sonora
Perdon por lo molesto de la hora,
—«Quiero, dice, saber lo que hay de cierto
En un asunto que me tiene muerto:
Yo no sé lo que soy ni lo que valgo,
Y áun me pongo á dudar si seré algo.
Tú eres oro! me dice el comerciante;
Su carrera me llama el estudiante,

El labrador su afan; tan solo el necio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quien me pinta con alas; quien, sañudo
Engullendo voraz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares,
Otros, que los reparto por millares;
Los que gozan me tienen por ligero,
Los que sufren por tardo y majadero.
Los jóvenes me llaman su destino,
Y los viejos me acusan de asesino.
Y despues de tan larga rociada
El filósofo dice que soy *nada!*
Asi, pues, en tamaño desconcierto
Quiero saber de tí lo que hay de cierto;
Que no sé lo que soy, ni lo que valgo,
Y áun me pongo á dudar si seré algo.»—

Y el Tiempo urge... y mi palabra espera...
Y al cabo respondí de esta manera:

—«Todos tienen razon, pues cada hombre
Como le vá contigo te da el nombre.
Y, pues oir mi parecer requieres,
Te diré, para mí, lo que tú eres:

Eres...**mi salvacion ó mi ruina!**
Esto me dice la verdad divina;
Si te pierdo ¡ay de mí! serás **infierno;**
Si te ocupo en el bien, mi **gozo eterno,**
—«Publíca esa verdad!»—
—«*Que el tiempo es llave*
De la honda eternidad, quién no lo sabe?»—

FÁBULA XIII.

Los Criados invisibles.

Beati pauperes spíritu.
Math. V, 3.

Un Jóven bien criado,
Viagero por destino,
Se hospedó en una casa
De unos buenos amigos.

Y, á fuer de generosos,
Como gentes de viso,
Con ánsia todos quieren
Servir al bienvenido.

Mas él á todos pára,
Rehusando los servicios,
Pues «traigo, dice, siempre
Dos criados conmigo.»

—«En dónde están? preguntan.
—«El verlos no es preciso,
Respóndeles, mas quiero
Pintarlos muy al vivo:

Son mozos de mi talla,
Por más señas, mellizos;
Mis propios años cuentan,
Y así....mi genio mismo.

Gastan poco, y en breve
Lo encuentro todo listo;
Y cuanto los dos hacen
Me parece exquisito.

Prudentes cual ningunos,
Callados cual novicios,
Y siempre á mi presencia,
Jamás me dan fastidio.

Ni riñen, ni murmuran
Cual otros de su oficio,
Ni me piden salario,
Ni yo les doy un pito.

Y con todo, son fieles,
Incansables, solícitos,
Tan sólo cuando duermo
Ellos quedan tranquilos.

Así vivo dichoso,
Más fortuna no envidio,
Ni cambio la que tengo
Por el imperio chino.»—

La familia, admirada
Con el caso inaudito,
Deshácese en preguntas
Así por el estilo:

—«Quién vió tales domésticos?
¿Quién tal regalo os hizo?
Decid, ¿cómo se llaman?»—
—«Todo voy á decirlo:

Me los dió el Evangelio
(Que tiene gran surtido)
Y, al declarar sus nombres,
Descubro ya el prodigio.

Se llaman... (entenderlo
Más que todo es preciso)
Conténtate-con-poco
Y Sirvete-á-ti-mismo.

Oh! bienaventurados
Son los pobres de espíritu!

FÁBULA XIV.

El Buen Pastor.

Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis. *Joan.* X, 11.

(A LOS SEÑORES ALUMNOS DEL SEMINARIO CONCILIAR DE SEVILLA.)

Tres robustos zagales,
Sancho, Juan y Perico,
En fuerzas y en edad todos iguales,
A Gil, labrador rico,
Rogaban con solícitos clamores
Que á los tres admitiera de Pastores.

—Bien está, dice el Amo;
Mas, véase lo primero,

Si sabeis el oficio cual reclamo;
Pues pago mi dinero,
Y no debo jamás recibir quejas
De que no tratais bien á mis ovejas.

Vaya! Sancho (perdona,
Pues de exámen se trata)
¿Qué harás tú, si el aprisco te abandona
Alguna oveja ingrata?—
—Llamarla, dice, con mi gran silbido—
—¿Y si no te obedece?—Ya he cumplido.

—No tendré yo esa flema!
Grita Juan, dando un bote;
El palo, y siempre palo es mi sistema:
Usaré del garrote,
Y al aprisco vendrá, bien que sin ganas;
Que, si me llamo Juan, no soy Juan lanas.

—Tú, Pedro..?— dice el Dueño;
Y responde exclamando:
—«Hay! por ganarla perderé mi sueño.
Si huye al silbo blando,
Sobre mis hombros la traeré á la huella;
Y, si es preciso, moriré por ella.—

—Bien hayas, hijo mio!
Contéstale el Labriego;
Tú serás Buen Pastor, yo te lo fio:
Mis ovejas te entrego;
Y vosotros, poltrones ó tiranos,
Marchaos á guardar fieras ó marranos.

Escogidos Zagales,
A quien la Iglesia espera
Confiar sus rebaños inmortales:
Ya sabeis la manera
Con que habeis de tratar á vuestra grey,
Llenando del pastor la estrecha ley.

La pereza maldita
Poco ó nada adelanta;
Y el extremo rigor al malo irrita
Y más y más lo espanta:
CARIDAD Y PACIENCIA! *mas de suerte*
Que sufrais con amor hasta la muerte.

FÁBULA XV.

La Virtud y el Vicio.

Arcta via est quae ducit ad vitam.
Math. VII, 14.

Con diabólico estruendo,
Por su camino,
El Vicio va coriendo
Con desatino;
Miéntras despacio
La Virtud va siguiendo
Su eterno espacio.

Aquel le grita: —«¿Adónde
Corres tan viva?»—
Y la Virtud responde,
Tambien festiva:
—«Repare el majo
Que yo voy cuesta arriba
Y él cuesta abajo.

FÁBULA XVI.

La Pastora y el Cuervo.

Ne dicas cras dabo... cum statìm possis. *Prov.* III, 28.

Fílis, cándida Pastora,
En la cabaña en que mora
Crió un Cuervo, y se propuso
Hacerle dejar el uso
De comer carne difunta;
Mas el Cuervo, que barrunta
Que nadie verá su enmienda,
Aplaza el variar de senda,
Para no cumplir jamás,
Diciendo siempre *crás crás* (1).

(1) *Cras* adverbio latino, que significa *mañana*.

En vano su fiel Mäestra
Ricos manjares le muestra:
Frutas, queso, leche, miel...
Y otras mil cosas; pues él,
Como huela cuerpo muerto,
Allá se lanza de cierto.
Y, por si Fílis regaña,
A la vuelta, con gran maña
Viene ensayando á compás
El consabido *crás, crás.*

Por fin, la buena Pastora
Sorprende al Cuervo en mal hora,
Cebando su negro pico
En el lomo de un borrico;
Y, enarbolando el cayado,
Castigó su gran pecado,
Dejándole ya tendido.
—Pero, ¿murió arrepentido?
—No por cierto: lo creerás?
Murió gritando *crás, crás.*

Pecador, que, de esa suerte,
No ves se acerca la muerte,

Y aplazas tu conversion
Para mejor ocasion:
No te burles de las iras
Del cielo que ufano miras;
Pues, si das con maldad ciega
Un plazo, que nunca llega,
Como el Cuervo morirás
Diciendo tambien crás, crás.

FÁBULA XVII.

El Talador y el Olivo.

Fructum afferunt in patientia.
Luc. VIII, 15.

«Oh martirio ¡oh crueldad! (Asi decia
Un Olivo frondoso, cuyas ramas
El diestro Talador diezmado habia.)

¿Porqué tan fiero mi desdicha tramas
Al filo de tu márcola sangrienta?
Es eso, Agricultor, lo que me amas?

Ya mi copa arruinada y macilenta
Ni sombra ofrece, ni belleza alguna
En medio del dolor que me atormenta!»—

—«Cálla, y césa en tu plática importuna,
El hombre dice, que belleza y sombra
No se quiere de tí, sino aceituna.

Ya verás por Abril cómo se nombra
El esquilmo que viste tu indigencia,
Y tu cosecha por Octubre asombra!

Hasta entónces, Olivo, ten paciencia.»—
Pues, adora, Cristiano, los rigores
De inflexible y airada Providencia,
Si tus frutos prepara en los dolores.

FÁBULA XVIII.

La Lengua y la Espada.

> Multi ceciderunt in ore gladii, sed non sic quasi qui interierunt per linguam...
> *Eccli.* XXVIII, 22.

Una Lengua y una Espada,
Fué el caso, cayeron presas,
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.

Y, al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Despues de amables saludos,
Se hablaron de esta manera:

—«Qué has hecho tú, pelëona?
Dijo á la Espada la Lengua.
—«He dado unas cuchilladas,
Repuso vibrando aquella:

Además, en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.

—«¿Y por esas niñerias,
Responde la otra, te pescan?
¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha verás lindezas:

Yo profiero cada dia
Por millares las blasfemias,
Voto más que un carretero,
Miento más que la gaceta.

Juro en falso y, por mi dicho,
A más de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Se entiende, bajo una cuerda.

Murmurar, es mi delicia,
La calumnia mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.

Desuno los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y, atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.

Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas)
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.

Adulo á los poderosos,
Trato al pobre á la baqueta,
Y arrüino las familias
Con fraude, estafas y afrentas.

Divido los ciudadanos
Con mis programas y arengas,
Y al pueblo simple alboroto
Con patrañas y quimeras.

Y turbo la paz del orbe
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes,
Gozo avivando la guerra.

Y por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saëtas.»—

—«Cielo Santo! exclaman todos
Los nenes de la caterva;
Y, santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:

Que la Espada es una monja
En faz de su compañera;
Pues no hay pecados peores
Que los pecados de Lengua.

ÁBULA XIX.

F. Me

Clorinda l Victoriosa.

á facie colubri fuge peccatum
Quasi Vo. *Eceli.* XXI, 2.

e.

é

rcampo
Del
Vecino,
Sin habla,
Sin tino,
Clorinda
Llegó.

Y, apenas
Aliento
Recobra,
Su acento
Temblando
Gritó:

—Ay Madre!
Qué miedo!
De susto
No puedo
Tenerme
De piés!
—¿Qué es ello
Mi vida?
(Exclama
Transida
La Madre)
Dí, pues.
—Horrible
Serpiente
De junto
La fuente
Silbando
Salió.
Al verme,
Se avanza....
Y... casi
Me alcanza
Su boca!...
Mas, nó.

—¿Hay caso
Más fiero?
De oirlo
Me muero.
Ay! pobre
De mí!

Mas ¿cómo
Volviste?
¿Y el monstruo?
¿Qué hiciste?
No tardes:
Dí, dí!

—Yo...piedras
Le tiro;
Al cielo
Suspiro,
Y escapo
Veloz.

—Victoria
Fué mucha!
Mas, ángel,
Escucha
Por tanto
Mi voz:

El negro
Pecado
Es monstruo
Malvado,
Serpiente
Crüel!
Mil veces
El alma
Verase
Sin calma,
Batida
Por él.
Lo entiendes
Ya todo...?
Tú sabes
El modo
De siempre
Triunfar:
Si luchas
Valiente,
Si oras
Ferviente,
Si huyes
Al par.

FÁBULA XX.

El Siglo y el Claustro.

Melior est dies una in atriis tuis super millia. *Psalm*, 83. 10.

El Claustro y el Siglo, un dia,
Toparon manos á boca;
Aquel de sayal y toca,
Y el Siglo de *levi-sác*.
De los cargos que se hicieron
No fué pequeño el catálogo;
Mas yo sólo este diálogo
Al paso pude escuchar:

Sigl. ¿Por qué me miran tus ojos
con enojos,
Cual si fuera yo un vestiglo?

Clau. Repára en tus hechos, Siglo,
Te cubrirás de sonrojos.

Sigl. Algo voy tras los placeres;
Mas ¿qué quieres?
Son tan gratos los honores,
Tan alegres los licores,
Y tan bellas las mugeres!...

Clau. Mas es horrible y eterno
El infierno,
En cuyas brasas te miro!
Por eso busco el retiro,
Y ante el altar me prosterno.

Sigl. Sí; mas pasas una vida,
Afligida
Con tan áspera abstinencia...
Clau. Mejor que con tu licencia
Y liviandad descreída!

Asi, yo espero la palma,
Y en mi alma
Rebosa siempre el contento;
Mas tú, de goces sediento,
No tienes salud ni calma.

Sigl. Ese lenguaje machucho,
Que te escucho,
Prueba bien, y no me espanto,
Que ni yo me huelgo tanto,
Ni tú te maceras mucho.

Clau. Es falsa la conclusion,
Seo bribon!
Lo que prueba es que tus vicios
Ajan más que los cilicios,
El ayuno y la oracion.

Y aquí llegaban entrambos
De su plática importante,
Cuando yo pasé adelante,
Murmurando esta leccion:
David lo dijo, y no yerra!
Vale más un solo dia
De Dios en la compañía
Que mil en la corrupcion.

FÁBULA XXI.

La Bandada de Estorninos.

Adversarius vester diábolus... circuit quærens quem devoret; cui resistite fortes in fide—1.ª Petr. 5—9.

Cruza alegre con plácido vuelo
Como nube del viento llevada,
De Estorninos inmensa Bandada,
Raro estruendo formando en el cielo.

Sin temor va del fiero enemigo,
Como ejército unido en batalla,
Que tranquilo y seguro se halla
Con la fuerza que lleva consigo.

Y al Halcon que, cual diestro en la caza,
Sorprenderla carnívoro intenta,
Sus falanges nutridas presenta
Y con ímpetu hostil lo rechaza.

Su defensa era ser todos unos!
Mas, de pronto, discordia maldita
En la aérea legion se suscita
Y del bando se apartan algunos.

Infelices! la vida jugaron
Al hüir su constante bandera;
Que el Halcon vengador los espera,
Y en sus garras sangrientas quedaron.

Pobres Mozos, que vais con desvelo
Tras la ciencia por sombras diabólicas!
De las nobles falanges católicas
Seguid siempre el pacífico vuelo;

Que, si alzais nueva enseña traidora,
Porque el siglo fatal os corrompe,
Vuestra union con la Iglesia se rompe
Y el carnívoro Halcon os devora.

FÁBULA XXII.

La Rosa y el Ciprés.

Consummatus in brevi, explevit tempora multa.
Sap. IV, 13.

En su huerto Cloris bella,
En una mañana hermosa,
Al ver abierta una Rosa,
Corriendo se va hácia ella.

Con inocente delicia
Su amor la llama y contento,
Y, bebiéndole el aliento,
Dos mil veces la acaricia.

Celoso de lo que viera
Un Ciprés, lo llevó á mal,
Y con tono sepulcral
Se quejó de esta manera:

—Varios años ha que vienes
A gozar, mi Bella, aquí,
Y nunca me has dicho á mí...
«Ciprés, buenos ojos tienes.»

Y á esa flor, que, hace un minuto,
Apenas estaba abierta
Y á la tarde estará muerta,
Ya ha recogido su fruto!

¿Hay justicia para esto
En el alma de una Bella?—
—Muy grande! repuso ella;
Escucha, Anciano inmodesto:

Esa flor en una hora
Llegó á ser cuanto podia:
En su reinado de un dia
Mil encantos atesora;

Miéntras tú, con tanta edad,
Ni das sombra ni frescura,
Y.... hueles á sepultura
Con tu adusta seriedad.

Y en esto, Lector del alma,
La Bella quiso decir:
No está en el mucho vivir
El mérito ni la palma:

Corta vida, sin doblez,
Limpia, pura y sin engaños,
Reprende los muchos años
De endurecida vejez.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

FÁBULA I.

La Azucena.

In me omnis spes vitæ
Eccli. 24-25.

DEDICADA

Á mi muy querido Amigo y esclarecido Escritor el SR. DR. D. JUAN JOSÉ BUENO, *Comendador de La Real y Distinguida Orden Española de Cárlos III.*

Era un jardin; sus delicadas flores
De aroma ricas, de color suäves,
Son los castos amores
De un Príncipe, su dueño,
Que del mágico eden tiene las llaves,
Y guarda él sólo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha ó ruga;
Todas son virginales,
Hermosas, celestiales,
Sin huella de gusano ni de oruga.
Oh! si oscuro lunar alguna arroja,
El Jardinero al punto la deshoja!

Ved la causa del llanto, que á porfía,
Desde el lirio á la malva,
Derramaban las flores, cierto dia,
Al despuntar el Alba:
Fué, que un rojo Clavel, del Dueño amado,
Con negra pinta amaneció manchado!

Ruegan todas por él, mas no hay consuelo!
La Violeta temblando,
Más lívida se pone con su duelo;
El Nardo, el Alelí, su tez plegando,
Se vuelven sin perdon; y hasta la Rosa
Torna más bella cuanto más llorosa.

¡Ay del triste Clavel! que nadie alcanza
A redimir su pena;
Pero... al mísero resta una esperanza:
¿La cándida Azucena
Ha rogado por él? ¡Oh! vedla luégo
Reunir sus gracias, y elevar su ruego.

Era la Flor de blanco alabastrino,
Pura como el aliento de un querube:
Su perfume divino
Como el incienso sube
A regalar al Dueño enamorado:
Era la Flor más bella del cercado.

Y con granos de oro
Rutilantes adorna el albo seno;
Y del aura y la luz y el campo ameno
Se ostenta cual riquísimo tesoro,
Cuyos reflejos vivos
Al aura, campo y luz tienen cautivos.

El Dueño amante con afan la mira,
Y —«Píde, exclama, pues tu amor suspira,
Tuyo soy todo entero.»—
Y tímida, acertando á hablar apénas,
Al punto dice:—«Quiero...
Una gota de sangre de tus venas!

La verteré sobre el Clavel liviano;
Y el carmin soberano
Sanando por entero
Su fino esmalte, la color perdida,
La Flor te deberá su ser primero,
Y á la Azucena.... deberá la vida.» —

Dijo, y las aves en alegre canto
Rompieron á la vez; y más sonora
La fuente murmuró; con nuevo encanto
La brisa voladora
Al infausto Clavel que holló sus galas
La nueva del perdon llevó en sus alas.

. . . . . .
. . . . . .

Y tuvieron festin todas las flores;
Y brillaron con célicos fulgores,
Segun dice la historia,
Para dar al Clavel la enhorabuena,
Al Jardinero gloria,
Y aplausos mil y mil á la Azucena.

Oh mortal! si la mancha del pecado
A morir te condena,
Contra Dios irritado
Aun te resta en el Cielo una Azucena.
Implórala, diciéndole: MARIA!
TÚ ERES LA VIDA, LA ESPERANZA MIA.

FÁBULA II.

El Caracol y el Cigarron.

Ibunt de virtute in virtutem.
Psm. 83—7.

A la pared asido
Un Cigarron estaba,
Y necio se burlaba
Del paso detenido
Con que el buen Caracol subiendo iba,
La casa á cuestas, cual pesada giba.

—«¡Vaya, que gozo en verte!
Dícele; por ligero,
De tí valerme quiero
Al mandar por la muerte;
Pues sin duda (recalca la Langosta)
No debo recelar que venga en posta.

Y habrá quien te resista!
¿No ves cómo de un salto,
Voy á parar tan alto
Que me pierdo de vista?
Pues sígue tú mi ejemplo, majadero!»—
Y el Testáceo responde:—«Caballero,

He visto en un *tratado*,
Que es mejor ser postema
Con plan y con sistema
Que, necio atolondrado,
Volar alguna vez sin saber cómo,
Y quedarse despues como de plomo.

Sin saltos ni carreras,
Llevo mi rumbo cierto;
Miéntras tú, como muerto
Estás horas enteras,
Y, si acaso en tus zancas te disparas,
Ni sabes dónde vas ni dónde paras.» —

Qué respuestas daria
El burlon casquivano
No sé; más, y el cristiano
Que, ocioso noche y dia,
Saltos da en la virtud, sin hacer nada,
Pues obra por fugaz fervoretada?

Más vale poco á poco
En virtud ir creciendo,
De una en otra subiendo
Que, antojadizo y loco,
Querer en un momento hacerse santo
Y clavarse despues sin adelanto.

FÁBULA III.

El Testarudo.

Et fient novíssima hominis illius pejora prioribus. *Luc.* II—26

De noche, en un mal paso, sin linterna,
Juan se rompió una pierna.
¡Vaya todo por Dios!

Le curaron tal cual; pero, volviendo
A aquel paso tremendo,
Juan se rompió las dos!

Sanó al fin; mas tornando á la aspereza,
Juan se parte la cabeza,
Y muerto queda allí!

Si á un Cristiano su culpa se le absuelve,
Y al vicio vuelve y vuelve,
No le sucede así?

FÁBULA IV.

Un Robo merecido.

Deprædari ergo desiderat, qui thesáurum publicè portat in via.
S. Greg. Pap. Homil. XI.

Un bello Jóven
Trabajador
Lleva en sus manos
En un bolson
Cuanto ganara
Con su sudor.

Plazas y calles
Corre veloz,
Y á cuantos pasan
A su alredor

El bolso muestra
Con hinchazon,
Como quien dice:
«Qué rico soy!
Tengo dinero!
Quién como yo?»

En hora mala
Le embisten dos
En la estrechura
De un callejon,
Con daga en mano,
Con cara atroz,
Y el vano Creso
Pobre quedó.

Llora y patea,
Pide favor;
Mas nadie escucha;
Ni el mismo Dios,
Que así castiga
Su presuncion.

Si tus virtudes,
Caro lector,

A todos muestras
Sin discrecion,
La vanagloria
(Gran salteador)
Te deja al punto
Como un pelon.

FÁBULA V.

El Médico Enfermo.

Ne inmitaris prudentiæ tuæ
Prov. III. 5.

Un Médico profundo,
Que ganó prez y fama por el mundo,
(Triunfando de la muerte,
A influjo del saber ó de la suerte)
A pesar de su ciencia y de su fama,
Enfermo de cuidado cayó en cama.
Mas de sabio se precia,
Y orgulloso á otros médicos desprecia,
Teniendo por insulso
Alargarles su pulso.
De modo, que fiado en su consejo
A entregar iba el pobre su pellejo.

Al cabo, conoció que se moria,
Y, vuelto á sus domésticos, decia:
—«Me muero! no hay remedio;
En mi vasto saber no encuentro medio
De apagar esta fiebre que me quema,
Despues de recorrer tanto sistema...
De Brwnianos, Broussistas, Hidropáticos,
Empíricos indoctos y Homeopáticos.
Oh dolor! y si yo con ciencia tánta
No me quito el dogal de la garganta,
¿Quién pudiera curarme, cuando estoy
A punto de espirar?
—«Señor, yo soy!»—
Dijo en esto una Anciana
De noble rostro y de cabeza cana.
—«Tú curarme! ja! ja! dice el Galeno.»—
—«Os prometo, Señor, dejaros bueno,
Sin otra diligencia
Que jurarme tres horas de obediencia.»—
—«Obediencia! tal vez algun conjuro....
(Mas ¿qué puedo perder?) Yo te la juro.»—
—«Bravo!, dice la Vieja; conque! hermanos,
Sin tardanza al Doctor atad las manos!
Que á pulsarse no llegue,
Ni pueda recetarse, aunque reniegue :

Los jarabes, emplastos.... la tintura....
Corriendo á la basura!
Tú, muchacho, sál fuera,
Y vuelve con un médico cualquiera.
Vos, Señor, si es verdad lo que promete,
Habeis de practicar lo que recete.»—
—«Pardiez! clama el Doctor, no! no! reniego...
(Bien, ¿qué más da morir hora que luego?»)
Y el triste se resigna como un Sócrates,
Y hará cuanto le dicte el nuevo Hipócrates.
Este llega:—Doctor, un vomitivo!
De otra suerte, á la tarde, no estais vivo!—
Tómale al fin, mas con tan buena mano,
Que, á la noche, el Enfermo estaba sano.
—Mílagro!—exclaman todos,
Comentando el favor de varios modos.
—«Que es milagro, decís? dijo la Anciana;
Milagro! sí, de la moral cristiana:

Nadie presuma de poder y ciencia,
Queriendo prescindir de la obediencia
En todo afan que á su individuo atañe;
Porque es fuerza, Señores, que se engañe,
Quien se cura á sí mismo
La venda sufrirá del egoismo,

Y á la muerte camina,
Y con su propia mano se asesina;
Que toda enfermedad de cuerpo ó alma
Otro la ve mejor y con más calma.»—

Así triunfa del mal, y sin violencia,
Quien tiene un Director de su conciencia.

FÁBULA VI.

El Uno y el Dos.

Qui se exaltaverit humiliabitur, et qui se humiliaverit exaltabitur.
Matth. 23.=12.

Graves Autores contaron,
Que en el pais de los Ceros
El Uno y el Dos entraron;
Y desde luego trataron
De medrar y hacer dineros.

Pronto el Uno hizo cosecha;
Pues á los Ceros honraba
Con amistad muy estrecha,
Y dándoles la derecha
Así el valor aumentaba.

Pero el Dos tiene otra cuer da:
Todo es orgullo maldito!
Y con táctica tan lerda,
Los Ceros pone á la izquierda,
Y así no medraba un pito.

En suma, el humilde Uno
Llegó á hacerse millonario,
Miéntras el Dos importuno,
Por su orgullo cual ninguno,
No pasó de un perdulario.

Luego ved con maravilla
En esta fábula ascética,
Que el que se baja, más brilla,
Y el que se exalta, se humilla
Hasta en la misma Aritmética.

FÁBULA VII.

La Cuerda Destemplada.

Quicumque totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus.
Jac. II, 10.

Hay algunos cristianos tan groseros
Que, en no siendo ladrones ni usureros,
Bëodos, asesinos ni perjuros,
Ya se tienen por salvos y seguros;
Aunque al paso reserven un resquicio
Por donde mantenerse en algun vicio.
Mas la yerran! y el caso que ahora cuento
Servir debe á su error de documento.

Tocó Elisa en el harpa un *Andantino*
En su alegre *soirée* de IL CORADINO;
Mas con tal expresion y tal maestría
Que pasmaba escuchar la melodía.

—«Otra vez! otra vez!»— la turba clama;
Y otra vez lo tocó la insigne Dama.
Mas, queriendo lucir una agudeza,
Con tal secreto repitió la pieza
Que, si ha poco extasiaba su armonía,
Ahora riña de gatos parecia;
Y, sin faltarle un tilde á la sonata,
Punza, araña, asesina y desbarata.

Al oirla, unos tapan sus orejas,
Otros tosen y enarcan ambas cejas.
—«Qué es aquesto?»—pregúntanse con risa:
Y rïendo tambien contesta Elisa:
—«Un misterio del arte, y no profundo;
Pues es cosa que sabe todo el mundo»—
—«Un cambio tan atroz!»—
—«Pues ello es nada:
Todo ha sido..Una Cuerda Destemplada.»—
—«Una cuerda tan sólo!»—
—«Y eso sobra
Para hundir sin piedad la mejor obra!
Es achaque y revés que el arte tiene,
Que una nota tan solo que disuene
Descompone el conjunto de tal modo
Que ingrato y disonante lo hace todo.»—

Y las gentes la broma celebraron,
Y el fenómeno acústico admiraron.

Oh! no estuvo presente un moralista;
Que algo más nos dijera que la Artista!
Mas... direlo por él, y fuera cuentos:
Cumpla el hombre con fe los Mandamientos;
Si reserva pecar tan solo en uno,
Todo el bien lo destruye el importuno,
Quedando para Dios horrible y feo
Cual si en todos, á un tiempo, fuese reo.

FÁBULA VIII.

El Cangrejo.

Adolescens, juxta viam suam etiam cum senuerit non recedet ab ea.
Prov. XXII, 6.

De un Cangrejo
Ya muy viejo
Otro Bicho
Murmuraba,
Porque el dicho
No cesaba
De caminar hácia atrás.

—«Infelice!
(Va, y le dice)
¿Porqué tardas
En vencerte?
¿Es, que aguardas
A la muerte
Para enmendarte quizas?»—

—«Cálla el pico,
Gran borrico!
Tu lamento
Será en vano;
Pues, de ciento,
Ni un anciano
Que se reforme verás.»—

Ten memoria
De esta historia,
Niño amado;
Pues si creces
En pecado
Y envejeces,
No te corriges jamás.

FÁBULA XX.

El Árbol Indultado.

Charitas operit multitudinem peccatorum.

1.ª *Pet.* 4—6.

Del hacha fiera rencoroso armado,
Un robusto Labriego
A derribar camina despiadado,
Condenándolo á fuego,
Un Árbol que frondoso vegetaba
En los fértiles campos que labraba.

—«No hay perdon! pues no tiene ya descargo;
(El hombre va diciendo)
Su fruto es poco, y además amargo:
Sin pudor va creciendo,
Y á otras plantas más útiles le quita
El jugo que su tronco necesita.»—

Y al Arbol llega; y con terrible mano
El golpe ya prepara...
Cuando mira á sus piés un noble Anciano,
(Que á la sombra se ampara
Con otros infelices caminantes)
Tendiéndole sus brazos suplicantes:

—«Piedad! Señor, la sombra bienhechora
Que brinda su ramage
Le sirva de defensa en esta hora!
Y temple tu corage
El ver aquí la muchedumbre vária
Que protege su copa hospitalaria.»—

—«Eso basta! Lo indulto! (alborozado
El Labrador exclama;)
Que, si bien lo merece su pecado,
No debe ir á la llama
Quien tiene caridad!»—

Es el gran velo
Que más culpas nos cubre para el Cielo.

FÁBULA X.

La Abeja y la Lechuza.

Hæc oportuit facere, et illa non omittere.
Math. XXIII, 23.

Zumbando, como suele,
La Madre de la cera,
Al olor de las flores
Se coló en una iglesia.

Al paso, tras de un nicho,
Saluda muy atenta
A una blanca Lechuza,
Que allí la noche espera.

—«Retírate, profana!
(La Nocturna contesta,
Chocándole el zumbido
De tan activa huéspeda.)

No turbes mi reposo,
Y deja á un alma electa,
Que siga aquí arrobada
De Dios en la presencia!

Ya que tú, dada al mundo
Y á sus viles tareas,
Te disipas, andando
Siempre de ceca en meca.»—

Calló la Misticona
Sin esperar respuesta;
Mas la tuvo cumplida,
Y fué de esta manera:

—«Hipócrita, holgazana,
Relamida, embustera!
¿Piensas no te conozco
Más que tu misma abuela?

¿Creerás que á Dios se engañe
Con hacer cuatro muecas
En un rincon metida,
Durmiendo horas enteras?

No trabajas y comes!....
¿Eso es tener vergüenza?
—«Yo practico el ayuno,
Insecto sin conciencia!»—

La Lechuza duplica,
Replicando la Abeja:
—«Mentira! que las lámparas
Dejas de noche secas.

Yo, al cabo, sudo el quilo
Por dar al templo velas,
Y rica miel al hombre,
Regalo de sus mesas.»—

—«Vaya!....que si te afanas,
Es por tu conveniencia,
De flor en flor vagando
De néctares sedienta.

Yo sí, que, retraida,
Cual nadie recoleta,
En flores y sembrados
No mancho mi inocencia.»—

—«Ya, ya, miéntras es dia;
Mas cuando sales fuera
¡En cuántos infelices
Garra y pico no cebas!

—«Castigo de los malos.»—
—«Caridad! Reverenda....»—
—«Descocada!—Gazmoña!»—
—Libertina!—Zopenca!»—

Eh! Basta, animalitos,
Y cesen ya las quejas;
Bien que no será inútil
Del todo la refriega;

Pues claro lo habeis dicho
Sin morderos la lengua:
Que hay *Devotas* Lechuzas
Y *Mundanas* Abejas.

Lechuzas, que, engreidas
Con que pujan y rezan,
Descuidan las virtudes
Y crecen en soberbia.

Abejas, que, labrando
Del mundo en la colmena,
Abandonan sus almas,
Hiriendo las agenas.

No imiten mis Lectoras
Tan cómica pareja;
Pues, quiero que sean santas,
Mas....santas sin pereza.

La Piedad, el Trabajo,
Son dos virtudes reinas:
Practíquese esta mucho,
Mas no se omita aquella.

FÁBULA XI.

La Fuente Turbia.

Venite seorsum in desertum locum.
Marc. 6-31.

En turbios cristales de pública Fuente
Miróse un Niño
De blonda guedeja, de cándida frente
Como el armiño.

—Ay Madre! qué pena! mi rostro se esconde!-
Gritaba el Nene.
—El agua revuelta (su madre responde)
La culpa tiene.

Ven, ven; no te mires en tales espejos,
Blanca paloma!
Y á límpidas fuentes del tránsito lejos
Vuela y te asoma.

No imites á aquellos que á bien conocerse
Tal vez aspiran,
Y nunca al espejo do fácil es verse
Van y se miran!—

Allá en el retiro las almas á solas
Bien se delatan:
Aquí del gran mundo las túrbidas olas
Mal nos retratan.

FÁBULA XII.

El Niño Lloron.

Responsio mollis frangit iram,
sermo durus suscitat furorem.
Prov. XV, 2.

En una cása de fuste,
Mas ganando una friolera,
Sirviendo está de niñera
La pobre muchacha Inés.
Y, como el cargo lo indica,
Hacer que no llore el Niño,
Solazarle con cariño
Su afan cotidiano es.

Mas ay! que el infante bello
Tiene un gañote, que brama!
Y en vano al *Cancon* se llama,
En vano se llama al *Bu*.
Y la misma Inés no sabe,
Si aquel Niño es una fiera,
En dándole la perrera,
O es el mismo Belcebú.

«*Uáa! uáa!*» si le mece;
«*Uáa! uáa!*» si le canta;
Y si, cual suele, le espanta,
El Niño es un puercoespin.
Una vez que no sabía
Qué hacer la pobre Zagala,
Y corre de sala en sala
Por callar al Serafin,

No sé si fué por chiripa,
O voz de su Angel Custodio,
Se paró junto á un *melodio* (*)
Que estaba abierto al azar.

(*) *Armonium* se dice tambien.

Y ocurriéndole un resorte
En lance tan extremado,
Recorrió todo el teclado,
Pisando el fuelle á la par.

Oh fortuna! oh maravilla!
Del suave son al encanto,
El Niño sosiega al llanto,
Cierra los ojos despues.
—«Dormidito! quién creyera!.
¡Qué feliz descubrimiento!
En llorando, al instrumento
Me acojo»—exclamaba Inés.

Con efecto, una mañana
En que el Nene se aperrea,
Inés le lleva y teclea,
Creyendo callarle así.
Mas, apenas se oye el eco,
¡Oh suerte vária y maldita!
El Rorro se desgañita,
Si no lo apartan de allí.

Y acuden la madre, y todos,
Y se alborota la casa:
—Qué es eso que al Niño pasa?
Algun pellizco! es verdad?—
—No por cierto!—y la Niñera
Refiere el caso en su orígen;
Mas, nada! todos la afligen
Y la acusan sin piedad.

En esto llegó Don Cosme
(Que es de Música el maestro)
Y, en estos lances mas diestro,
Dió al enigma solucion.
—«El caso es este, Señores:
(Dice en aire de ministro)
La culpa está en el *registro*;
Dad á Inés la absolucion.

Si en aquel primer tecleo
Topó Inés con el *flautado*,
El Niño así regalado
Se durmió: no es de admirar.

Mas si ahora, por lo visto,
Como bronca artillería
Sonó la *lengüetería* (*)
El Niño debió rabiar.

Por tanto, Lector amable,
Sin las ínfulas de viejo,
Voy á darte un buen consejo,
Y espero lo guardes fiel:
Si amansar las iras quieres
Del que se atufa y patea,
Tú has de ser todo jalea,
Almibar, jarabe y miel.

Que, si respondes con fieros
Al que fiero te provoca,
Y el hierro con piedra choca,
El fuego será mayor.
En suma, si se pretende
Rendir la cólera impía,
No useis la *lengüetería*,
Flautado será mejor.

(*) Registro de los sonidos más fuertes y broncos.

FÁBULA XIII.

La Víctima—Verdugo.

Est qui...quasi gladio pungitur conscientiæ. *Prov.* XII, 18.

Un severo Monarca (*)
Hubo en lo antiguo
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar á cuestas
El horrendo cadáver
La vida entera!

Con sistema tan raro,
El buen difunto
De Víctima pasaba
A ser Verdugo.
¿Con la conciencia
No sucede lo mismo,
Cuando se peca?

(*) Rey de Mesenia.

FÁBULA XIV.

La Ventanera.

Ambulant in vanitate sensus sui.
Ephes. IV, 17.

Era hermosa muger la Doña Juana,
Y de mucho caudal; pero tenia
El achaque, el desbarro, la manía
De estar siempre asomada á la ventana.

Cuanto ocurre en la casa más lejana
No se esconde á su atenta policía;
Mas, con esto, la pobre no sabía
Lo que pasa en la suya, tan cercana!

Todo en ella es desórdenes y olvidos:
En fuerza de lo cual, á competencia,
Le robaban sus bienes más queridos.

Luego el Alma, que pasa su existencia
Asomada al balcon de los sentidos,
Recoja esta leccion de la experiencia.

FÁBULA XV.

El Perro y el Gazapo.

Latrare potest, mordere omninò non potest nisi volentem. *S. August.*

En un bosque apartado
Moraba un Perro,
En la caza muy ducho,
Horrible! feo!
Pues algo importa
Indicar su figura
Para esta historia.

El caso es, que el maldito,
De allí distante,
De conejos vislumbra
Copioso enjambre,
Que alegre salta
Por todo aquel recinto
Entre las matas.

Y con rabia los mira,
Como al soslayo,
Sin correr á su encuentro
Ni dar un paso;
Mas, gruñe y ladra
Y, mostrando los dientes,
Se le hacen agua.

En esto, muy sañudo,
Remonta el brinco;
Y zas! ya está en su boca
Un Gazapillo;
Y en vano grita!
De toda su falange
Nadie le libra.

—«Malvado! clama el triste,
Entre las ánsias,
¿Porqué en mi carne sólo
Tu diente clavas?
¿No tienes cerca
Conejos tan rollizos
Como terneras?»—

—«¿No ves, replica el Perro,
Que estoy atado?
Que, al largo de mi cuerda,
Tan solo cazo?
Oh! de otro modo
¿Quién quedara con vida
En el contorno?

La culpa es tuya toda,
Pues me buscaste;
Y así, sin mas retóricas,
Muére al instante.»—
Murió en un verbo.
¡Ojalá que su historia
Sea de escarmiento!

Ay! de muchos Cristianos
El fin es este!
Atado está el demonio,
Ladra y no muerde;
Mas quien le hurga,
Brindándole ocasiones,
Caerá en sus uñas.

FÁBULA XVI.

Los Ladrones disfrazados.

Ipse enim Sátanas transfigurat se in angelum lucis. 2 *ad Cor.* XI, 14.

Dos ó tres Salteadores,
Del gremio los más finos,
Hallando bien guardados los caminos,
Disfrazarse resuelven de señores,
En ánimos de hacer por los estrados,
Con ganancia mas cierta,
Lo que no era posible en despoblados
A cara descubierta.

A tal fin, de corbatas y *raglanes*
Dijes, guantes, perfumes, sabonetas...
Se equiparon muy bien los muy trüanes;
Y haciendo pirüetas,
Se lanzan, ocultando el artificio,
A visitar al jóven D. Simplicio.

Este sándio Galan, que ve en su casa
Figurines tan bellos,
Sin pararse á indagar quiénes son ellos,
Al estrado los pasa
Con mucha cortesía,
A la vez que decia:
—No hay temor: son sujetos bien portados;
Ellos son, cuando ménos, potentados!—

En esto los Bribones
Derechitos se van á los doblones:
Acopian las alhajas,
Rompen puertas, cajones y cerrajas.
Todo cede al momento
Al hidrópico afan de oro sediento:
Al flemático Dueño, que escamotan,
Con dagas y rewolvers acogotan;
Y, el despojo fatal llevando á cabo,
El huesped espiró sin un ochavo.

Ahora bien; si este pánfilo perece
Por llevarse de cómica apariencia,
¿Qué escarnio no merece
El cristiano que rinde su conciencia
A fiera tentacion enmascarada,
Con galas de virtudes adornada?

Nadie debe ignorar, que en ocasiones,
El mismo Satanás, que el mal inventa,
(Cual lo afirma el Doctor de las naciones)
Como un ángel de luz se nos presenta.

FÁBULA XVII.

Tirios y Troyanos.

Væ illi per quem scándalum venit!
Math. XVIII, 7.

Al huerto vecino
De espesos naranjos
Se van en caterva
Los Chicos del barrio:

Paquillo es el gefe,
(Que es hijo del amo)
Travieso, maligno,
Quien cobra el barato.

Por ende, una tarde,
Corriendo y brincando,
El pícaro asesta
A otro un naranjazo,

Gritándole:—«Apunten...
Fuego! prun! abajo!»—
Y en mal hora tuvo
Tan bélico rasgo;

Pues todos le imitan
Proyectil en mano,
Y traban la lucha
Tirios y Troyanos.

—Traidores!—al arma!—
—Prum! prum!—cañonazo!
—Coged municiones!
Gritan los dos bandos.

—Vengan proyectiles!—
Y, en ménos de un rato,
No queda en el huerto
Con fruto ni un árbol.

En esto aparece
Colérico el amo,
Y escúrrense todos
Mas listos que galgos.

Paquillo es quien queda
Gimiendo y llorando.
—«Ay! Padre, yo sólo
Fuí uno de tantos!»—

—«Mas fuiste el primero:
Te ví desde el alto;
Así, tus costillas
Darán todo el pago.»—

Y zúrra, que es tarde!
A coces y á palos,
In solidum paga
Todo el descalabro.

De un pésimo ejemplo
Vendrán mil pecados:
Mas ¡ay! del inicuo
Que puso el escándalo!

——

FÁBULA XVIII.

El Barquero.

Non progredi regredi est.
S. Ambrosius.

Surcaba, al remo, la corriente arriba,
La barquilla que á Anton lleva por dueño;
El cual rendido de bogar, esquiva
El remo, y fácil entregóse al sueño.
Obrando entónces la corriente altiva,
Y arrollando hácia atrás el frágil leño,
Cuando Anton despertó, vió con coraje
Que se hallaba al principio del viaje.

Lo mismito se nota
En el cristiano
Que en la vida devota
Se pára ufano;
En él, por eso,
Si no marcha adelante,
Hay retroceso.

FÁBULA XIX.

El Director de Orquesta.

Scientia Sanctorum prudentia.
Prov. IX, 10.

Un Violinista de ingenio,
Con ocasion de una fiesta,
Se colocó en una Orquesta
De principal Director.
Es un genio,
Sin disputa,
Ejecuta
Con primor;

Pero tiene la manía
De dar la *cuerda* tan alta
Que la mas segura salta,
Haciendo todas *trís*, *trás*.
—Qué porfía!
—Qué chocante!
—Que lo aguante
Barrabás!—

Así dicen, y se apuran
Los consocios en el arte,
Con la música á otra parte
Queriéndose todos ir.
Y murmuran
Renegando,
Terminando
Con decir:

—«En Música como en todo,
Quien no llegue á ser prudente,
Por mucho saber que ostente,
Que no dirija jamás.»—
A su modo,
La prudencia
Que la ciencia
Vale más.

FÁBULA XX.

El Doblon y el Guiñapo.

Nolite ante tempus judicare
quoadusque veniat Dominus.
1. *Cor.* IV, 5.

«Oh desgracia! Oh baldon! Oh! qué tormento!
(Gritaba sin cesar, junto á un Guiñapo,
Un brillante Doblon que á parar vino
En hondo muladar por sus pecados.)

Yo, que soy tan cabal y tan precioso!
El ídolo del mundo, el soberano!
Con este Andrajo vil por compañero!...
Véte allá, que me apestas, con mil diablos!»—

Y tan crueles insultos, y mayores,
El Guiñapo sufrió, siempre callando:
Esperaba tal vez que la fortuna,
Como rueda fatal, le alzase en alto.

No tardó; pues, á poco, del trapero
Hélo ya en el morral con otros trapos;
De allí pasó á la fábrica, que al punto
Le convierte en papel; y, á pocos pasos,

Con ciertos letrerillos que le imprimen
Me lo tornan billete de mil francos.
—«¡Sea bendita, gritó, la Providencia!
Que no olvida en su afan ni á los harapos.

Ahora, añade, que venga el Doblonzuelo,
Y se asombre al notar mis adelantos!»—
Y vino sin tardanza; que el Perdido
Corria ya otra vez de mano en mano;

Y segun lo relatan viejas crónicas,
A cruzar con Aquel vino en un cambio.
(Cambio tal que, á docenas, los doblones
Entraban por valor del Ex-andrajo).

Este vióle al pasar, y—«Ola! le dijo,
No se pase tan serio, señor guapo:
Reconozca que vale mucho ménos
Que aquel socio que, un tiempo, os daba asco!

No por esto se amosque ni se atufe:
Oh! mi objeto es tan sólo decir claro
A todo el que, cual tú, desprecia... juzga...
Sin saber qué será, pasado un rato,

Que al futuro se atenga; no sea cosa
Que se vuelvan las tornas, ó que, al cabo,
Al mismo á quien condena por sus crímenes
Adore en un altar como un Santazo.»—

Bravo! Buena leccion! No dijo ménos
La péñola divina de San Pablo:
Hasta tanto que venga el Juez divino
Nunca juzgue el católico á su hermano.

FÁBULA XXI.

El Loro y el Grillo.

Orantes omni tempore in spiritu.
Eph. VI, 18.

Érase un Loro maldito,
Que se gloriaba de santo;
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.

—«Calle el necio, y no eche plantas!
(Dijo un Grillo.) No te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas.»—

Y tuvo razon el Bicho!
Y áun sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.

Pues la cristiana Oracion
Jamás se remonta al Cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazon.

FÁBULA XXII.

El Mastin y el Lobo.

Non invenit pœnitentiæ locum, quamquam cum lacrymis inquisisset eam.
Ad Hebr. XII, 7.

Un Mastin, perro fiero,
Cansado de servir en el apero,
Con un Lobo se aduna;
Esperando lograr mejor fortuna,
Prestándose su ayuda mutuamente
El Lobo astuto y el Mastin valiente.
Y con esto, Lector, queda sentado
Que eran ambos terror del monte y prado;
Pues si el Lobo rapaz la caza prende
El Mastin de otros perros la defiende.

¿Quién puede enumerar cuántos consejos
Al Perro daban los mastines viejos,
Mirando con dolor que se perdia
El triste con tan mala compañía!
Pero nada consiguen,
Y,uña y carne, los dos viviendo siguen.

Ya, despues de causar atroces daños,
Corriendo algunos años
En tan pérfido y bárbaro manejo,
El infame Mastin se puso viejo:
Cayéronse sus dientes, su ladrido
Ronco y sin fuerzas,ya no fué temido;
Y sus piés y sus manos
Dejaron de correr por monte y llanos.

¿Qué hace entónces el Lobo carnicero?
Encontrando tan nulo al compañero
Para todo servicio y mutua ayuda,
Le habló así con su lengua puntiaguda:
—«Bien conoces,Mastin,que de esta suerte
No es posible evitar segura muerte.
Mucho aplaudo tus bellas intenciones;
Mas no pudiendo ya con los calzones,
Ni acertando á prestarme algun servicio,
Te aconsejo que busques otro oficio.

Conque abur! yo te dejo; á mi partida,
Ya puedes emendar tu mala vida.»—
Y diciendo y obrando, vuelve el rabo,
El divorcio fatal llevando á cabo.

En esto se presentan los Pastores
De aquellos asolados alrededores,
Que, en armado tropel, enfurecidos
Buscaban á los pérfidos bandidos:
Hallan sólo el Mastin, y «Tente perro!»
Exclaman á una voz, blandiendo el hierro.

Entónces el Hipócrita se humilla,
Gime, llora, les dobla la rodilla;
Protesta que la vida ha reformado,
Vencida la ocasion de su pecado,
Alejando de sí la horrible fiera,
Que á tan inicuos pasos le trajera.
Y áun promete vivir en adelante
Como el monge más puro y observante.
—«Ah bribon! le responde la patrulla,
¿Ahora vienes hablando de cogulla,
Cuando, al verte ya fuera de combate,
El Lobo te abandona hecho un petate?
Tu cambio se adivina muy de lleno!...
Mas, no poder ser malo no es ser bueno;

Así, pága con súbita venganza
Tu cierta culpa y tu falaz mudanza.»—
Y con palos y chuzos, que aguzaron,
Al protervo Mastin despedazaron.
Mas, qué es eso? la fábula es completa?
No, Señor; áun le falta la coleta:

Si sigues pecando así
Hasta la vejez, menguado,
Tú no dejas el pecado:
El es quien te deja á tí.
Por tanto, si desde aquí,
Que áun eres jóven robusto,
De pecar no tomas susto,
Es temible que tus yerros
El Cielo castigue justo
Con una muerte de perros.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO III.

FÁBULA I.

El Alcides burlado.

Sine me nihil potestis facere.
Joan. XV, 5.

En un manso riachuelo
De linfas trasparentes,
Sin fatiga
Guiaba un Rapazuelo,
Por las suaves corrientes,
Una viga.

De sus fuerzas ufano,
El orgullo le eleva
Con exceso;
Sin ver el casquivano,
Que es el agua quien lleva
Todo el peso.

—«Admiren mi pujanza
Los mozos mas cabales!
(Grita ledo)
Al ver que, como en chanza,
Empujo diez quintales
Con un dedo!

Ya no temo que estalle
tropel ni barahunda,
Con tal brazo;
Pues harán todos calle,
Temiendo que los hunda
De un porrazo!»—

Mas ay! que el gran madero
Se le atasca en la arena!
¡Suerte aleve!

Y ya el Alcides fiero
Con toda su faena
No lo mueve.

—«En dónde está tu brio
(Gritábale la gente
Seor pedante?»—
Y hasta el plácido rio
Burlábase inclemente
Del gigante.

Si Dios al hombre abona,
En la empresa mas ruda
Será fuerte,
Mas ay del que blasona!
Pues si pierde su ayuda,
Queda inerte.

FÁBULA II.

El Siglo XIX y el Solitario.

Hæc omnia tibi dabo, si cadens, adoraberis me.

Math. V, 9.

DEDICADA

A mi muy venerado Amigo EL SR. DR. D. JOSÉ TORRES Y PADILLA, PRO. *Catedrático de Sagrada Teología en el Seminario Conciliar de Sevilla, etc. etc., Censor eclesiástico de esta obra.*

Subiendo montes y saltando peñas,
El Siglo Diez y Nueve iba cazando
(Con su cañon rayado, por mas señas)
Cuando, oculto entre breñas,
Vió, al umbral de su asilo venerando,
Un viejo penitente,
Que á la sazon oraba,
Y perdon para el Siglo demandaba.

Al ver el Cazador tan raro ente,
En sus tiempos sin fe desconocido,
Quedó sobrecogido:
Y más bien que tirar y herir la presa,
Quiso astuto cazarla por sorpresa.

Así fué que, pidiendo mil perdones,
Y tomando elegantes proporciones,
Se le acerca y le dice: —«Buen amigo,
¿Es posible que, solo y sin abrigo
En estos andurriales,
Vivir quiera entre fieros animales,
Pudiendo con placer vivir conmigo,
Y gozar los encantos
De mis raros inventos y adelantos?»—

—«Adelantos, decís!(responde el Viejo)
Mostrádmelos, Señor, si no os aburre;
Aunque bien se me ocurre
Que son los adelantos del cangrejo.»—

Y entra el Siglo charlando por los codos:
—«El mas rüin de todos
Es el Gas, del que saco luz tan bella
Que ilumino con ella

Mis ricas poblaciones,
Los cafés, los teatros y salones,
Derramando en la noche la alegría,
Cual si estuviera el sol en mediodía.

Sigue luégo el VAPOR, que, comprimido
En mis locomotoras,
Máquinas voladoras,
Arrebata, anunciándolo el silbido,
En su alígero carro á país remoto
Más riqueza que mueve un terremoto.

Qué poder! no es verdad? Ya tienes hambre
De admirar mis inventos:
¡Qué será, cuando toques los portentos
De mi ELÉCTRICO ALAMBRE!
A su mágico imperio sin segundo,
Ante el cual no hay distancias en el mundo,
Si tienes un amigo allá en América,
Charlar puedes con él, á maravilla,
Cual si en broma quimérica
Conversáseis los dos de silla á silla.

Conque, ven sin demoras!
De todo gozarás, si al fin me adoras.»—

—«Basta ya, tentador! Si todo es eso,
(Replicó el buen Anciano inalterable)
Voy, oh! Siglo, á mostrarte el retroceso
Que ese mundo variable
Sufre hoy á pesar de tu progreso.

Otra luz más radiante
Que la luz de tu Gas, tan ponderado,
Tuvo el mundo en un tiempo ya pasado:
Y esa luz penetrante,
De que el hombre sacó más ricos bienes,
Es la luz de la **Fé** que tú no tienes.

Ni tampoco el Vapor se conocia,
Que hoy arrastra viajeros y quintales;
Mas el hombre tiraba de sus males
Con cristiana alegría,
Y más veloz corria
Por la senda feliz que al Cielo alcanza
Con la fuerza y poder de la **Esperanza.**

Y en defecto de máquinas parlantes
Para hablar con los pueblos más distantes,
Tuvo la **Caridad,** hija del Cielo,
Para hablar con su Dios desde este suelo.

¡Qué! ¿no reina un espíritu en el hombre?
No tiene la moral leyes divinas?
Pues si en esto, cual loco, desatinas,
Aunque el vulgo se asombre,
No te cuadra el progreso, ni en el nombre.

Y si todas tus glorias, cual presumo,
Se fundan en telégrafos y en humo,
Y el espíritu gime en la miseria;
Tu mentido adelanto
Del de siglos mejores dista tanto
Cuanto distan el alma y la materia.

Y con esto probado ya te dejo
Que adelantas lo mismo que el cangrejo.»—

Así termina el Viejo ya cansado,
Cuando el Siglo, irritado
Con verdades tamañas,
Apuntando el cañon endemoniado,
Pasóle de un balazo las entrañas.
Y el Anciano ¡infeliz! cayó al momento:
Murió por la verdad? murió contento.

Desde entónces, á todo el que se empeña
En probarme que el mundo va adelante,
Cuando mísero y loco se despeña,
Yo respondo al instante
Lo de aquel sabio Viejo:
Adelante!... *lo mismo que el cangrejo.*

FÁBULA III.

El Bandido.

Scindite corda vestra, et non vestimenta vestrà.
Joel II, 13.

Llevaban á fusilar
A un pérfido malandrin,
Que á todo un vasto confin
Con su nombre hizo temblar.

Gran ladron, gran asesino,
Las muertes por centenares,
Y los robos por millares
Numeraba el bedüino.

Y era listo el muy truhan;
De agilidad tan maldita
Que mejor prestidigita
Que *Macallister y Hermann.*

No hubo puerta ni cerraja
Que al bribon no se rindiera;
Ni bolsa ni faltriquera
Que no abriese su navaja.

Mas, ya cayó, por su mal,
En lucha con la milicia!
Y por eso esta justicia
Se hará por la Ley marcial.

Y marcha fiero y en calma,
Y el sacerdote le exorta:
—«Que ya tu vida es muy corta!
Encomienda á Dios tu alma.»—

Mas no falta quien, al ver
Su mirada traicionera,
Sospeche, que ántes que muera,
Ha de dar mucho que hacer.

Y ya llega entre el run-run
Al cuadro; ay! pobrecillo!
Ya está puesto en el banquillo!
Ya le apuntan!—Fuego!—prum!

Y cae con la pataleta,
Fingiendo angustias de muerte;
Y tan bien que nadie advierte
Que es todo una jugarreta.

—Pues qué?—
Con modos sutiles,
Por el demonio inspirados,
Hurtó el Nene á los soldados
Las balas de los fusiles!

Por cuya ocasion, bien calva,
Los soldados del piquete
Le sirvieron de juguete,
Gastando pólvora en salva.

Y vase la tropa luego,
Batiendo marcha con brio,
Cuando el Muerto, entre el gentio,
Tomó las de Villadiego.

Y vuelve á su malandanza
Y vuelve á sus correrías,
Al pillage y raterías,
Al despojo y la matanza.

El vulgo no sabe cómo
La escena acabó en comedia;
Mas fué porque en la tragedia
No hubo lágrimas...de plomo.

Las lágrimas balas son
Que dan la muerte al pecado;
Si te las roba el malvado,
No muere en la Confesion.
Ileso queda el bribon
Aunque, al pronto, se haga el muerto;
Que sin llevar dolor cierto,
Y el pecho como una malva,
Serás como el inesperto
Que gasta pólvora en salva.

FÁBULA IV.

D. Quijote y Sancho Panza.

Opera enim illorum sequuntur illos.
Apoc. XIV, 13.

Perdon! Cervantes, si mi musa indiestra
Tiene en boca á tu Andante Caballero,
Y en union del buen Sancho, su escudero,
Lo saca á relucir á la palestra.

No te cause penar, ni te dé grima,
Si, á tu sombra, mi ingenio se guarece.
¿Por ventura el coloso no parece
Más grande, si el enano se le arrima?

Perdona, pues, mi antojadizo empeño
De seguirte, un instante, aquí, á mi modo;
Que así verá mejor el mundo todo
Cuán grande fuiste Tú, yo cuán pequeño!

Despues de una aventura horripilante,
En que el ínclito Andante
Por los suelos rodó segun costumbre,
Sancho Panza con honda pesadumbre
Increpa á su Señor, que, en trance fuerte,
A dos dedos se puso de la muerte.

—«¿Es posible, Señor, (así clamaba
Al par que de las greñas se tiraba)
Que la vida espongais de estas maneras
Inauditas y extrañas;
Y, por vanas quimeras,
Un porrazo lleveis y otro porrazo,
Que este es siempre el laurel de las fazañas
Del valor invencible de ese brazo?»—

—«¿Y qué importa morir, oh! Sancho amigo,
Si una tumba inmortal despues consigo?
Es muy poco una vida; tres, y ciento
Daré yo muy contento

Por reposar entonces
En sepulcro de mármoles y bronces.
Porque, entiendo, será gran mausoleo
El que mi tronco guarde...—
—enjuto y feo!—
—Y donde el mundo con asombro lea
Mi epitafio con lágrimas...—
—de risa!—
—Que si tuvo Mausolo una Artemisa, (*)
Conmigo hará otro tanto Dulcinea.»—

—Mi Señor está loco,
O le falta muy poco!—
—«¿Qué murmuras, buen Sancho?»—
—«Considero
Lo que va de un Andante á su escudero;
Pues me importa una higa
Lo que á vuestra merced tanto le obliga.
Que, á decir lo que siento,
Si mi antojo consulto,

(*) Artemisa, reina de Halicarnaso, hizo construir un grandioso sepulcro para encerrar los restos de su marido Mausolo, de quien toman el nombre de *mausoleos* los sepulcros notables por su magnificencia.

Pondré en mi testamento
Que dejen mi cadáver insepulto.»—

—«Eso no, voto al Cid! como yo entienda..,
¿No ves, harto de ajos,
Que tu cuerpo infeliz será merienda
De las fieras, los buitres y los grajos?»—

—«No osarán; pues mi dueño D. Quijote
Me pondrá entre las manos un garrote
Con que pueda auyentarlos....»—
—«Gran camueso!
Te quedaste sin seso?
¿Cuando muerto ya estés, cómo los sientes
Si te clavan los picos ó los dientes?»—

—«Pues, si no he de sentir esos trabajos,
Como todo pelgar que el ojo cierra,
Lo mismo se me da me coman grajos
Que me coman gusanos bajo tierra.»—
—«Ya te entiendo, follon; con qué rodeo
Te vienes á burlar del mausoleo!»—
—«Lo que digo, Señor, es que la muerte
Debe hacernos pensar muy de otra suerte.—
—Oh! qué estrecho que vas, amigo Sancho!—
—Estrecho nó, que hasta mi nombre es ancho;

Mas oí esta verdad al señor Cura,
Y aquí la encajo aunque parezca dura:
—Cuál?—

—Despues de la humana batahola
El cuerpo quedará en la podredumbre:
Las obras seguirán al alma sola,
Hasta que el Sol de eternidad alumbre.

FÁBULA V.

Los dos Gatos.

Justus prior est accusator sui.
Prov. XVIII, 17.

En un volver de narices
Del cocinero Juan Natas,
El Morrongo y Zamparratas
Atraparon dos perdices.

(Que no solo acá *inter nos*,
Sino entre gente gatuna,
Debe ser una fortuna
Para dos perdices, dos.)

Mas como, (un sabio lo advierte)
Omnis saturatio mala, (*)
Cada gato, al postre, exhala
Hondos maullidos de muerte.

En tan aflictivo lance,
Morrongo, gatazo feo,
Interroga á su correo:
—«¿Qué hacemos en este trance?»—

Y responde:—«Fuera bueno
Chupar jugos alcohólicos,
Que en estos pícaros cólicos
Hacen lanzar el veneno.»—

—«No tal! que en la vomitona
(Replica el otro maldito)
Saldrá el cuerpo del delito;
Y entónces ¿quién nos abona?

Nos tendrán ya por ladrones,
Y, sin formas de proceso,
Castigarán el exceso
Con los palos de escobones.»—

(*) Toda hartura es dañosa.

—«Y ¿quieres morir mejor
Endemoniado Morrongo?»—
—«Sí, primero, me propongo,
Ser mártir que confesor.»—

—«Pues yo lanzaré muy presto,
Aunque sepan mi pecado.»—
—«Y yo espero agazapado
A ver en qué pára esto.»—

—Y en qué paró?—Zamparratas
Chupó emética raiz,
Y vomitó su perdiz
Con pico, plumas y patas.

Lo cual notado por Juan,
Que andaba listo en acecho,
Compadecido del hecho,
Le perdonó sin afan.

Morrongo, por el contrario,
Por no sucumbir al vómito,
Rebelde, cobarde, indómito,
Reventó tras de un armario.

Muchos Niños desdichados
Sufrirán la misma suerte,
Causando al alma la muerte
Por ocultar sus pecados.

FÁBULA VI.

El Asno arrogante.

Nomen inane, crimen immane.
S. Bernardus.

Un Asno, con intrépida arrogancia,
Valiéndose de intrigas y de amaños,
(Que entre bestias tampoco son extraños)
Logró un puesto y un nombre de importancia.

Ya se deja entender, que su ignorancia
En su reino causó terribles daños;
Mas, al fin, conocidos sus engaños
Con la muerte expió su petulancia.

Ay! Los hombres del crímen que menciono
Quedarse suelen por acá riendo!
Mas no ha de ser lo mismo allá ante el trono

Del sumo Juez, que, con rigor tremendo,
Castigará con justiciero encono
El nombre vano cual delito horrendo.

FÁBULA VII.

Los Náufragos.

Et interitus tanquam tempestas ingruerit.
Prov. I, 27.

Avanza ligera nave,
Surcando la mar soberbia,
Sin temor de la borrasca
Que ya, á barlovento, truena.

Cargada de maravillas
Y de orientales preseas
¡Cuántos sueños y esperanzas
En su frágil bordo lleva!

Mas ay! que la tempestad
Bate sus alas ligeras!
Vino la noche: qué espanto!
Todo es horror y tinieblas.

De pronto los aquilones
Gigantes olas encrespan:
Retumba el trueno, y del rayo
La súbita luz aterra.

Y el viento troncha los palos,
Una ola el timon se lleva,
Cruje el casco, y, sin gobierno,
Juguete del mar se queda.

Y vese, cuando el relámpago
Alumbra la horrible escena,
Que unos suben, otros bajan,
Unos lloran, otros rezan.

Grita el Piloto, y en vano:
No hay quien sus voces atienda.
Mas en tanta confusion
Muchos sus joyas aferran,

Y, á sus cuerpos bien ceñidas,
Salvarse con ellas piensan;
Miéntras otros, á un madero
Asidos, oran y esperan.

En esto la nave embiste
Contra las rocas, violenta;
Se oye un grito pavoroso!...
Y el mar, los restos dispersa,

Flotando entre hirviente espuma
Las jarcias, cofas y bergas.
—Oh! ¿qué ha sido de los Náufragos?—
La suerte fué muy diversa:

Unos bajaron al fondo
Al peso de sus riquezas;
Los otros, en una tabla,
Al puerto seguro llegan.

La muerte naufragio es
Donde la vida se estrella:
Si al hombre sorprende asido
De este mundo á las quimeras,

Con ellas baja al profundo;
En tanto que al Cielo vuela
El que, abrazado á la Cruz,
El mundo á sus plantas huella.

FÁBULA VIII.

Los Compadres.

Si Pater ego sum, ¿ubi est honor meus?
Malac. I, 6.

Riñó Juan con su Comadre,
Y maldíjole á su Padre;
Mas, se ganó una guantada,
Diciendo un Chusco: «Bien dada!»
Blasfema entónces de Cristo:
—Y ahora?—
—Nada!—
Por lo visto,
Ni el Chusco ni aquellos dos
Conocen por padre á Dios.

FÁBULA IX.

Dorila y Aminta.

Ego quoque in interitu vestro ridebo.
Prov. I, 26.

Dorila, de sus campos la ventura,
De pastores encanto y embeleso
Por su rara hermosura,
Y Zagala gentil de mucho seso;

Sentada á su placer sobre el tomillo,
Prodigaba á la par con linda mano
Rosquetes á un perrillo,
Y robustas bellotas á un marrano.

Ya se comprenderá con qué hidalguía
Su gratitud el perro le mostraba,
Y la mano lamia
Que próvida su vientre regalaba:

Al paso que el lechon, gran egoista,
Atento al fruto que su afan devora,
Ni áun levanta la vista
Para mirar su afable Bienhechora.

La vió Aminta, y exclama sorprendido:
—«Que premies por igual, extraño mucho,
Al perro agradecido
Y á ese ingrato y rüin animalucho!» —

—«No lo extrañes, Pastor, que por ahora,
Prodigue así sus dones mi clemencia:
Acércase la hora
De señalar horrible diferencia.

Ya verás cuán serena y sin enojos
La suerte miro que el lechon alcanza!
Pues risueños mis ojos,
Verán correr su sangre en la matanza.

En tanto que del perro, fiel amigo,
Mi mano cariñosa será escudo,
—Y gozará conmigo
De cuanto el Cielo enriquecerme pudo.»—

Dichosa tú, que tan cabal retratas
Los consejos de sábia Providencia!
Las criaturas ingratas
Pueden ver en tus rasgos su sentencia.»—

Ay! Si los bienes que el Criador te envia
Sin gratitud los gozas, oh! Cristiano,
No extrañes que sonria
Cuando sufras la suerte del marrano.

FÁBULA X.

Los Jumentos reformados.

Ambulate per vias prudentiæ.
Prov. IX, 6.

Encontráronse dos Burros
Andando el propio camino:
El uno flaco y enfermo,
El otro gordo y rollizo.

Y miéntras beben sus amos
Allá en la venta un cuartillo,
Ambos su vida se cuentan,
Afuer de buenos amigos.

—«Pardiez! exclama el buen mozo,
Dueño tienes bien mezquino!»—
—«Ya lo ves! responde el feo,
El alma traigo en un hilo:

Mucha carga, muchos palos,
Mucho andar y mal comido!..
Tal es mi vida, hace años,
Más bien que vida, martirio.

Mis huesos contarse pueden,
Mi piel es un pergamino,
Con más de cien mataduras
Desde el rabo hasta el hocico.

Mas ya mi cuerpo desmaya,
Al menor peso me rindo;
Y en tal estado, á mi dueño
Maldito de lo que sirvo.»—

—«En esto vamos iguales,
(Contesta el otro Borrico)
Mas debe ser, yo calculo,
Por diferentes motivos.

Tengo un amo, que es en todo,
Lo que se llama un bendito;
Jamás me asienta la vara,
Me contempla bien el pico,

Me carga poco, y aun eso,
Haciéndome mil cariños,
Mostrando el bueno del hombre
Que no se atreve conmigo;

Pues suelo echarme en el lodo,
Haciendo la carga añicos,
Y libre salir corriendo,
Dando coces y respingos.»—

Un Podenco que, al pasar,
Husmó lo que ya va dicho,
En lengua perruna exclama:
—«Qué lástima de Pollinos!

Inútiles para el hombre
Por tan desiguales vicios!
El uno por maltratado,
El otro por consentido.

Oh! si viera yo á sus dueños,
Diérales un consejito.»—
Y violos; y, á pocos pasos,
Habloles largo al oido.

Nadie por entónces supo
Lo que el Podenco les dijo;
Mas se vieron resultados,
De allí á poco, peregrinos.

Al llegar los arrieros
A sus Burros respectivos,
Cada cual adopta al punto
Un método muy distinto:

El del Burro regalado
Sacó la vara del cinto,
Y en ménos que canta un pollo
Puso al Asno de lo lindo.

Miéntras el otro, la carga
Aligera á su Pollino,
Y paja y cebada diole
Más complaciente y solícito.

En suma, los dos Jumentos
Se reformaron muchísimo,
El uno con ménos leña
El otro con ménos mimos.

Entrambos cebada comen,
Mas ninguno sin castigo;
Pues, para bestias de carga,
Vara y grano son precisos.

Y por tanto ya el consejo
Del Can prudente adivino:
Sería con leves cambios,
Lo que yo leí en un libro:

No aflijais al cuerpo tanto
Con ayunos y cilicios
Que, al cabo, os falten las fuerzas,
Para otros santos destinos.

Mas, tampoco le tengais
Tan descansado y ahito
Que el Burro dispare coces,
Haciendo la carga añicos.

FÁBULA XI.

La Tertulia y la Araña.

Telas araneæ texerunt.
Isa. LIX, 5.

Un General, un Sabio, un Opulento
Y un Ministro (de antaño) y va de cuento,
Sentáronse por trazas del destino
En torno de una mesa en el casino.
Bien se advierte, que cuenta cada uno
Sus ochenta, lo ménos! pues ninguno
Sin gota yace ó sin el asma terca;
Anunciándose en todo, que se acerca
El fin de aquellas cuatro antigüedades,
Esplendor de otras próximas edades.

«Dichoso encuentro!» la Tertulia exclama.
(Y vióse, un punto, revivir la llama
De la vida, entre achaques incurables,
De los cuatro estantiguas memorables.)
—Oh qué tiempos! qué edad! (uno decia)
En que el mundo gustoso obedecia
De nuestra voz el poderoso acento!—
—Bien nos debe la Europa un monumento!—
—Sí, que nadie igualó nuestras proezas!—
—Ni el poder, letras, armas ni riquezas!—

—«Eh! Señores, pasito! que allá bajo
A pedir igual prez por mi trabajo.»—

«Quién nos habla?» pregúntase intranquilo
Aquel senil congreso; y por un hilo
Miraron descender con lista maña,
Atónitos los Héroes, una Araña.

—«Buenas noches, exclama, (y orgullosa
Sobre la mesa sin temor se posa.)
Aquí vengo á saber por qué razones
Habeis de ponderar vuestras acciones,
Creyéndolas heróicas, admirables,
Y os olvidais de mí, (qué miserables!)

Queriendoos apropiar toda la gloria,
Cuando, al postre, mi historia es vuestra historia,
Y adjudicaros por entero el pago,
Cuando hicisteis lo mismo que yo hago!»—

Y esto dijo la Araña con tal brio
Que el congreso senil quedóse frio.
Mas luego que los Héroes se reponen,
Aplastar al Insecto se proponen;
Ménos uno, se entiende que fué el Sabio,
ues con trémula voz dijo su labio:

—«Ay! Amigos, verdad! Meta en su pecho
La mano cada cual. ¿Qué habemos hecho...
Vos, General, con vuestros cañonazos,
Yo, tejiendo mis libros de retazos,
Vos, Mandarin, más déspota que un moro,
Y vos, Ricacho apaleando el oro?
¿Qué hemos hecho? (en son trágico repite)
Si de todo no pasa ni un ardite
A aquella eternidad que no corona
Sino las obras que la **Gracia** abona?
«¡Qué hemos hecho!» exclamó la Concurrencia,
Registrando agitada su conciencia.
—«Qué habeis hecho? Tejer telas de araña!
Eso dijo el Insecto y no se engaña.»—

Así terminó el Sabio; y desde el punto
En que tuve noticias del asunto,
(No puedo remediarlo) cuando veo
Un hombre que subió hasta el apogeo
Del esplendor y de mundana gloria,
Yo recuerdo al instante aquesta historia;
No mirando ya en él más que una araña
Que ha tejido una tela un poco extraña.

FÁBULA XII.

El Niño diabólico.

Dicens: «Non me videbit oculus.»
Et operiet vultum suum.
Job. XXIV, 15.

Contaba mi Abuela
Con énfasis muchos,
Que, en tiempos machuchos,
Andaba en la escuela

Su Nieto querido;
Tan brava criatura
Que en toda diablura
Fué siempre el temido.

Rompia en el áula
Las mesas, tinteros...
Y á los compañeros
Zurraba el muy máula.

De todos martillo,
Los libros destroza,
Y salta y retoza
Como un cabritillo.

En vano el Maestro
Le sigue la pista,
Y siempre, á la vista,
Le tiene del diestro,

Y asaz furibundo
Palmeta inhumana,
Con faz herodiana
Le muestra iracundo!

No vale andar listo,
Ni sustos, ni enojos;
Pues...cierra los ojos,
Y cree no ser visto.

Con este secreto
De hacerse invisible,
Lo más reprensible
Hace sin respeto.

Mas, ay! que su engaño,
Que á todo lo alienta,
Furiosa tormenta
Prepara en su daño.

Sufrióle el Maestro
Con muy blandas miras,
Poniendo sus iras
En largo secuestro.

En cierto periodo
Probarle calcula,
Y en él disimula
Y pasa por todo:

(De calma era rico)
Mas cumple, y entonce
Con mano de bronce
Descarga en el Chico.

Vibró la palmeta
Golpes no rüines,
Llovieron sosquinés:
Fué soba completa.

La sed vengadora
Su enojo no amaina:
Duró la azotaina
Tres cuartos de hora.

Y el Niño infelice
Rabioso patea;
Y, al par que aporrea
El Maestro, le dice:

—«Truhan! qué pensabas
Con tanta osadía...?
Qué yo no te via
Por que tú cegabas?

Con gracia bien roma
Por cierto despuntas!
Mas, págalas juntas,
Bribon, toma! toma!»—

Cuando, hecho pajuela,
Del trágico exceso
El Niño travieso
Quejóse á su Abuela,

La Anciana le dijo:
—«Me alegro! esa historia
Tendrá en tu memoria
Mi acento más fijo.

Escucha: algun dia
Vendrán las pasiones,
Cual fieros leones,
A darte porfía:

Cuidado! no cierres,
Con torpe demencia,
De clara conciencia
Los ojos, y yerres!

Pensando en tu anhelo,
Que Dios no te mira,
Porque se retira
Tu vista del Cielo!

Así los mortales
Obraron mil veces;
Mas pagan con creces
Sus culpas fatales.

¿Ves ya adonde voy?
Pues basta; y evita
Que Dios te repita
La tunda de hoy.»—

FÁBULA XIII.

El Caminante.

Festinemus ingredi in illam requiem.
Ad Hebræ. IV, 11.

«Paso franco! No estorben mi carrera!»
Va diciendo veloz un caminante,
Que parado se estuvo una hora entera,
Y al término llegar debe al instante.
El tiempo que perdió no recupera
Sin doblar sus esfuerzos, anhelante;
Mas llega sin aliento... destrozado!
¿No le fuera mejor no haber parado?

En la senda del Cielo
No has de pararte;
Pues luego tienes
Que violentarte.
Si no eres tonto,
Para llegar seguro,
Camina pronto.

FÁBULA XIV.

Soldados Rasos.

Qui converti fecerit peccatorem... salvabit animan ejus.
Jac. V, 20.

A mi respetable y muy amado Amigo el Sr. Dr. D. Andres Gutierrez y Laborde, *Presidente del Consejo de la Sociedad de S. Vicente de Paul de Sevilla.*

A un Ejército, antaño numeroso,
Criminal dispersion diezmando iba;

Con tal extremo
Que de las filas
Mil desertaban
En cada dia.

Ardiente y noble el General se afana
Por congregar las huestes fugitivas:

Ya ofrece premios,
De grande estima,
Ya, rigoroso,
Castigos dicta.

Y en vano! nunca á remediar alcanza
Que en torpe division sus bravos sigan!

Los capitanes
Con sus insignias
Van en su busca,
Los solicitan,

Y á pocos rinden! pues los más se esconden,
O á sus jefes maltratan ó los silban!

En este apuro
Un plan meditan
Soldados Rasos
De buena pinta:

—«Dejadnos! dicen, y con maña haremos
A fuer de camaradas su pesquisa;

Y abriendo el paso
de sus guaridas,
Ya con obsequios,
Ya con caricias,

Al bravo porte que en nosotros vean
Seguirán por millares las conquistas.»—

Y, dicho y hecho:
Tan altas miras
Surtieron frutos
A maravilla;

Viniendo desertores, á bandadas,
A engrosar las desiertas compañías.

Soldados Rasos
De la Milicia
Que Iglesia Santa
Se denomina.

Son, ANDRES, *tus Cofrades animosos*
Con el fuego que Tú les comunicas:

Con sus limosnas
Bien entendidas,
Con sus ejemplos,
Con su doctrina,

Robando van las almas desertoras,
Trayéndolas á Dios enternecidas.

Sigue en tu obra,
Que Dios bendiga:
QUIEN SALVA UN ALMA
LA SUYA LIBRA.

FÁBULA XV.

El Llanto y la Risa.

Qui seminant in lacrymis in exultatione metent.
Psal. CXXV, 5.

«Ay! qué tierra tan dura
La de mi suelo!»
Un Labriego murmura
Con desconsuelo.
Y el triste arando,
«¡Qué duro!» repetia,
Siempre llorando.

«Ay! las lluvias ya tardan!
Desgracia es séria:
Ogaño nos aguardan
Hambre y miseria:
Ay! ponte blando
(Exclama) suelo mio!»
Siempre llorando.

«Cada grano que tiro
En el barbecho,
Ay! me arranca un suspiro
Del triste pecho;
Considerando,
Qué dudosa es mi suerte,
Siempre llorando!»

Mas, al fin, del verano
Llegan los meses:
Ya goza el aldeano
Con ver sus mieses;
Pues ricas siendo,
Trajina, suda y canta,
Siempre riendo.

«Qué me importa la siega
Con sus ardores,
Si el dulce premio llega
De mis sudores?»
Y va reuniendo
En gavillas los haces,
Siempre riendo.

—«¡Oh! qué grande es la espiga!
Qué gordo el grano!
Bendita mi fatiga,
Que no fué en vano!
Pues ahora entiendo,
Que pasaré las horas
Siempre riendo»—

Aunque el llanto te enoje,
Lector, advierte
Que la miés se recoge
Tras de la muerte.
Oh! sean tus dias
De modo que, si lloras,
Entónces rias.

FÁBULA XVI.

El Autómata parlante.

Nomen habes quod vivas, sed
mortuus es.
Apoc. III.2.

En un lugar (acaso el del Toboso)
A precio no rüin, en un tëatro,
Mostrábase un Autómata famoso,
Atrayendo concurso numeroso,
Y exprimiendo la bolsa á más de cuatro.

Y en verdad, que el Autómata discreto
Hace todo lo que hace una criatura:
Come, bebe, saluda con respeto,
Danza, toca y, detrás de un parapeto,
Pone fuego á un cañon con gran soltura.

Una vez que, charlando por los codos,
El público locuaz perdió la calma,
Y alborota, al mirarle, de mil modos,
«Qué lástima! (á una voz, diciendo todos,)
Que á tan diestro galan le falte el alma!»

Ved aquí que el Autómata se pára:
Hace callar la turba vocinglera,
Y, tomando expresion altiva y rara,
Cual si un soplo divino le animara,
Suelto el labio, parló de esta manera:

—«Imbéciles! ¿qué diántres os inspiran
Aplaudirme con tanta boca abierta?
¿Acaso entre vosotros no se miran
Autómatas que comen, duermen, giran...
Y en realidad el alma tienen muerta?»—

Oh! qué bien, sabio Autómata, has hablado!
Aunque goce y se mueva un infelice,
Si, enemigo de Dios, está en pecado,
Un autómata es ya! San Juan lo dice:
DEL LIBRO DE LA VIDA ESTÁ BORRADO!

FÁBULA XVII.

El Murciélago y el Topo.

Cæcus autem si cæco ducatum præstet ambo in foveam cadunt.
Math. XV, 14.

En la historia del Murciélago
Cuentan autores apócrifos,
Que anduvo una vez muy tétrico
Este animal estrambótico;

Bullendo en todos los ámbitos
En busca de un grave astrólogo,
Que le curase un escrúpulo,
Que ya le angustiaba indómito.

Mas, con tanto andar solícito
Tras el saber salomónico,
Elige en su afan por brújula...
Al Topo! animal estólido.

—«Tú debes de ser un Séneca!
(Le dice con voz de acólito)
Pues siempre te juzgo estático
Allá en tu profundo sótano.

Por tanto, contesta súbito
Si aqueste horror hidrofóbico,
Que tengo al Sol antipático,
Es un indicio diabólico!...

Pues no quisiera en el ánima
Llevar un pecado insólito,
Que al fin me castigue Júpiter
Con un azote hiperbólico.»—

—«No tal, respondió el Lucífugo,
Antes bien es muy platónico
Hüir de seres malévolos
Que nos inquietan despóticos.

Repára en mis gruesos párpados,
Que son, por demás, anómalos:
Arbitrios son estratégicos
Contra ese enemigo tórrido.»—

Con esto que oyó el Noctívago
Clavóse en su mal propósito
De sepultarse al crepúsculo
En su escondite recóndito.

No faltan Devotos sátrapas,
Que buscan, con zelo cómico,
Mentor que les dé el oráculo
Conforme á sus gustos sórdidos.

Mas, siempre que el ciego agárrese
Del ciego para ir más cómodo,
Entrambos (verdad sin réplica)
Caerán en el foso cóncavo.

FÁBULA XVIII.

El Perezoso.

Qui justus est, justificetur adhuc.
Apoc. XXII, 11.

Un hombre, con la suerte por amiga,
(Aunque al cabo la infiel le trató mal)
A fuerza de trabajos y fatiga,
Llegó á reunir un corto capital.

«Oh! con esto (exclamaba) ya no hay miedo!
Tengo, y me sobrará, para vivir;
Y así, tenderme á la bartola puedo
Sin tener que afanarme en adquirir.»

Y lo cumple tan bien, *ad pedem litterae*,
En los brazos del ocio este Español
Que ni agencia un real, ni mueve un títere,
Cual si hubiera las minas del Tirol.

Mas, á poco, mitad de sus doblones
Gastó en curarse terca enfermedad;
Y, por colmo, unos pícaros ladrones
Lleváronse despues la otra mitad.

Ya de todos cayó en el menosprecio!
Ya le tienen por zángano y rüin.
Pobre rico! qué cálculo tan necio
Formara la pereza en tu magin!

Quedó sin blanca! y tornará al trabajo,
Renegando de sí y de Barrabás!
Desde entónces los hombres, acá abajo,
Miéntras más atesoran, quieren más.

Pues bien; el Justo que el ejemplo lëa,
De los hijos del mundo ha de aprender;
Y si á justo llegó, más justo sëa,
Por temor de enfermar y empobrecer.

FÁBULA XIX.

La Pena del Talion.

Nolite errare: Deus non irridetur.
Gal. VI, 7.

En tiempo en que regia
La pena del Talion,
¡Qué osadía!
Un Tuerto picaron
Saltó un ojo á Lucía.

Pensando el muy borrego,
Que, al verle sin un ojo,
Luégo, luégo
Perdonarán su arrojo,
Por no dejarle ciego.

Mas paga sus diabluras,
El daño y la malicia,
Con usuras;
Pues manda la Justicia
Dejar al tuerto á oscuras.

Espere igual sentencia
El pérfido y malvado
Sin conciencia,
Que peca confiado.
De Dios en la clemencia.

FÁBULA XX.

El Rapaz y el Filósofo. (*)

Non plus sapere quam oportet sapere.
Rom. XII, 3.

Hoy, que apénas saludan la Gramática,
Ya comienza en los Mozos el ridículo
Afan de hacerse graves y filosófos;
Recorren los espacios metafísicos
Cual si fueran modernos Aristóteles,
Y no dejan secreto, por altísimo,
Que no expliquen en son de catedráticos,
Sin haber empezado á ser discípulos;
Quiero darles leccion en una fábula.
Y ha de ser á despecho de los timpanos,

(*) Idea tomada de la vida de S. Agustin.

Para hacerles sentir mejor el látigo,
En el áspero metro novesílabo.

Aguzaba su inteligencia
Un Jóven á orillas del mar,
Esforzándose en penetrar
De Dios la incomprensible esencia.

Y á corta distancia se via
Afanándose un Rapazuelo
En echar agua en un hoyuelo,
Que en la arena cavado habia.

Y va, y viene con ansiedad,
Demostrando el plan sin segundo
De encerrar todo el mar profundo
En tan pequeña cavidad.

—«¿Hase visto mayor dislate?»—
(Exclamó, observando, el gran Hombre)
—«Oh! dice el Rapaz, no os asombre;
Que no es esto gran disparate.

Desde que sé, que hay algun loco,
Que en su pobre y vana cabeza
Quiere comprender la grandeza
De Dios, ya lo que intento es poco.»—

A tal contestacion, los labios,
Torció el filosofastro y dijo:
—«Cáspita! ¿quién eres tú, hijo,
Que así te burlas de los sabios?»—

—«No importa, replicó, mi historia;
Mas guardad en vuestra memoria,
Que el docto Cristiano se aviene
Con saber bien lo que conviene.»—

FÁBULA XXI.

Los Improperios.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
Math. X, 22.

Por cobrar una pingüe y rica herencia
Blas emprende un viaje:
No va en ferro-carril, ni en diligencia,
No lleva ni equipaje.
¡Qué indigencia!

Y luego que, pasados los abrojos,
Y al término cercano,
Aguardan, el buen fin de los tramojos
Y la herencia en la mano,
Ver sus ojos,

—«Ya no más! ya no más! dice el Viajero;
Yo me vuelvo á mi casa:
Me aburre transitar este sendero;
Mas...¿la herencia sin tasa?
No la quiero!»—

—«Bárbaro, imbécil, (le gritó un paisano)
Bribon, paleto, zote,
Estólido, jumento, casquivano,
Salvage y hotentote,
Gran marrano!

Estúpido, ridículo, bergante,
Mentecato, zopenco,
Zambombo, ganapan, pillo, danzante,
Alcornoque, mostrenco,
Gran tunante!

Gaznápiro, zoquete, torpe, avieso,
Cuadrúpedo, bolonio,
Caribe, zarramplin, tarugo, obseso,
Pelgar, necio, demonio,
Gran camueso!

¿Cómo así la razon se te oscurece,
Desdichada criatura?
Oh! súfre, si mi lengua te escarnece,
Pues tu rara locura
Lo merece!»—

Luego el Fiel, que, cercano á la victoria,
Se torna á bridas sueltas
Al vicio, prefiriéndolo á la Gloria,
No merece dar vueltas
A una noria?

Nadie piense librarse de la hoguera,
(La Escritura lo advierte)
Sino aquel que, con ánsia verdadera,
Constante hasta la muerte
Persevera.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

FÁBULA XXII.

Los dos Novicios.

Plenitudo legis est dilectio.
Rom. XIII, 10.

Dos Novicios se juntaron
En una tarde de asueto,
Y en amigable secreto
De aqueste modo se hablaron:

—«Hermano, si la obediencia
(Dijo el uno de los dos)
Tanto duele, ¿por qué á vos
Sirve de tal complacencia?»

¿Y por qué yo, á mi despecho,
Cumplo mal, siempre á destajo,
Y vos, sin hiel, sin trabajo,
Os lo encontrais todo hecho?

Ay! yo envidio vuestra calma,
Al ver en mi afan sin fruto,
Que ni lleno el Instituto,
Ni goza tranquila el alma.»—

—«A contestaros voy luégo;
(Dice el otro, más sesudo)
Tocad mi pecho desnudo:
Hermano, ¿qué siente?»—
—«Fuego!»—

Fuego! y con suavidad
Endulza la pena aguda,
Y á cumplir su ley la ayuda?
Pues era **la Caridad.**

FIN DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO IV.

FÁBULA I.

La Rosa entre espinas.

Sicut lilium inter spinas.
Cant. II, 2.

DEDICADA
Á LAS SRTAS. ALUMNAS DEL COLEGIO Á CARGO DE LAS RR. MM. RELIGIOSAS EN EL CONVENTO DEL ESPÍRITU SANTO DE SEVILLA.

En una selva muy retirada
Cándida Rosa se ve brillar,
De espesa zarza bien rodëada,
Que la defiende cual valladar.

Así guardada,
Vive segura;
Que mano impura
No la ha de ajar.

La vió una Bella, gran cortesana,
Y muy galante le dijo así:
—«Funesta suerte te cupo, hermana!
¿Qué vida es esa tan baladí?

Flor tan galana
Yo no consiento
Por un momento
Que viva aquí.

Vendrás conmigo, y en los salones
Serás hechizo por tu candor:
Serán tu trono ricos jarrones
De porcelana de gran valor.

Mil ilusiones
Tendrás en tanto:
Serás mi encanto,
Serás mi amor.»—

Con tal arenga sobrecogida
La Rosa humilde palideció;
Mas vióse al cabo más encendida,
Cuando ardorosa le contestó:

—«Tan dulce vida
Yo no la quiero:
Morir primero
Resuelvo yo.

Hoy he nacido, mi vida es poca,
Tu aliento quema como un volcan;
Y, si tu mano mi caliz toca,
Secarme al punto me mirarán.

Seré de roca:
No me alucina,
Ni me fascina
Todo tu afan.»—

Mas ni por esas cede la Dama:
Vuelve á su antojo; constante en él,
Al sitio llega... la Rosa clama...
Y al fin decide la zarza fiel;

Pues en su rama
Paróse herida
La fementida
Dama crüel.

Desde este lance, cuando mis ojos
La fuerte reja ven con temor,
Que el claustro guarda con sus abrojos,
«No es esto (digo) vano rigor:

De los antojos
De mano impura
La zarza dura
Libró á la flor.»

FÁBULA II.

El Reloj de pared.

Reformamini in novitate sensus vestri. *Rom.* XII, 2.

Un Jóven muy piadoso,
De virtudes modelo,
Se olvidó, cierto año,
De hacer sus *Ejercicios:* mal agüero!

Le hallaron, desde entónces,
Casquivano y ligero,
Disipado, engreido,
Y á punto de caer en graves yerros.

Hasta tanto que un dia,
Al entrar del paseo,
Inmediato á su estancia,
Escuchó con asombro estos lamentos:

—«Ay de mí, sin ventura!
Cuán cerca mi fin veo!
Las fuerzas se me acaban,
Que, débil, solo, reparar no puedo!

Venid, venid volando!
Aun llegareis á tiempo
De sostener mi vida!
Si un instante tardais, ah! yo fallezco!»—

Buscó el Jóven sus armas,
Cual Fidalgo Manchego,
Y, asiendo la tizona,
Con gran ímpetu entró en el aposento.

—«Ah del fantasma! (grita
Sin temor el Mance bo;
Mas, qué miro?»—Y helados
Espada y corazon al par cayeron.

De un Reloj de pared
Son los tristes acentos:
—«Dáme cuerda, mal Amo,
Que sin ella servirte yo no puédo!

¿No estás viendo mis pesas
Casi tocando al suelo?
Si tardas un minuto,
Un cadáver no más me encuentras hecho.»—

Entendió la indirecta
El Jóven, que no es lerdo,
Y un retiro buscando,
Volvió á sus *Ejercicios* con empeño.

Al reloj de su alma
Faltándole iba el peso,
Y, si no acude pronto,
Reprobado por Dios, quedara muerto.

Por eso el buen Cristiano,
De negocios huyendo,
A dar cuerda á su espíritu
Se entrega con afan de tiempo en tiempo.

FÁBULA III.

La Gotera.

Qui spernit modica paulatim decidet.—*Eccli.* XIX, 1.

De la culpa más pequeña
Si el remedio se abandona,
La virtud se desmorona:
Así el ejemplo lo enseña.

Qué dolor! Esparcidos por el suelo
Descúbrense, entre montes de sillares,
Chapiteles, pilastras á millares,
Florones, arcos de atrevido vuelo!
Hace poco, elevándose sin duelo
Sobre gruesas columnas seculares,
Provocaban del tiempo los azares
En magnífica pompa junto al cielo.
Hoy, al ver los tristísimos escombros,
Si el viajero lamenta la rüina
Del vasto templo, que admirado fuera,
Doliente voz le advertirá, entre asombros,
Lo que apénas el alma se imagina:
«De todo ha sido causa **una Gotera!**»

FÁBULA IV.

Fotografías del corazon.

Omne quod est in mundo concupiscentia carnis est, concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.
I. Joan. II, 16.

Un Fotógrafo muy célebre,
Por dicha el secreto halló,
De retratar con sus bártulos
Lo que está en el corazon.

Y, ansiando ponerlo en práctica,
Su máquina colocó,
Frontera á una plaza pública,
En un lejano rincon.

Santo Cielo! Qué espectáculo!
Qué cosas tan grandes vió!
Escenas son muy dramáticas:
Oigamos al inventor.

Viene un jóven.
—Preparémonos!—
Y al punto que se paró,
Dejó en el cristal, por átomos,
Todo, todo su interior.

—Mas, qué miro? escena bárbara!
Armada la Seduccion,
Sobre un caballo flamígero,
Persiguiendo va al Pudor.—

Una Bella.
—Lance cómico!
Mas... qué rápida pasó!
Quedaron sus dos satélites,
Coquetismo y Presuncion.—

Un Niño.
—Bien; será cándido;
Mas ¿qué descubro? No, no!

Ahogada entre goces lúbricos
Creciendo va su razon.

Otra Dama.

—Voto al Chápiro!
De dijes de tocador
Ostenta, y de muebles fútiles,
Atestado el corazon:

Carrozas, trajes fantásticos
Y joyas de gran valor,
Do el oro y diamantes pérsicos
Rutilan en profusion.

Quisiera en su lujo hidrópico,
Su lumbre robar al sol:
Todo lo que lleva es mágico;
Pero su alma... qué horror!—

Pasa un quidan.

—Lance trágico
Se nos presenta! feroz!
Aquí la Soberbia indómita
Su fiero carro guió:

Sobre un trono de cadáveres
Toma asiento; y, á su voz,
Que el mundo obedezca trémulo
Pretende sin más razon.

Y tiende la vista, y pérfida
Reclama inciensos y honor:
Y vierte la sangre y bébela
Para saciar su ambicion.—

Y así le dejó el Hipócrita
Su retrato, el Impostor,
El Necio, el Injusto, el Pícaro
El Usurero, el Ladron.

Al fin, con llagas sin número,
Un Mendigo apareció,
Hastiado del tema místico
«Perdone, hermano, por Dios.»

Y ya de fatiga exánime,
De sed, hambre y de dolor,
Cerrando humilde sus párpados
Rendido en tierra cayó.

La máquina da el fenómeno,
Y el cuadro ofrece.
—Ah! Señor!
Tan sólo aquí vuestro Espíritu,
La fé, la resignacion!...

En tanto que el mundo sórdido
Es todo *Carne*, *Ilusion*,
Y *Soberbia*: los tres títulos
Que un Santo Apostol le dió!—

Con lo cual el buen Fotógrafo,
De susto lleno y pavor,
La lente y sus adminículos
Haciendo trizas, clamó:

—Inicuo mundo diabólico!
De la virtud opresor!
Inmenso charco de crímenes!
Adios para siempre, adios.—

Y, al claustro volviendo el ánima,
Del mundo escapa veloz:
—*Quien te conozca*, diciéndole,
Hará lo mismo que yo.—

FÁBULA V.

El Certamen de las Pasiones.

Putredo ossium invidia.
Prov. XIV. 30.

En profunda caverna,
Do la noche es eterna,
Reuniéronse en *Concurso*
Las Pasiones humanas,
Con las miras livianas
De probar cada una en un discurso
Cuál merezca, entre todas, para el hombre
De más justa y severa el sobrenombre.

Habló primero la Soberbia, y dijo:
—«¿Quién como yo? Si el mundo se alborota
Con brillantes acciones, ¿no se nota
Que las impulso las gobierno y rijo?»—

—«Y ¿qué importa (prosigue la Avaricia),
Si toda la justicia
De tal manera con mi afan se aviene
Que en la tierra es más justo el que más tiene?»

Sigue en pos la Lujuria—«Yo, Señoras,
Confieso mis flaquezas;
Mas el pícaro amor, á todas horas,
Es quien ciego me arrastra á mil torpezas.»—

Tronando, en esto, prorumpió la Ira:
—«Yo merezco el laurel, y punto en boca!
Que, si fiera yo soy, si bien se mira,
Es cuando algun infame me provoca.»—

—«Vamos! vamos! (alzándose la Gula,
Dice con frases de sustancia llenas)
¿Qué mal hago yo á nadie, si, á docenas,
Mi panza los jamones embaula?

¿Ni qué mal la Pereza ¡pobre amiga!
Que allí está sin fatiga,
Dándosele un ardite de este acuerdo,
Roncando en su poltrona como un cerdo?»—

Y en silencio quedó la concurrencia;
Porque la Envidia triste,
Por no decir que existe,
Se negaba á ilustrar la competencia.

En esto llega el Diablo,
Y en medio de sus hijas toma asiento.
—«Atencion! miéntras hablo;
(Les dice, echando por la boca chispas.)
Agotado teneis mi sufrimiento,
Pues más que hermanas pareceis avispas!
Decidme, hato de necias, ¿quién blasona
De justicia ceñirse la corona
Donde la Envidia está, que, aunque no ladre,
Es la hija que más sale á su padre?»—

«Eso no!» (vocifera la canalla)
—«Silencio! digo, ó mi furor estalla.
¿Sabeis, hijas traidoras,
Cuál vuestro oficio es sobre la tierra?

Atormentar al hombre en toda hora,
Castigarle, oprimirlo, darle guerra
Sin descanso, ni alivio! Mas, lo haceis?
Díganlo todas seis,
Que, unas más y otras ménos,
Mezclais vuestros venenos
Con el dulce licor de los placeres!
Mas la Envidia...jamás! Desde que empieza,
Derrama su tristeza,
Su encono, su desvelo
En el vil corazon del hombre impio,
Sin brindarle una hora de consuelo,
Justiciera vengando su extravio.
No es esta la verdad?»—
«Sí! sí!» (gritaron)
Y dieron la cuestion por decidida;
Y á la Envidia por *justa* proclamaron,
Dejándole ceñida,
Su corona de víboras tejida.

Eh! ¿qué tal, buen Lector? ¿serán excesos
Repetir que Ella pudre hasta los huesos?

FÁBULA VI.

Ciego, Sordo y Mudo.

Quam terribilis est locus iste! Non est hic aliud nisi Domus Dei.
Gen. XXVIII, 17.

Entró cierto Pelagatos
En los salones de un Rey,
Y, sin respeto á su ley,
Cometió mil desacatos.

Al instante un Palaciego,
Por señas, le dice «Atrás!
Qué! ¿no sabes dónde estás?»
Mas no hizo caso: era Ciego.

Llega un Paje y le habla gordo,
Ponderándole, irascible,
Que aquel lugar es terrible;
Mas no comprende: era Sordo.

Ya entónces, con modo rudo
Y con hostil interes,
Intentan saber quién es;
Mas no responde: era Mudo.

Y, visto que va adelante
Con sus ejemplos tan malos,
Echaron el Hombre á palos,
Y así comprendió al instante.

Jóvenes, sin fé y doctrina,
(Sin los sentidos cristianos!)
Que vais al Templo ¡profanos!
A hollar la mansion divina,

Huid del Lugar tremendo,
Antes que el Dueño, iracundo,
Os lance de allí al profundo
Vuestros desacatos viendo.

FÁBULA VII.

La Carta Blanca.

Petitis et non accipitis, eo quod male petatis: *Jac.* IV. 3.

DEDICADA

A mi muy distinguido Amigo EL SR. D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO, *Vice-Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y Catedrático de Literatura de la Universidad de Sevilla.*

En parla castiza de sieglos antigos
Me acude á las mientes contar una ystoria.
Udir vos atañe, Rapazes amigos,
E guárdela afirmes la vuessa memoria;
Ca (non de fazañas de efímera gloria)
De Sancta Scriptura serán mis liciones,
Fabladas á guisa de los infanzones,
Que á Espanna ganaron renome et vitoria.

Un Rey cabdaloso, que amor ha por ley,
Príso de un Fidalgo muy rara terneza;
E Carta li endona do scrípso *Yo el Rey*
Tan sólo, por signa de luenga fineza.
—«Por ende, (li disso) fer-has bien proveza;
Ca, en toda rencura, si pides mercedes,
El ruego acomplido certano veredes
Con muy ricos dones de la mi largueza.»—

Gracióla el Vasallo; maes fó mal sesudo
Con peño caboso d' atanto valer;
Ca, triste, lazrado, famniento é desnudo,
Magüera su Carta, fincó por do quier.
Femencia cutiano, ganoso de aver!...
Et nunqua gradoso tornó de su empeño;
Ca, turvo et infiesto, le mira con ceño
El Rey, que non asma su cuita toller.

Mohino el Fidalgo, grant ira li prende
En cabo, é la Carta destriza sannoso:
—«Don Reye, (gridando) catad que por ende,
Fincar-ha el tu nome fallido et mintroso!»—
—«Xrifante! (recúdeli el Duenno bondoso)
Non fágote entuerto, non fízete enganno:
Seríe grant culpa, faríete danno,
Sobeio soltando tu pleito enoioso.

Pardiez! ¿Cuáles donas demanda tu lengua?
Pastrijas, gallaras, adovos, follía...
Que al home sesudo se tornan en mengua,
Nemigas pregárias de la fidalguía!
Trufan! Malaestrugo! mi Carta non fia
Röines falagos de la vanidat:
Porfíca lo bueno con grande omildat,
Prender-has tenencia granada é bailía.»—

Allora el Fidalgo asmó fer mudanza;
E diz que hobo adiesso cabdal é plascencia;
Ca, el home que afinca derecha folganza
Con ruego fiuzante, trobar-ha clemencia.
Remenbra, Xpiano, la antiga sentencia,
O tú, que quirolas demandas sùpervo,
E fier, si Don Christo non firma su biervo,
Irado le acusas de enganno é falencia!

Si non vos acorre (*decíroslo-he* gratis)
Es, Díssol Sant-Yago, quod male petatis (*)

(*) Nada más comun que esta mezcolanza de latin y castellano en nuestros Poetas sacros del siglo XIV, á quienes se ha querido imitar aquí.

GLOSARIO

DE LAS VOCES Y FRASES MENOS CONOCIDAS, QUE SE EMPLEAN EN LA ANTERIOR FÁBULA.

A.

Acomplido, *cumplido, satisfecho*,—Acorre, *ampara, socorre*.—Acude á las mientes, *ocurre*.—Adiesso, *al punto*.—Adovos, *adornos*.—Afinca, *pide con instancia*.—Afirmes, *firmemente*.—Allora, *entónces*.—Antigos, *antiguos*.—Asma, *piensa*.—Asmó, *pensó*.—Atanto, *tanto*.—Aver; *tener*.

B.

Bailia, *valimento*.—Biervo, *palabra*.

C.

Ca, *porque*.—Cabo, *V. En cabo*.—Caboso, *extremado, perfecto*.—Cabdal, *caudal*.—Cabdaloso, *acaudalado, rico*.—Certano, *seguramente*.—Christo, *Cristo*.-Cutiano, *constantemente*.

D.

D', *de*.—Danno, *daño*.—Decíroslo-he, *os lodiré*.—Derecha, *conveniente, justa*.—Destriza, *hace pedazos*.—Disso, *dijo*.-Dissol, *díjolo*.—Donas, *dones*.—Duenno, *dueño*.

E.

E, *y*.—En cabo, *al fin*.—Ende, *V. por ende*.—Enganno, *engaño*.—Espanna, *España*.—Et, *y*.

F.

Fabladas, *habladas*.—Fágote, *te hago*.—Falagos, *halagos*.—Falencia, *falsedad*.—Fallido, *falso*.—Famniento, *hambriento*.—Faríete, *te haria*.—Fazañas, *hazañas*.-Femencia, *insta con afan*.—Fer, *hacer*.—Fer-has, *harás*.—Fier, *fiero*.—Fidalgo, *hidalgo*.—Fincar-ha, *ha de quedar*.—Fincó, *permaneció, quedó*.—Firma su biervo, *acredita su palabra*.—Fiuzante, *confiado*.—Fízete, *te hice*.—Fó, *fué*.—Folganzas, *goces*.—Follía, *locura*.

G.

Gracióla, *lo agradeció*.—Gallaras, *cosas despreciables*.—Gradoso, *contento*.—Granada, *grande*.—Grant, *gran*.—Gridando, *gritando*.—Guisa, *manera*.

H.

Home, *hombre*.—Hobo, *hubo*.

I.

Infiesto, *erguido*.—Irado, *airado*.

L.

Lazrado, *lleno de trabajos*.—Li, *le*.—Li prende, *se apodera de él*.—Liciones, *lecciones*.

M.

Maes, *mas.*—Magüera, *sin embargo de.* —Malaestrugo, *malvado.*—Mal sesudo, *necio.*—Mientes, *V. acude á las mientes.*—Mintroso, *mentiroso.*

N.

Nome, *nombre.* — Non, *no.*— Nunqua, *nunca.*

O.

Omildat, *humildad.*

P.

Parla, *lenguaje.*—Pastrijas, *bagatelas.*— Plascencia, *contento.* – Peño, *prenda.*—Pleito, *pretencion.* — Pregarias, *peticiones.* — Prender-has, *tomarás.*-Por ende, *por tanto.* Prende. *V. Li prende.*—Porfica, *porfia.* (*verbo.*) — Príso, *tomó.* — Proveza, *aprovechamiento.*

Q.

Quirolas, *diversiones.*—Quod male petatis, *porque pedís mal.*

R.

Rapazes, *niños.* —Recúdeli, *replícale.*— Reméмbra, *recuerda.* — Rencura, *aprieto, afliccion.*—Renome, *renombre.*—Reye, *rey.* —Röines, *ruines.*

S.

Sancta Scriptura, *Sagrada Escritura.*— Sannoso, *con saña.*—Sant-Yago, *Santiago.*— Scrípso, *escribió.*—Seríe, *sería.*-Sesudo, *ra-*

cional.—Sieglos, *siglos.*—Signa, *señal.*-Sobeio, *excesivamente.*—Soltando, *concediendo.*—Superbo, *soberbio.*

T.

Tenencia, *fortuna, adquisicion.*—Toller, *quitar.*—Trobar-ha, *ha de encontrar.*—Trufan, *truhan.*—Turvo, *torbo, enojoso.*

V.

Udir, *oir.*—Vanidat, *vanidad.*—Veredes, *vereis.*

X.

Xpiano, *Cristiano.*—Xrifante, *voz de desprecio.*

FÁBULA VIII.

El Orador elocuente.

Et mortuum prophetavit corpus ejus.
Eccle. XLVIII, 14.

«Vente conmigo á admirar
Un Orador elocuente!
(Díjole Juan á Clemente,
Echando los dos á andar.)

Demóstenes fué un pelgar,
Y Tulio un impertinente,
Comparados al torrente
De su elocuencia sin par.»—

—«Tendré un gusto regalado
(Clemente dijo): es asunto
Que siempre fué de mi agrado.»—

Y Juan le señala al punto
Un aposento enlutado,
Y allí tendido **un difunto**.

FÁBULA IX.

La Mona y el Cerdo.

Est qui nequiter humiliat se, et interiora ejus plena sunt dolo.
Eccli. XIX. 23.

Una Mona
Picarona,
Relamida,
Presumida,
Vanidosa por demás;
No encontrando
De su bando
Quien la alabe,
Pues se sabe
Que es el mismo Satanás,

A un Marrano,
Nada vano,
Va, y rodea,
Con la idea
De obtener su admiracion.
Y al efecto
Del proyecto,
La muy pilla
Se le humilla,
Ostentando abnegacion.

—Oh! qué guapo y que rollí
Te crió la Providen!
(Le dice) me causa enví
Tu figura, tu talen,
Tu voz de bajo profun!—
Y el Guarro dice: *grum, grum.*

Miéntras, yo ¡desventurá!
Soy un escuerzo complé.
Lo conozco: soy muy ra;
Y sin duda, por lo fe,
Causo risa á todo el mun.—
Y el Cerdo añade: *grum, grum.*

Pero soy gran pecadó!
Lo tengo bien merecí
(Dice llorando la Mo);
Piedad, oh! cielos, con mí!
Que me condeno barrun!—
Y el Cerdo sigue: *grum, grum.*

Y, si al fin, tuviera ingé!...
Mas soy tan lerda y pacá
Que ni aun logro por enté
Articular las palá:
Hablando me corto al pun!—
Y el Guarro siempre: *grum, grum.*

Eh! dílo con claridad:
Ya está pesado el asun!—
¿Qué indica tu gravedad,
Que no sales de eso nun?—
—Maldita sea tu humildad—
—Maldito sea tu *grum-grum!*—

Hay Devotos que se humí
Por que los suban en al;

Mas mi tema favorí,
Al ver su virtud tan fal,
Será hacerles contrapun
Con lo del Cerdo: grum, grum.

FÁBULA X.

Júpiter y varios Animales.

Unusquisque proprium donum habet ex Deo; alius quidem sic, alius vero sic.
I Cor. VII, 7.

Cuatro Animales
Se propusieron
Mudar de estado
Con gran empeño;

Juzgando fácil
En un momento
Cambiar la vida
De extremo á extremo.

El Lobo quiere
Guardar Corderos,
La Cierva libre
Pide el encierro,

Darse al ayuno
Pretende el Cerdo,
Y el bravo Toro
Serrar sus cuernos.

Y al almo Júpiter
Van con el cuento,
Mostrando en todo
El fin más recto.

El dios Tonante
Se mira en ello;
Y al ver la traza
De los sugetos...

(El diente agudo,
Los piés ligeros,
La enorme panza,
El aire fiero)

Con faz terrible,
Con voz de trueno,
Lanzando rayos,
Dió su decreto:

—«Hato de locos,
Quitaos de enmedio!
¿Quereis acaso
Hundir mi reino,

Turbando el orden,
Que tengo impuesto,
En un destino
Que no es el vuestro?

¿Quién os inspira
Tamaño arresto?
¿No veis que es obra
Del mismo infierno?

Mudar de estado
Asunto es serio!
Hablen algunos
Mortales ciegos,

Que, por antojos
De unos momentos,
Cautivos gimen
En lazo estrecho.

Marchad al punto!
Si no, prometo
Que á todos cuatro
Daré escarmiento.»—

Y, así corridos,
Se escabulleron,
Al traste dando
Con sus proyectos.

Las vocaciones
Vienen del Cielo,
Que á cada uno
Llama á su centro:

Al claustro unos,
Al siglo aquellos,
Y á todos, todos,
A ser perfectos.

Mas nadie intente
Partir ligero
En un asunto
De tanto peso.

FÁBULA XI.

Los Viajeros.

Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. *Hebr.* XIII, 14.

Dos Viajeros se encontraron
En un *hotel* de Paris;
Y apénas se saludaron,
Del suceso se alegraron,
Pues van á un mismo päís.

Hidalgos de pobre cuna,
No educados para el ocio,
Tambien un fin los aduna;
Que ambos llevan su fortuna
Para hacer un gran negocio.

Mas teniendo que pensar
En proseguir el viaje,
El uno, sin más hablar,
Se retira á trabajar
Y á disponer su equipaje.

En tanto que el compañero
Va recorriendo salones,
Donde el rumor placentero
De tanto alegre viajero
Enciende sus ilusiones.

Porque era hermosa la estancia,
Y bello cuanto se mira;
Y tál su lujo y fragancia,
Y de goces la abundancia
Que el jóven Huesped se admira.

Aquí músicas sonoras
Vienen á halagar su oido;
Allí danzas tentadoras
Y mugeres seductoras
Le dejan embebecido.

Y tragando aquel veneno
Con ávida sed febril,
De la virtud rompe el freno,
Pisotëando en el cieno
Su inocencia juvenil.

Al vapor de los licores,
Y al crujir de las botellas,
Toma parte en los amores,
Y en los brindis y clamores
Y en obsequiar á las bellas.

Y en medio de la algazara,
Y de las copas al brillo,
El infeliz no repara
Que sale la fiesta cara,
Y va menguando el bolsillo.

Para remediarlo luégo,
Ya con prudencia ninguna,
Acude al salon de juego;
Y en él, tembloroso, ciego!
Pierde toda su fortuna.

Y al ver el escamoteo
Que allí trama la avaricia,
Hay golpes y clamoreo;
Y el lance se pone feo,
Y acude al fin la Justicia.

. . . . . .

Pobre, herido y preso va
Nuestro Huesped, y es la aurora;
Cuando el otro Amigo está
Buscándole, porque ya
De caminar es la hora.

Y al encontrarle entre dos,
Exclama en llanto deshecho;
—Qué pasa, Amigo, por vos?—
—Id, le responde, con Dios;
Ya mi *negocio* está hecho.—

Oyó luego del fracaso
La relacion verdadera;
Y afligido por el caso,
Marchó solo, pero, al paso,
Anotando en su cartera:

Si el tiempo corre al vapor,
Y es Dios nuestro fin postrero,
Todo hombre es un viajero
Y este mundo un parador.
Así, cuando embaucador,
Por engrëiros trabaje,
Y en tan mísero pasaje
Cifrar quiera vuestra gloria,
Recordad, Hombres, la historia
De mi Amigo de viaje.

FÁBULA XII.

El Sol y la Luna.

Deus, ¿quis similis est tibi?
Psal. LXX. 19.

DEDICADA

A mi querido y muy ilustrado Amigo, el Ldo. Sr. D. José Ortiz de Urruela, *Pro.*

Adulada de amantes y pöetas,
Quiso un tiempo la Luna
El cetro arrebatar de los planetas,
Por arte ó por fortuna.

A tal fin, de terrícolas secuaces
Rëune gran concurso;
Y, explicandose en términos falaces,
Les hizo este discurso:

—«Hora es ya de que abajo venga luégo
El reinado inclemente
De ese Sol, que os abate con su fuego,
Abrasando á la gente.

Largos siglos sufrísteis sus enojos,
Y el orgullo inaudito
Con que el Déspota niega á vuestros ojos
Mirarle de hito en hito.

¿No es mi luz más tranquila y más suave
Que ese Sol inhumano?
¿De fenómenos mil la oculta llave
No tengo yo en mi mano?

¿Quién sostiene el vaiven de aquesos mares
Donde yo me reclino?
¿Quién dirige y consuela en sus azares
Al osado marino?

Esas lluvias y vientos tan variados
Yo benéfica empujo:
Y en mieses, animales y sembrados
Es notorio mi influjo.

A las plantas y flores de Abril bello,
Que tanto agrada verlas,
Avalora mi lánguido destello
Ornándolas con perlas.

De mi lumbre á los mágicos albores
Las aguas son de plata;
Y yo inspiro á los sabios trovadores
Su cántiga más grata.

Así pues, oh! Mortales de la tierra,
Colocadme en el trono!
Y á ese Sol fementido hagamos guerra,
Insultando su encono.»—

Esto dijo, y calló; mas yo imagino
Que el Sol la estuvo oyendo;
Pues, parando su carro purpurino,
Le dice sonriendo:

—«Agradece ¡infeliz! á que eres hembra,
Y desprecio tus daños!...
Mas ya sé, que el que en tí favores siembra
Recoge desengaños.

Dí, satélite audaz, ¿á quién le debes
Lo poquillo que vales?
Y con ira infernal así te atreves
Á hacerme injurias tales!..

Yo rehuso contar los gatuperios,
Los robos y traiciones,
Espantos, homicidios y adulterios,
Que en la tierra compones!...

(Sabes bien que no hay crímen en su historia
En que no tengas parte.)
Mas quiero vindicar aquí mi gloria
Sólo con humillarte.

Hola! Tierra, (exclamó) ven aquí en medio;
Y en punto te colóca
En que dejes á oscuras ¡sin remedio!
Á esa pícara loca.»—

Y sirviendo la Tierra de pantalla,
La Luna quedó ciega;
Lo cual, visto una vez por la canalla,
De la infame reniega.

Reniega con razon! pues, ante el brillo
Del Sol, del mundo dueño,
¿Qué es la Luna mudable? Un farolillo,
Que vela nuestro sueño.

Y ¿no aciertas, Lector, qué se desprende
De tan cansado metro?
Que la Humana Razon audaz pretende
Quitar á Dios su cetro!

Enhiesta de su orgullo en la alta cumbre,
Fascinar quiere al orbe;
Y se aparta de Dios porque su lumbre
Dominar no le estorbe.

Pero Dios, que desprecia sus traiciones,
Del trono en que se halla
Da su voz, y permite á las pasiones
Que formen su pantalla.

Y quedando en tinieblas la orgullosa,
Humillada y sin brillo,
Se ve, que la que quiso hacerse Diosa
No es más que un farolillo.

FÁBULA XIII.

El Glotón.

Væ vobis, qui saturati estis!
quia esurietis.
Luc. VI, 25.

Tomó su herencia Bartolo;
Y tanto se dió á la hartura,
Que en cuatro cenas tan sólo
Puso fin á su ventura.
Y él, que estaba como un bolo!
En cuanto sintió estrechura,
Quedóse como un alambre
Y al fin se murió de hambre.

No esperes, Niño, otra cosa,
Hartándote de placeres;
Pues, cuando al abismo fueres,
Tendrás un hambre rabiosa.

FÁBULA XIV.

Lo de Arriba Abajo.

Erunt primi novissimi,
et novissimi primi.
Math. 19, 30.

Al frente de unos muros elevados,
Entre un diluvio de encendidas balas,
Un Príncipe gritaba á sus soldados:
«Al asalto! á la brecha! á las escalas!

Al tiempo de embestir, sereis iguales;
Mas, despues, lo que logren vuestros pasos:
Los que suban primero, generales!
Los que lleguen detrás, soldados rasos!»

Ganosos de su prez los más ligeros,
Al romper la tremenda batahola,
Los muros escalaron los primeros,
Quedándose infinitos á la cola.

Se quedaron no pocos señorones,
En lucir las insignias sólo duchos,
Los flojos, los cobardes fanfarrones,
Los pánfilos, los necios... y otros muchos.

Y con esto, los trueques más cabales
Viéronse con asombro en los guerreros:
Soldados con baston de generales!
Generales con ollas de rancheros!

Esto mismo será, caros Lectores,
En el Reino de Dios: los más pequeños
Los primeros serán; muchos señores
Detrás les seguiran como á sus dueños.

FÁBULA XV.

La Zorra en el Colmenar.

Postrema gaudii luctus occupat.
Prov. XIV, 13.

Una Zorra muy ratera
Topó con un colmenar,
Y ansiosa empezó á clamar:
«Ay panal! quién te cogiera!

Que es tu miel rico bocado,
Y más sufriendo estas hambres!...
Pero temo á tus enjambres
Y á su aguijon endiablado.»

Y, á fuerza de dar rodeos,
Los dientes se le hacen agua!..
Y su boca es una fragua
De mil golosos deseos!..

Al cabo parte hácia él,
Vencidas las etiquetas,
Diciendo: «¡Lluevan saetas,
Como yo atrape la miel!»

Mas, oh! apetitos fatales,
Que, al pronto, quitais los sustos,
Para perder en sus gustos
A los necios animales!

Apénas, un corcho abierto,
Destroza el primer panal,
De repente el animal
Se vió de abejas cubierto.

Y firme en su maniobra,
Y ciego con la avaricia,
No siente que la justicia
Ha comenzado su obra.

Mas, ya que la miel se apura,
Y va cesando el halago,
Con el peso y empalago
Que causa siempre la hartura,

Ay Cielos! qué batahola!
Qué punzadas! qué molestia
Fatiga á la pobre bestia
Desde el hocico á la cola!

La fuga emprende; y, con todo,
El enemigo no cede;
Tan solo ahuyentarlo puede
Revolcándose en el lodo.

Esto le inspira su instinto; (*)
Mas sufre heridas atroces,
Con alaridos feroces
Alborotando el recinto.

Pues, Niños, mirad su anhelo,
Y aprendereis en sus males,
Que los goces criminales
Acaban siempre por duelo.

(*) Sturm, Reflexiones sobre la naturaleza.

FÁBULA XVI.

Los dos Luchadores.

Qui contra diabolum ad certamen properat, vestimenta abjiciat, ne succumbat. *S. Greg. homi. in Evang.*

Ven,
Oye,
Lindo
Jóven,

Un caso
Disforme
De tiempos
Feroces,

Que al cristiano
Da lecciones,
Que te vienen
Muy de molde:

En ancho circo
Dos Luchadores
Fieros combaten
Como leones.

Mas, cuál de los bravos
Su triunfo corone
Muy bien lo adivinan
Los espectadores.

El Uno, asaz membrudo,
Y recio como el bronce,
Desnudo entra en la liza
Sin trabas que le estorben.

Así facilmente escapa,
Y se escurre, como azogue,
De las iras del contrario,
Si entre sus brazos le coge.

Al paso que el Otro se ostenta,
Gran traje luciendo de corte,
Do el oro y las sedas relucen,
Que el alma y la vida le absorven.

Y embarado con tales arreos,
Aunque brios aliente mayores,
Ni soltura ni juego le dejan
Sus doradas queridas prisiones.

Cuál su término fué? Que de las galas
Asiéndole el contrario, que no es torpe,
Por más que se resiste y forcejëa,
En la arena sin honra derribóle.

Y al cabo sus joyas, sus trajes maldice,
Diciendo, aunque tarde, con lánguidas voces:
«De gala no intenten luchar con desnudo!
Mi trágico ejemplo que sirva de norte!»

Desnudo entra el diablo con nosotros en guerra:
Si al hombre halla vestido de necias ilusiones,
¿Quién no mira que, pronto, rendido vendrá á tierra,
Asiéndole el contrario por sus propias pasiones?

FÁBULA XVII.

El Desayuno Misterioso.

Mors est malis, vita bonis
S. Thom. Aquin.

A poco del desayuno,
D. Blas se puso á morir;
Llamóse al Doctor D. Bruno,
Que, con acento importuno,
Al verle, empezó á decir:

—«Un veneno! ¿Quién ha sido
El que tal almuerzo os dá?»—
—«Ay! (responde el dolorido)
Tambien mi Blas ha comido,
Y áun bueno y alegre está!»—

—«Tan temprano! ¿Quién creyera?..»—
(Dice el Doctor) y la mano
Se lleva á la calavera....
Y medita.... hasta que, ufano,
Prorumpe de esta manera:

—«Albricias! que no es veneno;
Pues, si comió igual regalo
El Chico, y está sereno,
Se ve que el manjar fué bueno,
Y vos el que estábais malo.»—

Soltó aquí la carcajada
Blasito, que ya *declina*:
—«Explicacion tan pensada
(Dice) tiénenla olvidada
Los niños de la doctrina.

Porque es un hecho observado
Siempre que comulgan dos,
Y al gran Banquete sagrado
Uno se acerca en pecado
Y el otro en gracia de Dios:

El manjar no es lo nocivo,
Que al Señor reciben todos;
Mas, si del bueno es Pan vivo,
del malo es veneno activo,
Segun de gustar los modos.»

Luego pruébate, Cristiano,
Si á tal Mesa has de atreverte;
Pues, si no te acercas sano,
Saber debes de antemano
Que comes tu propia muerte.

FÁBULA XVIII.

La Dama de los cien Espejos.

Odio habuerunt corripientem, et loquentem perfecte abominati sunt.
Amos, V, 10.

¿Por qué cambia en un momento
De Directores Ines?
Porque le dicen quién es.
Pues que se aplique este cuento.

Cierta Donna
Currutaca,
Que una Venus
Se juzgaba,
Dijo un dia
De gran gala,
Que un espejo
Le compraran:

«Voy!» (responde
La Criada)
Más ligera
Que una garza.
Al instante
Vuelve á casa,
De su compra
Muy ufana,
Y el objeto
De sus ánsias
Pone en manos
De su Ama.
—«Bien; probemos
Esta alhaja»—
Y al espejo
Dió su estampa.
(Es la Bella
Corcobada,
Ojos vizcos,
Nariz chata,
Hácia el cielo
Remangada:
Color, pardo
De castaña;

Con dos dientes
Como habas,
Que á los labios
Se asomaban:

Frente oscura
Y aplastada,
Y el cabello
Como pasas.)
—«Uf! qué rostro
De fantasma
Hace!»— grita
Consternada.

Tras! al suelo
Me lo lanza,
Hecho queda
Mil migajas.
—Tráeme otro:
(Dice á Paca)
Pero date
Mejor traza,

Que esta compra
Salió mala»—
Y otro y otro
Le mercara...

Hasta ciento.
Pero nada!
Todos tienen
Ygual falta.

Y, con tanto
Venga y vaya,
Ya se amosca
La muchacha;

«No se canse
Doña Urraca!
(Grita al cabo
La taimada).

Los espejos
No la ultrajan,
Y el tirarlos
Es bobada.

Rompa! rompa
Su fea cara,
Que es en ello
La culpada;

Esas lunas
La retratan
Lo mismito
Que la hallan.»—

—«Picarona!
Deslenguada!
Véte al punto
De mi casa!»—

—«Agur, prenda!
Voy de marcha.»—
—«Vaya mucho
Noramala.»—

Las verdades
¡Cómo amargan
A los necios
Que se exaltan!

FÁBULA XIX.

La Fé y las Obras.

Fides sine operibus mortua est.
Jac. II, 2.

Negábase un Juez severo
A dar crédito á un Notario,
Sospechoso de falsario
Y convicto de embustero.

Mas D. Judas Mentireta
(Así se llamaba el tal),
Viendo lo pasaba mal,
Dice al Juez con linda treta.

—Señor, por ambos derechos,
Fé mi título me dá.—
Y dijo el Juez—Bien está,
Pero os la quitan los hechos;

Que, al ver vuestro testimonio,
Veo, más claro que la luz,
Que detrás de vuestra *cruz*
Está bailando el demonio.

Así, del curial enjambre
Aunque soy muy gran amigo,
A vos sin pena castigo
A la cruel pena de...hambre.

Poco importa que te dé
La Fé el nombre de cristiano;
Si vives como pagano,
Lector, es muerta tu Fé.

Y aunque de ella tengas sobras,
No habrá para tí consuelo;
Pues siempre ha querido el Cielo
Unidas la Fé y las Obras.

FÁBULA XX.

El Aire y el Insecto.

Non est fortis sicut Deus noster.
I. *Reg.* II, 2.

DEDICADA

A mi muy estimado y docto Amigo, EL SR. D. LEON CARBONERO Y SOL, *Catedrático de Arabe en la Universidad de Sevilla, Director de* LA CRUZ, *Revista Religiosa de la misma, etc.*

Al tibio rayo de la luz naciente,
Al leve soplo de temprana brisa,
Cuando abre apenas el rosado oriente
Del alba virginal dulce sonrisa,
Arrollando la noche blandamente,
So la alfombra del prado se divisa
Una pálida flor que, engalanada,
De un Insecto orgulloso es la morada.

Aura leve
La flor mueve,
Y el Insecto que allí está,
Ya palpita,
Ya se agita
Sube, baja, viene y va.

Ve sus alas,
Cuyas galas
Son de púrpura y rubí;
Y, al encanto
De su manto,
Ser monarca sueña allí.

La corona
Que le abona
Solitario orgullo es;
Su locura
Le figura
Que los mundos ve á sus piés.

Luz y cielo
Mar y suelo
Que son suyos piensa audaz:

Así, pide
Cuanto mide
Su mirada perspicaz.

Un momento
Ruge el viento,
Y el Insecto retembló;
Y en su trono
Con encono
De esta suerte se quejó:

¿Quién eres tú, cuya invisible mano
En derredor de mí todo lo mueve?
¿Quién eres, cuyo imperio soberano
Altivo á resistir nadie se atreve?

¿Quién eres, dí, cuyo terrible aliento
Los cedros troncha cual flexibles cañas,
Y, al fragor de su tránsito violento,
Derrumbas montes y la mar ensañas?

Te agitas donde quier! mas ¿dó te asientas,
Si estrecho miras el cerúleo espacio,
Si arrastras en tu carro las tormentas,
Si la honda inmensidad es tu palacio?

¿Porqué, siendo monarca, me estremezco,
Si en huracan furioso te desatas?
Si de mí te retiras, ay! perezco,
Si descargas en mí, me desbaratas?

Y llevas luego en bonancibles horas
Balsámicos aromas en tus alas!
Y con ecos y músicas sonoras
A tu sereno paso me regalas!

Y de tí cuanto vive se alimenta,
Y en tu seno nadando siempre voy,
Y en todo estás, y todo en tí se cuenta!
¡Quán grande serás tú! mas yo ¿quién soy?—

«Un Insecto
Vil y abyecto!»
Leve brisa murmuró:
Y el espacio,
Muy despacio,
Un insecto!.. repitió.

«Mas mi nombre
No te asombre:
Soy el Aire! ¿Lo creerás?

Quien me envia
Todavía
Es más fuerte, puede más.»

Y en esto conocí que deliraba;
Que hasta entónces absorto yo creia,
Que era el HOMBRE quien, necio, preguntaba,
Y era DIOS quien al hombre respondia.

FÁBULA XXI.

Presuncion y Desconfianza.

Sicut ex desperatione aliquis contemnit Divinam misericordiam, ita ex præsumptione contemnit Divinam justitiam.
S. Thomas XXII, *quæst.* 21.

En la misma prision,con fuertes grillos,
Encontrábanse juntas dos hermanas,
(Presuncion se apellida la más jóven,
La mayor en edad Desconfianza.)

Por heridas de muerte á una Señora,
A quien tienen la guerra declarada,
Sin más causa que ser del hombre amiga,
La amorosa y gentil Doña Esperanza.

No es mucho suponer que, siendo hembras,
No les era posible estar calladas;
Por lo cual un ministro de Justicia
Les oyó, por defuera, estas palabras:

—«Y porqué he de llorar? Soy inocente!
(Dijo la Presuncion) no temo nada!
Y ménos, cuando sé que es un bendito
Nuestro Juez, un simplon, un Sancho Panza»—

—«Quita! quita! (respónde la otra Presa)
Más bien has de decir, que es un canalla:
Yo no tengo perdon! mas, ni lo imploro;
Pues sé que ese Neron no tiene entrañas!»—

Lo supo el Juez al punto (que el Corchete
De todo cuanto oyó se fué á acusarlas);
Y en el acto, mojando en hiel la pluma,
Sentenció de este modo las dos *causas*.

«Muera la Presuncion! pues me hace débil,
Y no sufro me tengan por un mandria;
Y su Hermana tambien! pues me hace fiero,
Y es más crímen tenerme por pirata.

Y murieron las dos. ¡Ojalá mueran
Para siempre tambien en muchas almas!
Ahora entiende, Lector, lo que te dice
Con su poco de industria aquesta fábula:

Si **presumes** *con Dios, ay! no te absuelve!*
Mas si de El **desconfias,** *no te salvas!*
Conserva, pues, sin sombra de estos vicios,
La teologal virtud de la Esperanza.

FÁBULA XXII.

Presente, Pasado y Futuro.

Redimentes tempus quoniam dies mali sunt.
Eph. V, 16.

«¡Cuán breve es tu vida, hombre!»
(Dijo al Presente el Futuro.)
—«Ay! (responde) apénas duro
Miéntras se dice mi nombre!»—
—«Hijo, Nieto, no os asombre!
(Prorumpe en esto el Pasado)
Que si yo soy bien llorado,
El Futuro es prevenido,
Y el Presente aprovechado,
Todos tres hemos cumplido.»

Del Pasado ten gran duelo;
Del Presente te aprovecha,
Teme el futuro, y es hecha
Tu ventura para el Cielo.

FÁBULA XXIII.

Misterios de Waterlóo.

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia. 1 *Cor.* I, 27.

Son arcanos que ignora el mundo entero
(Que el más listo tal vez no sabe jota)
El cómo el buen Napoleon primero
Sufriera en Waterlóo tan gran derrota.
Mas al fin la verdad no se despinta,
Y la pude saber de buena tinta.

En la noche anterior á la matanza,
Cuando el Héroe imperial pescaba el sueño,
Diz que un mosquito con furor le avanza
Y audáz le acosa con rabioso empeño:
Ya le pica en la frente, ya en la oreja,
Y así el reposo del Caudillo aleja.

En resúmen, le dió tan perra noche
Que el Héroe, á la mañana, no da bola;
Y, mandando la accion á trochemoche,
La gana el Anglo y el Francés perdióla.
Y al instante el que reyes encadena
De allí vino rodando á Santa Elena.

Desmiéntanlo, si quieren: no me espanta;
Que no es dogma de fé lo que refiero;
¿Mas al hombre que altivo se levanta,
Arrollando á sus piés el orbe entero,
Si Dios quiere en sus iras confundillo,
¿No le basta con sólo un insectillo?

FÁBULA XXIV.

El Hombre y el Rio (*)

Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem.
Eccli. V. 8.

«Yo quiero variar de senda!
(Exclama mi Hermano un dia)
Porque esta conciencia mia
Ni paz me da, ni quietud.
Cogido en estrechos lazos,
En pos voy de los contentos,
Y sólo remordimientos,
Consigo sin la virtud.

(*) Imitacion de Florian.

Ya rompo mis ligaduras;
Huiré del inicuo mundo,
En un retiro profundo
A llorar mi insensatez.»—
—«Bueno es eso! (le respondo)
Mas ese proyecto, Hermano,
Lo formaste ya, aunque en vano,
Una y otra y otra vez.

Y cuándo?»—«Desde año nuevo
Ya verás cuán otro soy!»—
—«Hermano ¿por qué no hoy?
Me aflije la dilacion.»—
—«Oh! son fuertes mis cadenas:
Romperlas en un instante
No puedo! más adelante.....
Yo espero vendrá ocasion.»—

Así discurriendo juntos,
Cada cual á su manera,
Llegamos á la ribera
Del manso Guadalquivir.
Y chocándome la angustia
De un Labriego que, impaciente
Mirába hacia la corriente,
Antojóseme decir:

—«Buen hombre!qué es lo que aguardas?»—
—Camino al lugar frontero:
No hallo puente, y aquí espero
Deje el Rio de pasar.—
—«(Hermano!-vé aquí tu imágen!)
Pues, hombre, con alma y brio
Pasa á nado; porque el Rio
Ha de correr sin cesar.»—

FIN DEL LIBRO CUARTO.

LIBRO V.

FÁBULA I.

Cor pravum dabit tristitiam.
Ec. XXXVI, 22.

El Leopardo y la Ardilla.

DEDICADA
Á mi muy estimado Amigo el Excmo. Sr. D.
Fabian Gutierrez y Lasso de la Vega,
Conde de Osilo.

Saltando y brincando alegre
Sobre una frondosa encina,
Estaba libre de sustos
Una juguetona Ardilla.

Mas ay! por su mala estrella,
Faltó una rama, y la Mísera
Vino á dar sobre un Leopardo
Que al pié del tronco dormita.

Qué horror! qué espanto! su Alteza
Despierta azorado, y mira,
Crespando la piel lustrosa,
Con ojos que lanzan chispas.

Encójese la cuitada.....
Tiembla.... dobla su rodilla...
Al cabo le habló la Fiera
Así, templando sus iras:

—«Te perdono la vida, bestia inerme!
Con una condicion, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
El porqué tan alegre y deliciosa
La vida pasas, sin que nunca merme
El júbilo que en tí siempre rebosa,
Miéntras yo, que soy Rey, con mi grandeza
Me pudro de fastidio y de tristeza.»—

—«Ah Señor! (le responde) tan rendida
Por ese don, que me otorgais, me veo
Que os diré la verdad; pero... subida
En la copa del árbol, porque creo
Ser regla de oratoria recibida,
Que suba en alto el orador pigmeo.

¿Lo consentís, Señor?»—

—«Vé sin demora»!—

—«A...ja...já! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
Rey temible,
Que no sepas á tu edad,
El sendero
Verdadero
Para haber felicidad?

La inocencia!
Vé la ciencia
Que me otorga tanto bien;
Porque gusto,
Sin ser justo,
¿Quién lo goza, díme, quién?

Sin congojas,
Frutos, hojas
Son mi pasto, siempre igual;
Nunca mato,
Ni maltrato
Ni á ninguno quiero mal.

Pura el alma,
Duermo en calma
Sin gusano roëdor;
Y en mis hijos
Están fijos
Los cuidados de mi amor.

Aunque frágil
Lista y ágil
Salto y brinco de placer;
Y consuelo
Me da el Cielo
Cuando es fuerza padecer.

Y tú quieres
De placeres
Disfrutar en la maldad!...
No! la sombra
Que te asombra
Es tu misma iniquidad!

Pues tu pecho
Nunca estrecho
Para el odio y la ambicion,

La matanza,
La venganza
Son tu ley y tu razon.»—

Seguir pretende su discurso, cuando
Lanzó la Fiera, con horrible saña,
Tan gran rujido, su furor mostrando,
Que hizo al bosque temblar y la montaña.
«Qué os sucede, Señor?» (dijo saltando
Con irónica risa la Alimaña):
Su Alteza comprendió en aquel momento
Que sin virtud la vida es un tormento.

FÁBULA II.

Nuevo Ministerio.

Data est illis potestas, sicut habent potestatem scorpiones terræ.
Apoc. IX, 3.

Buscaba el Rey del infierno
Un Ministro asaz inicuo,
Para hacer horrible estrago
En el sexo femenino.

A este fin convoca al Lujo,
Al Amor, á los Caprichos,
Y «Buenos son! (dice al verlos)
Mas no llenan mis designios.»

En esto, en ruda algazara
Acuden los malos Libros:
Ya la eleccion está hecha!
La Novela es el Ministro.

FÁBULA III.

La Erupcion del Vesubio.

Aut pœnitere, aut ardere.
S. Aug.

Dícese con verdad (esto no es juego!)
Que una vez que el Vesubio echaba fuego
(Pues en gran erupcion, por su garganta,
Piedras y llamas aborta,
Y en distancia no corta
A pueblos mil con su fragor espanta),
A un Doctor aleman, que á Italia fuera,
Se puso en la mollera,
Observar, muy cerquita, el gran fenómeno
Para escribir despues un prolegómeno.

Con tales fines, y antëojo en mano,
De la posma tudesca haciendo alarde
Cuando el mundo se arde,
Se encarama en el cerro más cercano,
Y allí se *repantiga* (frase técnica!)
Cual si viera funcion de pirotécnica.

Mas en esto, permite el hado indómito,
Que al tremendo Volcan apriete el vómito;
Y, abriendo asaz sus poderosas fauces,
Tal incendio derrama con enojos
En los vertientes cauces
Que tierra, cielo y mar quedaron rojos;
Y descendiendo en rápido torrente
Oleaje candente,
Que por los cerros desigual serpëa,
Ay! al docto Aleman casi rodëa.

Un turbion de cenizas sofocante
Al ciego observador oculta el caso;
Mas, apénas le advierte del fracaso
Una voz, que anhelante
«*O vuélvete ó te abrasas!*» va diciendo,
Cuando el sabio (trayendo
Veloz á la memoria

Del gran Plinio (*) la historia)
Más listo que un acólito
La fuga emprende con afan insólito;
Y, á gatas ó rodando,
De cabeza ó de piés, siempre bajando,
La vida salva al fin; mas no sé cómo,
Pues quedó cual imágen de *Ecce-Homo:*
Sus carnes y vestido hechos girones,
Y ya, ya chamuscados los talones.

Al llegar á una turba novelera
De tan mala manera,
Unos guiñanse el ojo,
Otros silban, ó tosen por antojo;
Y á la vez, con el trágico motivo,
Se burlan sin piedad del Fugitivo.
Mas Él contesta con mirar severo:
—«Vuestra burla rüin me importa un cero;
Que, entre arder ó sufrir esta bicoca,
La cabeza mas loca
Elige sin dudar este sendero.»—

Ay! El lance recuerden los mundanos!
A sus ojos livianos

(*) Su curiosidad científica le llevó á morir en el Vesubio.

Los ayunos maltratan,
Los cilicios nos matan,
El hüir ocasiones
Es cosa de simplones:
La humildad, el sufrir son vilipendio;
Y del llanto se rien,
Pues los terrenos goces los engrien.
Mas, si el alma se libra del incendio
Por ese ardid ingrato,
¿Quién será el mentecato
Que aguarde muy tranquilo su sentencia
Sin hacer penitencia,
Sabiendo el importuno
Que entre ARDER *ó* PAGAR *no hay medio alguno?*

FÁBULA IV.

La Niña sin dote.

Beati mortui qui in Domino moriuntur.
Apoc. XIV, 13.

En un raro documento,
(Codicilo ó testamento)
Una cláusula se via,
Que pingüe dote ofrecia
Para la Niña de Anton;
Con la expresa condicion
De que el padre ¡cosa extraña!
Ha de morir en España.
Caprichos!.. mas era asunto
Que así encareció el difunto.

Cualquiera imaginaria
Que el tal Anton no querria
Pisar extrangera playa,
Ni áun acercarse á la raya;
Temiendo que allí le embistan
Y quede el ángel *per istam*.

Pero, qué! sin mas rodeos
Se va á vivir á Burdeos;
Y, al primer viento que sopla,
Se zampa en Constantinopla;
Y despues pasó á Pekin,
En seguidita á Tounkin,
De allí vino á las Batuecas,
Al Mogol, á Zacatecas,
Y, por fin, el mejor dia
Recayó en la Cafrería.

En vano la Niña clama,
Y con súplicas le llama,
Y la Madre se aperrea,
Suspira, llora y patea;
Pues ya el Anton es machucho,
Y no puede vivir mucho.
—No hay miedo! (responde el tal),
Moriré en suelo natal.—

—Pero ¿cómo se concilia
Morir entre tu familia,
Viviendo, querido Antonio,
Entre cafres del demonio?—

Con efecto, una mañana
De grímpola y de jarana,
Los cafres se lo almorzaron,
Y sólo huesos dejaron.
Con lo cual, la pobre Chica,
Que pudo quedar tan rica,
Se vió, con inmenso oprobio,
sin dote y á más sin novio;
Y, seca como un estambre,
Al fin pereció de hambre.

Buen Lector, tienes un alma
A quien se ofrece la palma,
Si en Dios mueres, por supuesto.
Mas, ¿cómo se alcanza esto?
Viviendo en Dios; de otro modo,
Se pierde la palma y todo!

Que vivir en un infierno,
Y despues, el Dote eterno
Llevarse el alma, sin más,
No te lo pienses jamás.

FÁBULA V.

El Príncipe y el Villano.

Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua.
Gen. VIII, 21.

Bueno es el hombre! *clama el pelagiano.*
Independiente! *grita el luterano.*
Un Monarca! *responde el socialista,*
Y, al fin, le llama Dios *el pantëista.*
En tanta variedad de pareceres,
Tú, Lector, pensarás como quisieres;
Mas yo añado, que es Mozo muy completo,
Cual lo deja entrever este soneto:

A muerte vil un Príncipe se entrega
Por salvar á un Villano delincuente;
Y va á sufrir la pena el inocente!
Que á tal extremo su ternura llega.

Ya próximo á morir, con llanto riega
Del Villano fatal la oscura frente;
Despues lo abraza, y con afan ardiente
«Acuérdate de mí!» su labio ruega.

Y al sitio avanza,y el cadalso mira
Como el objeto que á sus ánsias plugo;
Y al fin exclama de su amor ufano:

«Su mancha borro! y,pues amor lo inspira,
Tengo sed de morir! ¿dó está el verdugo?—
«Yo soy» dijo una voz; era **el Villano.**

¿No lo dije, que el Mozo era un estuche?
Este es el hombre; pésia á quien lo escuche!
Si á su buen Redentor quitó la vida,
¿Qué no hará con su prójimo el deicida?
Con la gracia de Dios, yo no me espanto,
El hombre será bueno, será santo;
Mas sin ella, lo digo en prosa y verso:
El hombre es un tirano y un perverso.

FÁBULA VI.

El Armiño, el Castor y el Javalí. (*)

Regnum cœlorum vim patitur,
et violenti rapiunt illum.
Math. XI, 12.

Un Armiño y un Castor
Con un Javalí mozuelo,
Se lanzaron, sin recelo,
A buscar vida mejor.

Y dejando con fé viva
Floresta, lago y maleza,
Léjos van de la pobreza
De su estancia primitiva.

(*) Imitada del francés.

Despues de un largo viaje
Por desiertos y entre abrojos,
Al fin descubren sus ojos
Un riquísimo paisaje.

Y en él bosques y verdura,
Jardines y frutos tantos
Que, allí agotó sus encantos,
Dijérase, la natura.

Gozaron los Peregrinos,
Al ver tan hermosos llanos,
Lo que Enëas y troyanos
Al ver los campos latinos.

Mas no hay ventura sin quiebras:
¡Un gran pántano de cieno
Han de pasar; y está lleno,
Ay! de sapos y culebras!

Detuviéronse los tres
A su borde embadurnado,
Y el Armiño delicado
Metió con tiento los piés.

Mas retíralos bien listo,
Diciendo, al par, muy en ello:
—«El paraje es rico, bello!...
Mas no conviene, está visto.

Para llegar hasta él
Preciso es andar por lodo,
Y yo lo perdono todo
Por no deslucir mi piel.»—

Y el buen Castor circunspecto
Repone: «Hermanos, paciencia!
El tiempo nos sobra y ciencia:
Ya sabeis...soy arquitecto.

En dos meses, sin premuras,
Os doy un puente acabado;
Y pasais al otro lado
Sin fango ni mordeduras.»—

—«Dos meses! valiente plomo!
(Dice airado el Javalí)
Yo he de estar más pronto allí:
Atended, y vereis cómo.»—

Zis! zás! y sin más perfiles,
Enfangándose hasta el rabo,
Marcha...empuja...llega al cabo,
Sorteando los reptiles.

Y miéntras sacude el lodo,
Y limpia sus piés ligeros,
A sus necios compañeros,
Gritó y dijo de este modo:

«*No se ha hecho el Paraiso*
Para fatuos ni poltrones:
Esfuerzo grande es preciso!
Dad al hombre estas lecciones,
Y que aproveche el aviso.»

FÁBULA VII.

La Ciudad Nueva.

Nisi efficiamini sicuti parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum.
Math. XVIII, 3.

En tierras lejanas un Rey poderoso
Fundó á sus espensas grandiosa Ciudad,
Con nobles palacios, murallas y foso,
Con arcos y triunfos de extraña beldad.

Sus torres esbeltas, sus plazas son ricas,
Jardines y fuentes en gran profusion;
Mas, ved qué misterio! las puertas son chicas,
Estrechas y bajas, de rara invencion.

Perfecta la obra, el Rey llama ufano
A aquellos varones de más honra y prez:
Les abre las puertas; mas ay! todo en vano!
No caben por ellas: tal es su estrechez.

Impiden á muchos, que nunca se encorban,
Sus trajes, sus joyas, insignias de honor;
Y á algunos las armas, los timbres estorban,
Y á todos, en suma, su talla y grandor.

Los Niños, en tanto, con suma llaneza
Holgados se miran entrar y salir:
Dijérase cierto, que tanta grandeza
Para ellos tan sólo se quiso erigir.

Los graves Señores, en chasco tan nuevo,
Preguntánse erguidos «Hidalgos ¿qué hacer?»
«*Volveros muchachos!*» responde un Mancebo
De rostro apacible, de buen parecer.

Con tal ocurrencia, no pocos se enojan,
Se burlan, se alejan ó quedos se están;
Mas otros, siguiendo la voz, se despojan,
Se agachan, se encojen, y adentro se van.

Dichosos mil veces! el triunfo lograron
De ser moradores del mágico Edem.
Al par que los otros afuera quedaron
Privados por siempre del plácido bien.

—Es fábula, es cuento, conseja ó historia?
—El Santo Evangelio! dijeras mejor;
Que no hay esperanza de entrar en la Gloria,
Si á Niño no vuelves, maduro Lector.

FÁBULA VIII.

El Secreto de la Alquimia.

Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis: omnia in gloriam Dei facite.
I. *Cor.* X. 31.

Un buen Párroco que via
Poco espíritu en su grey,
Cual Mäestro de la ley,
En un sermon le decia:

«No os falta exterioridad
De virtud y religion;
Mas, pureza de intencion?...
Vé ahí la dificultad.

Hay zelo, beneficencia,
De compasion mil ejemplos,

Concurso grande en los templos;
Mas... todo falto de esencia!

Y en vano formais acopio
De méritos de esa estampa;
Pues se los lleva la trampa,
Es decir, el amor propio.

Con tan bajas intenciones,
Teneis la mezquina gloria
De convertir en escoria
El oro de las acciones.

Trocad los frenos, Mortales!
Y os prometo un gran tesoro,
Haciendo que saqueis oro
De las cosas más triviales.»

El Pueblo entendiólo mal,
Y exclamó regocijado:
«Nuestro Párroco ha encontrado
La piedra filosofal!» (*)

(*) Llámase piedra filosofal á la materia de que los alquimistas pretendian hacer oro artificialmente. La Alquimia nunca ha sido más que un sueño risible inspirado por la avaricia.

Y acude con ánsia nimia,
Ganoso de hacer doblones,
A pedirle sus lecciones
En el arte de la Alquimia.

«Muy bien! os daré mi táctica,
(Responde el Cura discreto);
Os llevareis mi secreto,
Y...allá veremos la práctica.»

Y mirando á un Crucifijo,
Y haciendo callar la gente,
Con voz grave é imponente
De aquesta manera dijo:

«Hermanos! cualquiera accion
Es piedra filosofal,
Que torna en oro cabal
La pureza de intencion.
Si venís tras la invencion
De volver metal el lodo,
Obrad de cristiano modo
Segun la moral eximia;
Que la verdadera Alquimia
Es mirar á Dios en todo.»

FÁBULA IX.

La Plañidera. (*)

Nolite fieri sicut hypocritæ tristes.
Math. XI, 6.

Tras el cadáver frio
(Pues un entierro era)
Lloraba con gran brio
Una jóven y hermosa plañidera.

(Y en tiempos no lejanos,
Aun el rastro se halla,
Entre pueblos cristianos,
De esa torpe y gentílica antigualla.)

(*) Las Plañideras ó lloronas eran unas mugeres alquiladas para llorar en los entierros: solemnidad pagana y judáica, cuyo uso se conservó por mucho tiempo despues del establecimiento del cristianismo.

Con fieras convulsiones,
Con honda pesadumbre,
Partiendo corazones
Iba de los que ignoran la costumbre.

Un Señor cortesano
Que no conoce el uso,
Al ver su duelo insano,
Consolarla benigno se propuso.

Su llanto le enamora;
Y no le queda duda,
Pues ve lo bien que llora,
Que es hermana del muerto ó su viuda:

«¡Pobre jóven! (decia)
Consuela tu quebranto;
Pues el Cielo me envia
A enjugar esas perlas de tu llanto.»

Mas búrlase la gente...
Y el lance va á ser serio!..
Al fin, llega un prudente
A explicarle el busilis del misterio.

Cuando supo el buen hombre
Que la pena esfingida,

Y se enteró del nombre
De la fúnebre dueña dolorida,

Y que todo lo hecho
Son cábalas y tretas,
Pues no lleva en su pecho
Otro afan que ganarse las pesetas,

—«Vive Dios! (dice airadó)
Que merezco una albarda!
Buen chasco me ha jugado:
Mas, tú, Bruja! verás la que te aguarda;

Que si fuí tan benigno
Que al llanto me rendia,
Ya de verte me indigno
Por tu infame y grotesca hipocresía.»—

Y sus manos detienen;
Pues tal su enojo fuera
Que, si no le contienen,
Lo pasara muy mal la Plañidera.

Quien finge las virtudes
Por aplauso ó por precio,
Buen Lector, no lo dudes,
Al cabo ha de parar en el desprecio.

FÁBULA X.

Dos Amos y una Criada.

Nemo potest duobus dominis servire.
Math. VI, 24.

A dos Amos
Sirve Juana
Por ganarse
Mejor paga.

Mas, por mucho
Que se afana,
Contentarlos
No lograba;

Pues, á un tiempo
Los dos mandan
Estas cosas
Tan contrarias:

—Súbe!
—Bája!
—Córre!
—Pára!
—Tóma!
—Dáca!
—Réza!
—Báila!

De este modo
La Muchacha
Siempre á un Dueño
Tiene en ascuas;

Y, si el uno
Le regala,
Fiero el otro
Le regaña,

Alternando
Compasadas
Estas flores
Y mal-hayas:

—Burra!
—Sábia!
—Negra!
—Blanca!
—Fëa!
—Guapa!
—Bruja!
—Santa!

Y esto sufre
Veces várias,
Hasta tanto
Que se cuadra,

Y al más noble
Se consagra;
Echa al otro
No ramala.

Desde entónces,
Más esacta,
Centuplica
Sus ganancias.

En la vida
Dos te mandan,
¡Dios y el Siglo!
Pobre Alma;

Pero á entrambos
Desagradas,
Porque siempre
Caes en falta.

Deja al Mundo!
No seas vana:
Sea tu ejemplo
La Criada.

FÁBULA XI.

Viaje redondo.

Mors peccatorum pessima.
Ps. XXIII, 22.

Un Viajero, ya al fin de su camino,
Topó con un Leon, que se le avanza;
Al lado opuesto del carril se lanza,
Y un Oso fiero á amedrentarlo vino:
Va á acogerse á un portal, de allí vecino,
Y una Sierpe mortífera lo alcanza,
Que, silbando rabiosa, sin tardanza
Emponzoña, mordiendo al Peregrino.
Ay! la MUERTE es leon que te devora,
Pecador, estos bienes de la vida;
El oso es la JUSTICIA vengadora
Del Señor, y la sierpe embravecida
La CONCIENCIA voraz: tu última hora
Por las tres ha de verse combatida.

FÁBULA XII.

Las dos Manos.

Diligite inimicos vestros, benefacite iis qui oderunt vos.
Math. V, 44.

Transida la diestra mano
Con ancha herida muy honda,
Está Don Gil en su lecho
Que echa espumas por la boca:

Maldice á sus agresores,
Y, á miles, dicterios brota,
Anuncios de su venganza
Fiera, inevitable y pronta.

Una noche en que el coraje
Más que nunca lo emponzoña,
Y en duro insomnio le tiene
El dolor que lo devora,

Observa, que entre sus Manos
Esta plática se forma,
Y el eco trajo á su oido
Por debajo de las ropas:

—«Yo te admiro, Compañera,
(Dijo la Diestra á la otra)
Y á todos los demás miembros,
Por vuestra paciencia heroica!

Por más que á todos aflijo
Con mis punzadas diabólicas,
Y os quito el sueño y la calma,
Lo sé, ninguno me odia.

Antes bien, me consideran,
Y mis ultrajes soportan,
Y algunos hacen mis veces
Sufriendo lo que á mí toca.»—

—«Nada hacemos (le responde
La Siniestra bondadosa)
que no tenga su principio
En causas de mucha monta:

Verdad, que nos martirizas,
Que nos das muy malas horas,
Y, no obstante, te queremos!
Mas, ¿es posible otra cosa?

¿No ves los ocultos lazos
Que nos estrechan y amoldan
A formar un solo cuerpo
Y á vestir á un alma sola?

Pues entónces, ¿porqué extrañas
Nuestro amor y nuestras obras,
Si el bien ó el mal que te hagamos
Redunda en las partes todas?»—

—«No son tales los ejemplos
Que el hombre nos da en su historia
(Repuso la Mano herida);
Pues la venganza es su norma.»—

—«Lo sé (contestó la Hermana);
Mas no será porque ignora
Que todos forman un cuerpo
Que la Humanidad se nombra.»—

En esto D. Gil, gritando,
En el lecho se incorpora;
Y, «¿estoy soñando ó despierto?
(Dice con voz temblorosa.)

Luego yo soy un malvado!
Pues ardo en la sed rabiosa
De aniquilar á los miembros
Que me ofenden é incomodan!

No será! pues ya, rendido,
Ante esa Cruz salvadora,
Amarlos mi pecho jura,
Y sin afan los perdona.»—

De aquel divino precepto
La razon comprende ahora:
Amad á los enemigos
Haced bien á los que os odian.

FÁBULA XIII.

La Cotorra.

Confusio patris est de filio indisciplinato.
Ec. XXII, 3.

Era un padre Don Gil tan mentecato,
Y en educar sus hijos fué tan nulo,
Que la negra impiedad, el desacato
Hallaban á sus ojos disimulo;
Siendo siempre su frase acostumbrada:
«Pse! cosas de la edad: *Eso no es nada.*»

Tantas veces soltó la frasecilla
Que la aprendió á decir una Cotorra;
Aplicando tambien la taravilla
Que, apénas siente la infernal camorra
Que suscitan los chicos, la taimada
Entona con afan: *Eso no es nada.*

Mas los niños se hicieron zagalones,
Y á su padre devoran á pesares.
Mas cuando el infeliz sus aflicciones
Sin consuelo lamenta, por millares,
Execrando á su prole malhadada,
La Cotorra repite: *Eso no es nada.*

Ya de un hijo se encarga la Justicia
Por yo no sé qué fraude ó qué violencia:
Ya del otro recibe la noticia
De que herido salió de una pendencia.
Y, al maldecir su suerte desastrada,
Cántale la Cotorra: *Eso no es nada.*

Pero al cabo ya es fuerza que se enoje;
Y en sus hijos la cólera desfoga.
Mas uno, el más audaz, al padre coge
Y entre sus manos con furor lo ahoga;

Y, al despedir el ánima angustiada,
La Cotorra le dijo: *Eso no es nada!*

Ay Padres! Madres! que, en piedad y en órden,
No educais vuestros hijos, ¡indolentes!
Cuando, al fin, en los vicios se desborden,
Serán vuestros verdugos inclementes;
Y caro pagareis la inocentada
De decirles á todo: Eso no es nada.

FÁBULA XIV.

El Incendio.

A scintilla una augetur ignis. *Eccli.* XI, 34.

Volvió un Labriego sus ojos
Al ver, con desprecio sumo,
Que en su campo echaban humo
Unas matas de rastrojos.

Tornó á mirar, y vió luego
Que ya las llamas se agitan,
Y oye gentes que le gritan:
«Alerta! vecino, fuego!»

Mas ni por esas se avispa;
Antes bien dice el pacato:
«No hay temor! con un zapato
Apagaré yo esa chispa.»

«Corriente! Pues ya la hoguera
El arbolado te abrasa:
Las llamas cercan tu casa...
Ay triste! lo que te espera!»

Y entónces los ayes son,
Cuando ya no alcanza medio,
Ni le queda otro remedio
Que morir hecho carbon.

No en valde entre la descarga,
Que forma el chisporroteo,
Se escucha este clamoreo,
De una voz, que ya se embarga:

Mortales! abrid el ojo:
Cortad el mal en su orígen;
Furiosas llamas me afligen
Por no apagar un rastrojo!

Lo mismo digo, oh Cristiano!
Batálla sin perder ripio;
Que vencer en su principio
La tentacion es muy llano;

Mas, si vas, con vilipendio,
Contemplándola en su curso,
No te queda otro recurso
Que morir en el incendio.

FÁBULA XV.

La Desheredacion.

Cui multum datur, multum quæretur ab eo.
Luc. XII, 48.

Un Padre anciano, que dos Hijos tiene,
Les cedió una heredad; pero (del modo
Que siempre á hermanos agraciar conviene)
Igualando sus suertes en un todo.

Y, al cedérsela, dijo: —«Cada uno
Trabaje en su porcion, y por su cuenta;
Y veremos, al término oportuno,
Cuál de los dos mas frutos me presenta.

Cosa rara! Del uno y otro hermano
El afan se igualó con tal desvelo
Que, al presentar sus frutos, el Anciano
No hallaba discrepancia ni en un pelo.

Parece que, en igual correspondencia,
El Padre á los dos Hijos amaria,
Y, no viendo en sus obras diferencia,
Con igual bendicion les pagaria.

Nada ménos! al uno con rigores
Maltrata, ni hay favor que le conceda;
Lo desprecia, desoye sus clamores,
Lo abomina, y, al fin, lo deshereda.

Y al más jóven maneja de otra suerte:
Lo agasaja, en él tiene sus delicias,
Le colma de favores y, á su muerte,
Va á dejarle el caudal con mil caricias.

Brama el Hijo mayor; acude al lecho
A increpar á su Padre, furibundo
Creyendo lastimado su derecho!...
Y así dijo al Anciano moribundo:

—«Padre inicuo! decid ¿cuál es mi crímen?
¿Porqué enriqueces con amor á un hijo,
Y á mí tus odios sin piedad oprimen,
Siendo iguales los dos?»— Y el Padre dijo:

—«Aléjate, perverso! Tú creías
Que, igualando en las obras á tu Hermano
(Pues nunca en los afanes le escedías),
Os premiara á los dos con igual mano!...

Te engañaste! que débil, pero noble,
El hizo con sus fuerzas cuanto pudo;
Miéntras tú, que eres fuerte como un roble
De mérito y de ardor estás desnudo:

Tu campo era más fértil, y tu brazo
Más robusto tambien! frutos mayores,
Si no fueras rüin, necio y pelmazo,
He debido coger de tus sudores.

No esperes disfrutar de mis pesetas,
Pues te encuentro muy falto en mi servicio!»
Ay! querido Lector! cuántos Atletas
Obtendrán igual suerte en el Jüicio!

«*No hice ménos que hiciera aquel cristiano!*
clamarán (me parece los escucho!);
Mas entónces oirán del Soberano,
QUE Á QUIEN MUCHO SE DA, SE PIDE MUCHO.

FÁBULA XVI.

El Palaciego y el Cocinero.

Melius est á sapienti corripi quam stultorum adulatione decipi.
Eccl. VII, 6.

Un *Fac-totum* en palacio
Topó con el Cocinero,
Quien no le quitó el sombrero
Ni quiso dejarle espacio.

«¡Voto á Sanes, Don Trompeta!..»—
(Dijo aquel fuera de quicio)
—«Pse!.. con gentes de mi oficio
Nunca gasto yo etiqueta.»—

—«Así tu desdicha labras?
Infame! ¿qué es lo que dices?»—
—«Lo que yo con las perdices
Hace V. con las palabras:

Es nuestro oficio guisar
Para diversos sentidos:
Usted para los oidos
Y yó para el paladar.

Mas, bien de léjos se advierte
Esta verdad muy sabida:
Que mis platos dan la vida
Y los suyos dan la muerte.»—

—«Demonio! calumniador!
Qué indicas con tal descaro?»—
—«Voy á decirlo muy claro:
Que es usted....Adulador.»

Y en verdad, que da veneno
En salsa de un buen vocablo
Quien hace creer que es bueno
Al que es un pobre diablo.

FÁBULA XVII.

El Perro Callejero.

Peccavi: et ¿quid mihi accidit triste?
Ec. V, 4.

Un Perro vagabundo, con buena hambre canina,
Mas, libre de pensiones, de casa y de fastidio,
Tragóse en una calle dos bolas de *strycnina* (*)
Que allí estaban *ad hoc*, para hacer un perricidio.

Lo ven sus Camaradas: «Ay! pobre compañero!»
Exclaman, recelando el fin de la tragedia.
Mas él replica: «Necios! ya veis que no me muero:
Vosotros, sí, cobardes! morir teneis de inedia!

(*) Es el veneno de que se usa generalmente para dar muerte á los perros vagabundos en las grandes poblaciones.

¿No veis cuán ágil corro, me burlo del destino,
Y quedo como siempre, sin cólicos ni susto?
Comed! y no hagais caso de cuentos de camino,
Venid! llenad la panza de cosas de gran gusto.»

En esto la ponzoña de aquel manjar tirano
Al perro da la muerte, rasgando sus entrañas;
Que no pudo ser ménos, más tarde ó más temprano.
«Qué tal! (gritan los otros) ¿son esas las patrañas?»

Lo mismo pasa al hombre. «Pequé: qué ha resultado?
(Pronuncia en su locura, esclavo de algun vicio)
Yo vivo... cómo... duermo...» Mas ay! que del pecado
El veneno latente al cabo hace su oficio!

FÁBULA XVIII.

El Reo de muerte.

Ut non contristemini sicut qui spem non habent.
Galat. IV, 12.

Llevaban al patíbulo,
Humilde cual cordero,
A un hombre muy simpático
Que un Príncipe severo
A muerte condenó.
Y en pos le sigue fúnebre
Llorosa concurrencia,
Que, con dicterios bárbaros,
Maldice la sentencia
Y al Juez que la dictó.

Y claman los más íntimos
En torno del Paciente:
«Oh! suerte la más trágica!
Morir así inocente!..
Tan bueno, tan cabal!..»
Mas Él replica: «Estúpidos!
Dejad la pena á un lado:
¿Quereis que fuese un pícaro,
Muriendo deshonrado
Cual muere el criminal?»—

Llorar con necias lágrimas
El fin del Justo mismo
Parece rasgo incrédulo,
Envidia ó egoismo,
Que no nos sienta bien.
Dirá lá carne mísera
En esto lo que quiera;
Mas, bien nos pide plácemes
El que muriendo espera
El suspirado Eden.

FÁBULA XIX.

El Labrador burlado.

Quæ seminaverit homo, hæc et metet.
Galat. VI, 8.

Un Labriego incapaz
Sembró altramuces
En su campo, feraz
A todas luces;
Diciendo en su interior:
—«De aqueste modo,
Sin gastos ni sudor,
Lo haremos todo.

Estiércol no echaré:
El hierro escaso;
La escarda me ahorraré,
Prudente paso!
Pues con dulce solaz,
Siempre de holganza,
Veré crecer en paz
Mi buena panza.
Mas Céres vino al fin
Sin piedra ó daño,
Dando premio al trajin
De todo el año;
Y á aquel que labró bien,
Con larga mano,
Hace recoja cien
Por cada grano.
El Labriego ahorrador,
Que entonces viera
Los dueños de alredor
Cargar la era,
Y en su campo andaluz
Miran sus hojos
Del amargo altramuz
Tristes manojos,

Comido de interés
Se arranca el pelo,
Blasfema, pierde piés!
Mas no hay consuelo.
Vecinos de heredad,
Desde un remanso,
Se burlan sin piedad
Del pobre ganso;
Y en alegre cancion,
Luego que asoma,
Dirijen al poltron
Aquesta broma:
—«¿Porqué muerdes tu cruz
Y te fatigas?
El que siembra altramuz
No coge espigas.
No ignorabas el mal;
Que, aunque te enoje,
Lo que siembra el mortal
Eso recoge!»—

Luego aquel que virtud
Sembrar no quiere,
De la eterna salud
Coger no espere.

FÁBULA XX.

El Tuerto rey.

Qui se existimat stare, videat ne cadat. I *Cor.* X, 12.

En el país de los ciegos,
Como ninguno ve,
Todo son precauciones
Por miedo de caer:

Andan todos á tientas,
Buscando la pared;
Llevan por lazarillos
Perros con cascabel:

Nadie abandona el palo,
Y en cuanto han menester
El tacto y el oido
Suplen su lobreguez.

Llegó un Tuerto á la tierra,
Y al punto que lo ven,
(Es decir, que lo husman)
Volando lo hacen rey.

Mas «Alerta! (le dicen)
Que, si dais un traspiés,
Os cuesta la corona
Y áun el ojo tambien.»—

«No hay miedo! (les responde)
Luz tengo para ver
En donde está el tropiezo:
Vosotros, sí, temed!»—

Y haciendo cabrïolas
Más listo que un lebrel,
Aquí salta, allí brinca...
Corre á más no poder.

En esto el Soberano
Tropieza no sé en qué,
Quedándose tendido
Allí cuan largo es.

Revuélvese la gente!..
No hay perdon para él:
Arde Troya! lo cogen,
Y... ¿qué va á suceder?

Lo mismo que sucede
Al justo que no ve,
Creyéndose seguro,
Donde pone los piés.

Por eso el gran Apóstol
Encarga alguna vez,
Que mire bien no caiga
El que se juzga en pié.

FÁBULA XXI.

Un Jóven como hay muchos. (*)

Quærite primun Regnum Dei.
Math. VI, 33.

A un mancebo un Anciano preguntaba,
Y al Anciano el Mancebo respondia
Lo que voy á contar; pues que pasaba
El caso, un viernes, á la vera mia.

—«Y qué piensas tú ser?»—
—«Seré abogado;
Que es carrera de lustre y de provecho.»—
—«Y despues?»—
—«Periodista y Diputado,
Pues tengo buena labia y mucho pecho.»—

(*) Pensamiento de San Felipe Neri.

—«Y despues?»—
—«Tocaremos el registro,
Que en las altas regiones tanto ayuda,
Y, en hallando ocasion, seré Ministro.
—«Y despues?»—
—«Millonario ¿quién lo duda?

Hacerme rico sin tardanza espero;
Que es muy triste vivir en apreturas.»—
—«Y despues?»—
—«Daré suelta á mi dinero
En palacios y coches y aventuras.»—

—«Y despues?»—
—«Seré Conde, segun pienso,
O Marqués, y Gran cruz, lo que es muy grato.»
—«Y despues?»—
—«Disfrutando del incienso
Brillaré entre la pompa y el boato.»—

—«Y despues?»—
—«Sonriendome la suerte,
Luengos años veré gozando en calma.»—
—«Y despues?»—
—«Ya..despues..oh Dios!..la muerte!»

—«Y despues?»—
—«Qué hay despues?»—
—«**Perder el alma!**

Es la pena que aguarda al majadero
Que, en esa Babilonia á que tú aspiras,
Se olvida de buscar á Dios primero,
Ajustando á su ley todas sus miras.
De qué sirve lucrar el mundo entero,
Si el alma pierdes, si en pecado espiras?»—
—«Ay, basta! (el Joven replicó al Anciano)
Entiendo la leccion, no será en vano.»

FÁBULA XXII.

El Burro Flojo.

Maledictus qui facit opus
Dei negligenter.
Jer. XLVIII, 10.

Con rebuzno penetrante
Un Jumento, asaz mohino,
Se quejó de su destino
Así á Júpiter tonante:

—« Es posible
Suero Dueño,
Que, con ceño
Tan terrible,

A un bolonio
Me sujetes
Con ribetes
De demonio?

(Yo no sé qué mal haria;
Pero al mísero Jumento
Daba el Amo, si no miento,
Dos mil palos cada dia.)

No soy fiero,
Nunca robo
Como el lobo
Carnicero:

Soy tan manso
Que, sin queja,
Me maneja
Cualquier ganso.»—

El dios Tonante lo oyó
Con rostro no muy sereno;
Mas, al fin, largando un trueno,
De este modo contestó:

—«Vete, flojo!
Tu indolencia
Da impaciencia,
Causa enojo.

Yo me alegro
Si te oprimen,
Pues tu crímen
Es muy negro.

(Y aquí bajó las orejas
El Asno, ya arrepentido,
Al verse tan conocido
Y despreciadas sus quejas.)

Súfre tanto!
La pereza
Es flaqueza
Que no aguanto.

Te maldigo!
Porque, bruto,
No das fruto
Sin castigo.»—

Luego, si andas remolon
En tus obras de cristiano,
Aplícate, Niño hermano,
Y teme otra maldicion!

FÁBULA XXIII.

Las dos Amigas.

Stultus sicut luna mutatur.
Eccli. XXVII. 12.

—*Penélope* ¡voto á tal!
Me dicen muchos que soy:
Amiga, rabiando estoy;
¿Porqué me tratan tan mal?—
—Porque tu vida ha de ser
Un tejer y destejer.

Ignoras tú, que esa Dama (*)
Tejiendo estaba de dia,
Y, á la noche, deshacia
Su tela? pues tal se llama
La que imita á esa muger
En tejer y destejer.

(*) Penélope era hija de Icaro y esposa de Ulises.

La doncella, que es devota,
Oye misas y sermones,
Y, de noche, en las reuniones
Baila el tango y la gabota,
No hace más, á mi entender,
Que tejer y destejer.

Y si el *Kempis* lee quizas,
Tambien el *Año cristiano*,
Y despues se ve en su mano
A Victor-Hugo y Dumás,
Eso ¿quién no lo ha de ver?
Es tejer y destejer.

Y, si, modelo de hijas,
En obediencia es esclava,
Y despues pela la pava
Por las rejas y rendijas,
Todo viene á recaer
En tejer y destejer.

La que, humilde besa el suelo
Y, si cualquiera le injuria,
Se pone como una furia,
Embiste y le arranca el pelo,

Avanza á más no poder
En tejer y destejer.

La que madruga y confiesa,
Como hacen más de cuatro,
Y, á la noche, en el teatro
Se divierte á toda priesa,
Mire que tal proceder
Es tejer y destejer.

Y aunque á los pobres acoja,
Porque el bien no le fastidia,
Si á murmurar y á la envidia
En las tertulias se arroja,
Nunca llega á merecer
Por tejer y destejer.

Y si en místico recreo
Recita *el Oficio Parvo*,
Y luce despues el garbo
Sin modestia en el paseo,
Lo echará todo á perder
Con tejer y destejer.

Pues ser un ángel de día
Y un diablillo por la noche,
Es ir al infierno en coche,
Es bobada, es tontería,
Es sembrar y no coger,
Es.... tejer y destejer.—

—Ay! Amiga! lo verás:
Adios galas y paseos,
Teatros, bailes, devaneos!...
Un ángel seré y no más;
No quiero el alma esponer
Con tejer y destejer.—

FÁBULA XXIV.

El Primogénito.

> Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo.
> *Math.* X. 30.

DEDICADA

A mi muy venerado y carísimo Padre
D. José María Alonso y Elena, *Prepósito de mi Congregacion de Sevilla.*

Allá en lo antiguo, y del confin indiano
Trayendo los tesoros por quintales,
Llegó á su patria un Español anciano,
Formando con sus índicos caudales
Los planes más prolijos
De engrandecer con ellos á sus hijos.

Sus hijos! quiénes son? «Tras luengos años
(Dice el Viejo) pasados en la ausencia,
No es fácil conocer mi descendencia,
Y me espongo á sufrir crueles engaños!

Pero...bien! (luego añade) yo recuerdo,
La traza del Mayor, noble, completa!
Obrando con su acuerdo,
No daré una peseta
Sino á aquellos honrosos ciudadanos
Que él mismo reconozca por hermanos.»—

Fué sabia la invencion; de mucho seso,
Como bien lo demuestra el mal suceso
Que obtuvieron tres pícaros follones,
Que cual hijos pidieron sus porciones.

—«¿Me conoces, Señor? Yo soy tu hijo!
(Alega de los tres el más tunante):
Repára en mi semblante,
Que el sello muestra de tu imágen fijo.»—
«Bien está (dice el Padre); ¿mas tu Hermano
Te confiesa por tal? Si no, es en vano.»—

Y el Hermano mayor clavó sus ojos,
Y así dijo con voz llena de enojos:

—«Tú mi hermano! infeliz! yo tal creia;
Pero más de una vez negó tu lengua,
Y, denostando la prosapia mia,
Hasta mirarme lo tuviste á mengua!

Como lëon, que á devorar se lanza,
Cometiste en mi hogar robo y venganza!
Mi túnica se encuentra en tu dominio...
Y juraste sangriento mi exterminio!»—

—«Hice mal! con dolor lo reconozco.»—
El pérfido responde.
—«Paga ahora
Tu conducta traidora
(El Hermano gritó), **No te conozco.**»

Y de mí ¿qué dirás, Hermano tierno?
(Dice en pos el segundo);
¿Desmentí yo jamás el lazo eterno
De un amor fraternal el más profundo?»—

Y al instante exclamó:—«Ten ese labio!
Manchar no debe los sagrados nombres
Que, al honor de mi estirpe haciendo agravio,
Orgulloso ocultaba ante los hombres.
Cobarde! sin lealtad tuviste á ménos
El honrarme en mi casa con los buenos!
De mí te avergonzabas! y ahora quieres
Te comprenda en mi raza? **No lo esperes!**»

—«No hay en mí tal borron (dice el tercero);
Pues siempre, muy ufano,
Te dí nombre de hermano
De modo que lo oyera el mundo entero.»—

—«Pero ¿quién te creyó... si vil, si loca
Tu conducta conmigo
Fué de un gran enemigo,
Desmintiendo los hechos á tu boca?
No es posible el amar y ser tirano:
Márcha léjos de aquí! **No eres mi hermano.**»

Y, tras este, no pocos acudieron
Que fueran con amor reconocidos;
Y entre sí los tesoros repartieron
Por el amante Anciano bendecidos.

Apóstatas! Devotos vergonzantes!
Cristianos disolutos! vendrá el dia
De pedir los tesoros abundantes
Que la mano de Dios ofrece pia;
Mas Jesus, maldiciendo vuestros nombres,
Os dirá con rigor, que á su ira cuadre:
A AQUEL QUE ME HA NEGADO ANTE LOS HOMBRES
YO LO NIEGO TAMBIEN ANTE MI PADRE.

CONCLUSION.

FÁBULA XXV.

El Ciego del organillo.

Et immisit in os meum canticum novum. *Ps.* XXXIX. 4.

Si el Lector no se ha ovidado
Del Ciego del organillo,
Que en la fábula primera
Prestó sus buenos servicios,

Del propio hablarle queremos
Al terminar este libro,
Uniendo por tales modos
El final con el principio.

Fué el caso, que, como hubiese
Todo el Lugar recorrido,
Tocando en calles y plazas
Con desafinados pitos,

Le pasó lo que, á la postre,
Que sucediese es preciso,
Y la historia ha conservado
En sus viejos pergaminos:

Una turba de muchachos,
Del pueblo los más ariscos,
Con palos, piedras y tronchos
Lo acosan por su camino.

En tanto que amables grupos
De alegres y hermosos niños
Le van bailando delante,
Aplaudiéndole solícitos.

El Ciego que nota, al cabo,
Tal divergencia en los Chicos,
De sus extremos la causa
Pregunta á entrambos partidos.

—«Porqué (dice á los primeros)
¿Os gozais en mi martirio?
Qué mal os hago?»—Y responden:
—«El instrumento es maldito!

Si no cesan tus sonatas,
Nos romperás los oidos;

Pues el órgano de Móstoles
No es comparable contigo.»—

—«Y vosotros (dice luego
A los del bando pacífico)
¿Porqué tan bien me tratais?
No soy, por ventura, el mismo?»—

—«Ah! (responden) jamás hombre
Topó con igual registro!
Esos *aires* que tú ensayas
Del Cielo son, está visto.»—

—«Luego el mal está en las formas;
Que los temas son divinos!...
(Dice el hombre); luego el modo
De terminar el conflicto,

Es hallar mejores músicos
Que, en sus cítaras, melifluos
Armonicen estas notas
Que el Cielo inspira benigno!...

Pues bien! á buscarlos voy:
Si los encuentro propicios,
Ufano oiré sus cantares
Y yo cerraré ya el pico.»—

Y humilde entónces elevó su ruego,
Diciendo á los hispanos Trovadores:
«Templad, oh Vates! y del torpe ciego
Consuelen el afan vuestros primores:
En esas arpas con piadoso fuego
Sonarán dulcemente mis clamores;
Que, si á tientas logré encontrar la mina,
Vírgen la entrego á vuestra fé divina.

Y lograreis el lauro; vuestro nombre
De boca en boca llevará la fama;
Y sin envidia, que envenena al hombre,
Bendeciré vuestra celeste llama.
Porque no busco aplausos ni renombre,
Ni cuanto el mundo en sus caminos ama:
Mi herido corazon sólo ambiciona
La Cruz del Redentor y su Corona.»

ÍNDICE DE LAS FÁBULAS

Y

DE SUS ASUNTOS.

Pág.

PRÓLOGO. FÁBULA I. *Los Canarios Filarmónicos.*

Importancia de la fábula para la educacion. 1

Fábula II. *Las dos Banderas.*

La vida del cristiano en la tierra es una verdadera milicia. 5

Fábula III. *La Dama y el Esqueleto.*

La memoria de la muerte aleja el pecado y dispone á morir bien. 9

Fábula IV. *La Bugía y la linterna.*

La modestia cristiana es salvaguardia de la hermosura. 13

Pág

Fábula V. *Los dos Potros.*

Quien no huye de la ocasion caerá en el pecado. 15

Fábula VI. *Exposicion artística de los Animales.*

La virtud aparente será condenada en el Juicio de Dios. 21

Fábula VII. *Los Tigres pintados.*

La vida perfecta asusta á los cobardes y es premio de los animosos. 24

Fábula VIII. *El Girasol.*

La virtud de la presencia de Dios hace al hombre recto y feliz. 25

Fábula IX. *El Esquilon y el Gato.*

El consejo sin el ejemplo no edifica. . 28

Fábula X. *El Elegante y el Pavo real.*

El lujo en el vestido es impropio de un cristiano 31

Pág.

Fábula XI. *Las Pompitas.*

Nada hay más vano que los placeres del mundo. 33

Fábula XII. *El Tiempo.*

La eternidad será para cada uno segun el uso que haya hecho del tiempo. . . 35

Fábula XIII. *Los criados invisibles.*

Ventajas de la pobreza de espíritu . . 38

Fábula XIV. *El buen Pastor.*

Virtudes que deben resplandecer en los jóvenes eclesiásticos. 42

Fábula XV. *La Virtud y el Vicio.*

Fácil es la senda del vicio: áspera y dificultosa la de la virtud. 45

Fábula XVI. *La Pastora y el Cuervo.*

El pecador que aplaza su conversion corre gran peligro de no realizarla jamás. 46

Pág.

Fábula XVII. *El Talador y el Olivo.*

Los sufrimientos son medios providenciales para conducir al hombre á la virtud. 49

Fábula XVIII. *La Lengua y la Espada.*

No hay pecados más temibles que los pecados de la lengua. 51

Fábula XIX. *Clorinda Victoriosa.*

Luchando, orando y huyendo es como nos hemos de librar del pecado. . . . 55

Fábula XX. *El Siglo y el Claustro.*

Más felicidad hay en los rigores del claustro que en el libertinaje del mundo. 59

Fábula XXI. *La Bandada de Estorninos.*

El que se aparta de la unidad católica perece miserablemente. 62

Fábula XXII. *La Rosa y el Cipres.*

La niñez virtuosa reprende á la ancianidad culpable. 64

LIBRO II.

Pág.

Fábula I. *La Azucena.*

El pecador debe poner su esperanza en la proteccion de Maria Santísima . . . 67

Fábula II. *El Caracol y el Cigarron.*

El progreso en la virtud, para que sea subsistente, no ha de ser efecto de fervoretadas de espíritu. 72

Fábula III. *El Testarudo.*

Las reincidencias en el pecado traen la impenitencia final. 75

Fábula IV. *El Robo merecido.*

El amor propio roba todo el mérito á los que hacen ostentacion de virtudes. . . 76

Fábula V. *El Médico enfermo.*

Por sabio que sea el cristiano debe entregar á otro la direccion de su conciencia. 79

Pág.

Fábula VI. *El Uno y el Dos.*

El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado. 83

Fábula VII. *La Cuerda Destemplada.*

Nada importa para la salvacion llenar toda la Ley, si deja de cumplirse un solo precepto. 85

Fábula VIII. *El Cangrejo.*

Quien llega á envejecer en el pecado dificilmente se corregirá. 88

Fábula IX. *El Arbol Indultado.*

La caridad hace que se nos perdonen muchos pecados. 90

Fábula X. *La Abeja y la Lechuza.*

El cristiano no debe entregarse á la ociosidad so pretexto de devocion, ni á la disipacion so pretexto de laboriosidad. . . 92

Fábula XI. *La Fuente Turbia.*

En la soledad es donde el alma se conoce mejor 97

Pág.

Fábula XII. *El Niño lloron.*

Las palabras suaves enfrenan la ira, y las ásperas suscitan el furor. 99

Fábula XIII. *La Victima-Verdugo.*

La Conciencia es primero víctima por el pecado, y despues verdugo por los remordimientos. 104

Fábula XIV. *La Ventanera.*

El alma que está siempre asomada á los sentidos pierde las virtudes mas excelentes. 105

Fábula XV. *El Perro y el Gazapo.*

El demonio no muerde sino al que se le acerca. 106

Fábula XVI. *Los Ladrones disfrazados.*

La tentacion se presenta á veces con apariencias de virtud. 110

Fábula XVII. *Tirios y Troyanos,*

¡Ay del escandaloso! 113

Pág.

Fábula XVIII. *El Barquero.*

En la virtud el que no adelanta retrocede. 116

Fábula XIX. *El Director de Orquesta.*

La prudencia cristiana debe ser la principal virtud del que dirije. 117

Fábula XX. *El Doblon y el Guiñapo.*

Nadie juzgue temerariamente á su prójimo 119

Fábula XXI. *El Loro y el Grillo.*

La oracion debe ser atenta y afectuosa. 122

Fábula XXII, *El Mastin y el Lobo.*

El que quiere convertirse, cuando ya no puede pecar, ese no deja al pecado: el pecado es quien lo deja á él. 124

LIBRO III.

Fábula I. *El Alcides burlado.*

Nada podemos sin la gracia de Dios. . 129

Pág.

Fábula II. *El Siglo* XIX *y el Solitario.*

El verdadero progreso social se ha de medir por las adelantos espirituales, no por los materiales. 132

Fábula III. *El Bandido.*

Es nula la Confesion en que no hay verdadero arrepentimiento del pecado. . . 138

Fábula IV. *D. Quijote y Sancho Panza.*

Es ajeno de la humildad cristiana ocuparse de las honras de la posteridad . . 142

Fábula V. *Los dos Gatos.*

Los pecados que se callan en la confesion son un veneno para el alma. . . . 147

Fábula VI. *El Asno arrogante.*

Es un crímen elevarse á un puesto que no puede llenarse dignamente. . . . 151

Fábula VII. *Los Náufragos.*

La Cruz es la única tabla en el naufragio de la muerte 152

Pág.

Fábula VIII. *Los Compadres.*

Ningun cristiano debe oir con serenidad las blasfemias. 156

Fábula IX. *Dorila y Aminta.*

Terrible suerte aguarda á los que no agradecen á Dios los dones que de El han recibido. 157

Fábula X. *Los Jumentos Reformados.*

La prudencia debe moderar los excesos de la maceracion y los hábitos del regalo. 160

Fábula XI. *La Tertulia y la Araña.*

Por grande que haya sido un hombre, si no ha trabajado para la vida eterna, no ha hecho nada 163

Fábula XII. *El Niño diabólico.*

Dios está mirando siempre al hombre, aunque el hombre cierre los ojos para no ver á Dios. 169

Fábula XIII. *El Caminante.*

Lo que se atrasa en el camino del Cielo no se recupera sino con grandes violencias. 175

Pág.

Fábula XIV. *Soldados Rasos.*

Orígen, objeto y excelencias de la Sociedad de S. Vicente de Paul. 176

Fábula XV. *El Llanto y la Risa.*

Poco importa llorar en la vida, si podemos sonreir en la hora de la muerte. . . 180

Fábula XVI. *El Autómata Parlante.*

El que vive en pecado está muerto para Dios 183

Fábula XVII. *El Murciélago y el Topo.*

No pidamos consejo al que está dispuesto á halagar nuestros gustos. 185

Fábula XVIII. *El Perezoso.*

El que es ya justo debe justificarse más. 188

Fábula XIX. *La pena del Talion.*

Mucho debe temer la justicia de Dios el que peca confiado en su misericordia. . 190

Pág.

Fábula XX. *El Rapaz y el Filósofo.*

Es temerario el empeño de saber más de lo que conviene. 192

Fábula XXI. *Los Improperios.*

Es digna de todos ellos la conducta del que se vuelve atrás en el camino del Cielo. 195

Fábula XXII. *Los dos Novicios.*

Con amor de Dios todo se hace fácil. . 198

LIBRO IV.

Fábula I. *La Rosa entre espinas.*

Todas las precauciones son loables, tratándose de librar de la corrupcion á los corazones inocentes. 201

Fábula II. *El Reloj de Pared.*

Necesidad de los ejercicios espirituales. 205

Pág.

Fábula III. *La Gotera.*

El desprecio de las culpas leves conduce á la ruina del alma. 208

Fábula IV. *Fotografías del Corazon.*

El mundo no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y y soberbia de la vida. 209

Fábula V. *El Certámen de las Pasiones.*

Todas las pasiones dañan; pero la envidia pudre hasta los huesos. 214

Fábula VI. *Ciego, Sordo y Mudo.*

Respeto á los templos 218

Fábula VII. *La Carta Blanca.*

Cuando Dios no concede lo que se le pide es porque pedimos mal. 220

Fábula VIII. *El Orador elocuente.*

Nadie habla con más persuasion que la muerte 227

Pág.

Fábula IX. *La Mona y el Cerdo.*

La falsa humildad es la mayor de las soberbias. 228

Fábula X. *Júpiter y varios Animales.*

La eleccion de estado es asunto que exije mucha madurez 232

Fábula XI. *Los Viajeros.*

Este mundo es un parador: infeliz el que haga de él una morada de delicias! . . 236

Fábula XII. *El Sol y la Luna.*

La humana razon humillada en sus hostilidades contra Dios. 241

Fábula XIII. *El Glotón.*

No es posible gozar en este mundo y en el otro. 246

Fábula XIV. *Lo de Arriba Abajo.*

Cuando aparezca el reino de Dios, los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. 247

Pág.

Fábula XV. *La Zorra en el Colmenar.*

El dolor es el término de los goces ilícitos 249

Fábula XVI. *Los dos Luchadores.*

En la lucha con el demonio será vencido el que no entre desnudo de las propias pasiones. 252

Fábula XVII. *El Desayuno Misterioso.*

La Eucaristía es muerte para los malos y vida para los buenos. 255

Fábula XVIII. *La Dama de los cien espejos.*

La soberbia es quien hace á muchos fieles variar con frecuencia de Director . . 258

Fábula XIX. *La Fé y las Obras.*

La fé sin las obras es muerta. . . . 263

Fábula XX. *El Aire y el Insecto.*

Grandeza de Dios y orgullosa miseria del hombre 265

Pág.

Fábula XXI. *Presuncion y Desconfianza.*

Lo mismo se pierde el que *presume*, despreciando la justicia de Dios, que el que se desespera, ultrajando su misericordia. . 270

Fábula XXII, *Presente, Pasado y Futuro.*

Lloremos el pasado, aprovechemos el presente y temamos el porvenir. . . . 273

Fábula XXIII. *Misterios de Waterlóo.*

Dios se vale de las cosas más pequeñas para confundir á los poderosos 274

Fábula XXIV. *El Hombre y el Rio.*

El que aplaza la conversion siempre encontrará obstaculos para realizarla. . 276

LIBRO V.

Fábula I. *El Leopardo y la Ardilla.*

La alegría nace de la virtud: sin esta, la vida es un tormento 279

Pág.

Fábula II. *Nuevo Ministerio.*

Las Novelas son el peor enemigo de las mujeres. 284

Fábula III. *La Erupcion del Vesubio.*

O hacer penitencia ó condenarse. . . 285

Fábula IV. *La Niña sin Dote.*

No puede morir en Dios el que vive fuera de Dios 289

Fábula V. *El Príncipe y el Villano.*

No hay que perder de vista nuestra natural inclinacion al mal. 292

Fábula VI. *El Armiño, el Castor y el Javalí.*

El reino de los Cielos padece violencia: los violentos son los que lo arrebatan. . 294

Fábula VII. *La Ciudad Nueva.*

Para entrar en el Cielo es menester volver á ser niños por la humildad. . . . 298

Pág.

Fábula VIII. *El Secreto de la Alquimia.*

Las cosas más indiferentes se vuelven meritorias cuando las hacemos para gloria de Dios 301

Fábula XI. *La Plañidera.*

Los hipócritas, tarde ò temprano vienen à parar en el desprecio. 304

Fábula X. *Dos Amos y una Criada.*

No es posible servir simultaneamente à Dios y al mundo 307

Fábula XI. *El Viaje redondo.*

La muerte del pecador es pésima. . . 311

Fábula XII. *Las dos Manos.*

Amad á los enemigos, y haced bien á los que os quieren mal 312

Fábula XIII. *La Cotorra.*

Los hijos no educados en el santo temor de Dios, son, en su dia, los verdugos de sus padres. 316

Pág.

Fábula XIV. *El Incendio.*

Es muy temerario y peligroso no acudir desde el principio á vencer la tentacion . 319

Fábula XV. *La Desheredacion.*

De cada uno exije Dios segun las gracias que le ha dado. 322

Fábula XVI. *El Palaciego y el Cocinero.*

La adulacion en las cosas espirituales es un veneno muy activo. 325

Fábula XVII. *El Perro Callejero.*

Figúrase el pecador que va á quedar impune, porque el castigo no sigue inmediatamente á su pecado. Cuánto se engaña! 327

Fábula XVIII. *El Reo de muerte.*

La muerte del justo nos pide plácemes más bien que lágrimas. 329

Fábula XIX. *El Labrador burlado.*

No espere recoger gloria en el Cielo el que no siembre buenas obras en la tierra. 331

Pág.

Fábula XX. *El Tuerto rey.*

El que se juzga en gracia vigile constantemente para no perderla. 334

Fábula XXI. *Un Jóven como hay muchos.*

Antes que en un porvenir brillante deben los jóvenes pensar en adquirir la virtud 337

Fábula XXII. *El Burro flojo.*

Dios maldice la pereza espiritual. . . 340

Fábula XXIII. *Las dos Amigas.*

Practicar el bien y el mal, la piedad y la disipacion es tejer ahora para destejer luego 343

Fábula XXIV. *El Primogénito.*

Jesus no confesará delante de su Padre á los que no le confesaren ahora delante de los hombres. 347

Fábula XXV. *El Ciego del Organillo.*

Unos censurarán acremente esta obra, y otros la elogiarán: busquemos quien haga otra mejor. 351

FIN DEL ÍNDICE.

4.000

- AN
- SEU
- CE1